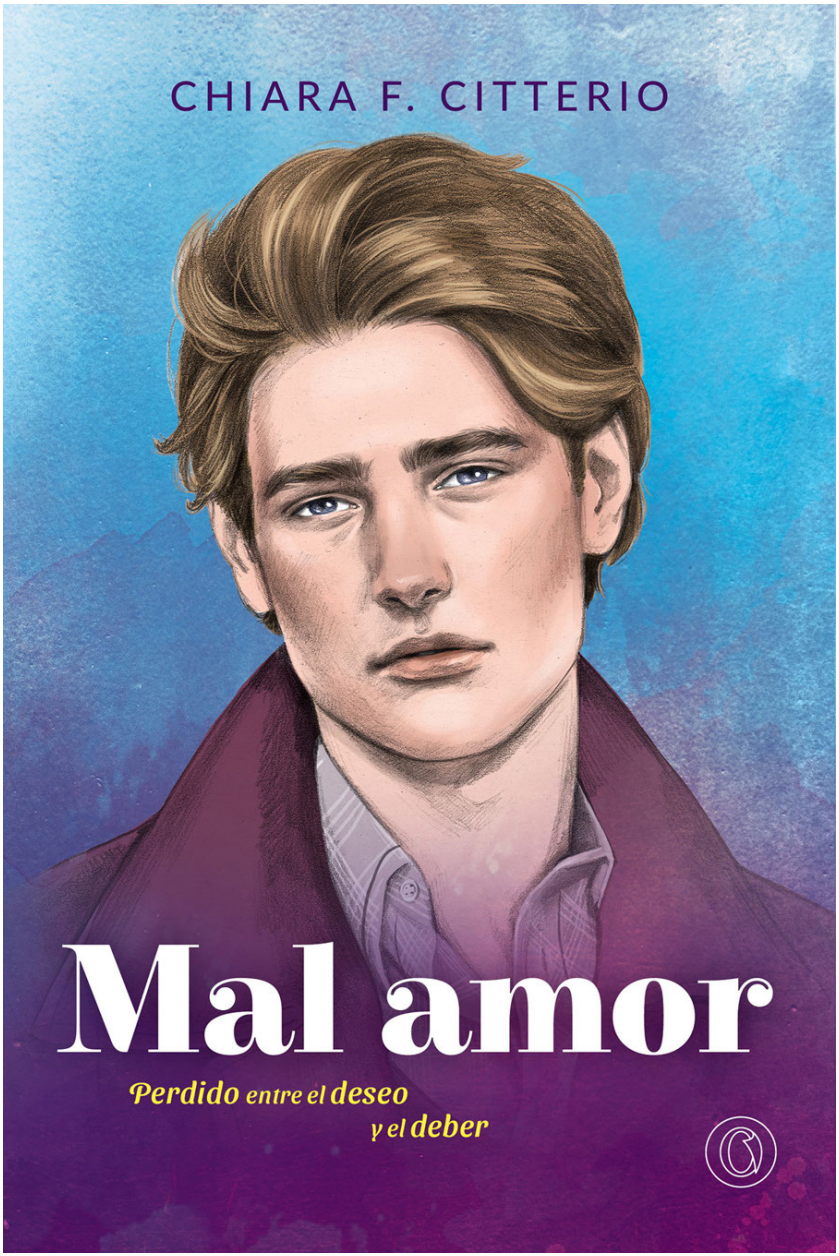
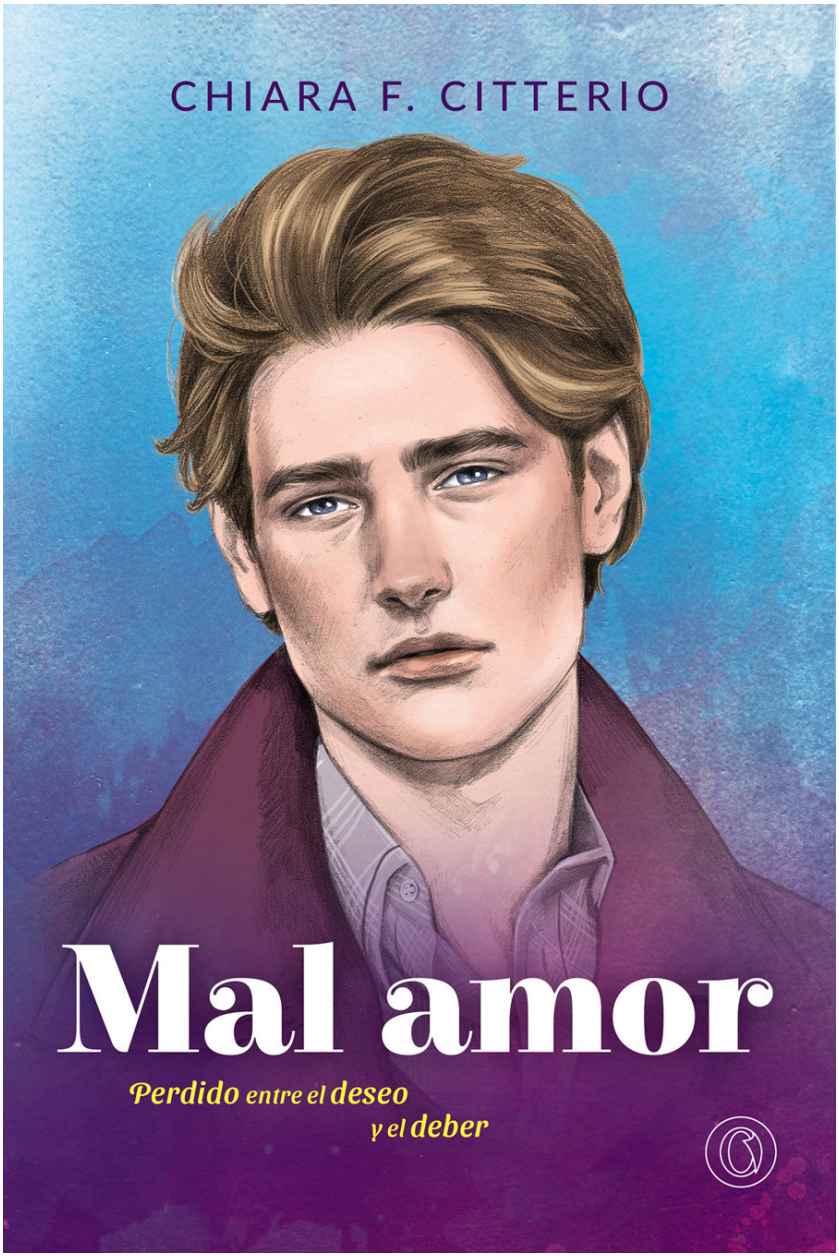
CHIARA F. CITTERIO



Mal amor

Perdido entre el deseo y el deber

CHIARA F. CITTERIO



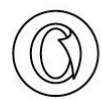
Mal amor

Perdido entre el deseo y el deber

CHIARA F. CITTERIO

Mal amor

Entre el deseo y el deber



THE ORLANDO BOOKS

Dirección general: Marcela Citterio

Dirección editorial: Verónica Chamorro

Diseño de cubierta e interior: Valeria Miguel Villar

Corrección: Martín Vittón

Ilustración de cubierta: Ana Monticelli

Fotografía de la autora: Luis Zabrana

© Chiara Francia Citterio, 2022

© The Orlando Books, 2022

www.theorlandobooks.com

ISBN 978-987-48545-4-4

Primera edición: julio de 2022

Primera edición digital: julio de 2022

Conversión a formato digital: Libresque

Francia Citterio, Chiara

Mal amor / Chiara Francia Citterio. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : The Orlando Books, 2022.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-48545-4-4

1. Narrativa Argentina. 2. Literatura Juvenil. 3. Novelas Románticas. I. Título.

CDD A863.9283

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la empresa.

Para Doble C Farm, mi segunda familia.

«Las palabras son, en mi no tan humilde opinión, nuestra más inagotable fuente de magia, capaces de infligir daño y de remediarlo.»

(En Harry Potter y la Piedra Filosofal, de J. K. Rowling.)

Escaneá el código QR y disfrutá la playlist del libro en SPOTIFY

ver aquí

CAPÍTULO 1

La llegada

NATE

Abro la puerta y lo que veo me paraliza. Emma está de pie, con las manos en su panza y un charco de sangre alrededor.

—No puede ser… —balbucea. Está pálida.

Theo corre hacia ella y toma su cara entre sus manos, preocupado hasta la médula.

—Ve a buscar el auto —le grito y él reacciona.

Me acerco a Emma y le pregunto si puede caminar hasta la calle, pero ella no responde. La tomo en brazos y la alzo. Nos subimos a la Land Rover de Theo y él acelera.

—Van a estar bien —le digo.

Emma no habla, veo que sus labios tiemblan. Así que tomo su mano y la obligo a mirarme.

—Todo tiene que salir bien —le digo a ella, pero en realidad me lo digo a mí mismo.

Tomo mi celular y llamo a la doctora que estuvimos consultando estos últimos meses. Le explico que está sangrando y que nos dirigimos al hospital.

Theo, en los semáforos, mira hacia atrás, queriéndole hablar a Emma con la mirada. Ella cierra los ojos, sin creer lo que le está pasando.

No los puedo perder. No puedo perder a mi mejor amiga y a mi hijo el mismo día.

—Todo va a estar bien —vuelvo a decir, aunque esta vez es casi inaudible.

Yo también cierro los ojos. Me imagino bailando con Emma, solo nosotros dos, con un Justin ya nacido en nuestros brazos. Estamos juntos los tres, nosotros contra el mundo.

Los bocinazos de Theo me sacan de mi ensoñación. Estamos llegando, él frena en la entrada, donde ya nos están esperando con una camilla. Abro la puerta de Emma y me bajo rápidamente.

—¿Qué le ha pasado? —le pregunto a la doctora.

—Tenemos que apurarnos y llevarla a cirugía —nos informa. No parece nerviosa, pero noto la tensión en su voz—. Necesita una cesárea urgente, la vida de los dos corre peligro. Pero quédense tranquilos, la cuidaremos bien.

—¡Rápido! ¡Apúrense! —grita un enfermero.

De inmediato alguien trae una silla de ruedas, y se la llevan.

—¿Qué pasa? —grita Theo a mi lado. Ya me había olvidado de que él estaba estacionando.

—Tienen que operarla ahora. Corren peligro —logro balbucear.

Siento que voy a desvanecerme, estoy transpirando como nunca en mi vida. Los minutos pasan, y se convierten en horas, y yo sigo ahí, inmóvil. En un momento escucho a Theo llamar a Alison, pero lo siento lejano, como si las voces estuvieran siendo ahogadas.

“Nada que valga la pena es fácil”, me dijo Emma hace exactamente una semana. Pero creo que ni ella se imaginó lo difícil que sería.

Por fin veo a la doctora acercarse. Nos informa que Emma esta fuera de peligro. Respiro.

—¿Y…? —comienzo a decir pero no me salen las palabras.

—¿Y Justin? ¿Cómo esta el niño? —logra preguntar Theo, su voz suena estrangulada.

—Está bajo observación, pero todo parece indicar que va a estar bien. Ustedes todavía no pueden verlos, pero apenas terminen de atenderlos a ellos, los llamaremos.

Abrazo a Theo, que está a mi lado, y él me abraza también. Es corto, apenas unos segundos, pero ambos estamos agradecidos de no estar solos al menos.

Nos quedamos en silencio, yo mirando al piso, él al techo. No hay nada que decir, pero comienzo a reírme. Al principio siento que me mira extrañado, pero luego empieza a reírse también.

—¿Te acuerdas de cuando tiró ese libro por la ventana? —le digo sin poder contener la risa.

—Como si pudiera olvidarlo, le cayó encima a una mujer.

—La denunció a Emma y todo.

—Ella les echó la culpa a las hormonas, pero esa es simplemente ella.

—Simplemente Emma.

Los dos suspiramos, abatidos de emociones.

Una enfermera se nos acerca y nos informa que podemos verlos, pero que Justin está en neonatología.

—Yo iré a ver a Justin —le digo a Theo, que asiente y se dirige hacia la habitación de Emma.

La enfermera camina conmigo hacia una habitación donde hay varias cunas pequeñas. Me señala a un bebé, aunque no hacía falta que lo hiciera, yo lo siento apenas lo veo. Reconozco a mi hijo, a Justin.

Camino a su cama, que está protegida como si fuera una pequeña burbuja, y lo veo. Tiene un color extraño, como un bordó azulado… es difícil de definir.

—No te asustes. Ese color es normal en los recién nacidos. Lo estamos monitoreando, estará bien.

—Tranquilo, muchachito, aquí está tu papá —le susurro.

Tiene los ojos grises como su madre, pero el poco pelo que tiene es rubio. Como el mío.

Marie, la enfermera, lleva a Justin hacia la habitación donde se encuentra Emma. Yo camino a su lado sin despegar los ojos de mi hijo.

Soy papá.

Acabo de caer en la cuenta de que esta es mi nueva realidad. Justin abre y cierra su boca, y una sensación inexplicable me recorre, quiero guardarlo en una caja y que nada le pase, quiero que sea lo más feliz que pueda. Últimamente no me sentía presente en mi propio cuerpo. Estaba pero no estaba. Y no dije nada, ya que a nadie le importaría. Pero ahora me doy cuenta de que pertenezco a un lugar, aquí, que le pertenezco a mi hijo.

Abro la puerta y veo a Emma, que sigue dormida. Theo está a su lado, sosteniendo su mano. Ella abre los ojos lentamente al sentirnos entrar. Me gustaría que alguien me diga cómo me debo sentir, porque no tengo ni la más mínima idea. Solo sé que tengo a mi mejor amiga frente a mí, y a nuestro hijo en mis brazos. Todos nuestros recuerdos juntos, todo lo que nos hace ser quienes somos hoy, todo lo que llena nuestros corazones. Ya no importan nuestros sufrimientos, o lo que casi nos rompe por completo. Importa que estamos aquí, y que hay una gran razón. Justin. Por él deberemos convertirnos en mejores personas.

Nunca hubiese imaginado ser padre a los diecisiete, mucho menos que la madre de mi hijo miraría con amor a otro, como Emma mira a Theo mientras sostiene a nuestro bebé. Pero, por lo visto, nada sale como nosotros queremos.

Me acerco a la cama de Emma y me siento a su lado. Ella se incorpora trabajosamente. Nos hemos dado un susto de muerte, pero todos nos han asegurado que ambos ya están fuera de peligro.

—Nate —me dice Emma, con la voz pastosa—, ¿podrías llamar a mi mamá? Quiero que lo conozca.

Ella toma la diminuta mano de Justin y sonríe. Y aunque comparto su felicidad, no puedo evitar molestarme teniendo a Theo siempre aquí. Ya debería estar acostumbrado, fue igual durante todo el embarazo de Emma. Pensar que mi hijo va a compartir más tiempo con él que conmigo me da dolor de cabeza.

Hemos pasado tres noches en la clínica. Ahora le han dado el alta a Emma y ya podemos irnos. La primera noche me he quedado yo, quería estar al lado de Justin todo el tiempo que fuera posible, pero la segunda lo ha hecho Theo, ya que Emma prácticamente me lo suplicó y me es imposible decirle que no a algo.

Mientras ella carga al bebé, yo sostengo el bolso. Apenas traspaso la puerta de la clínica, todo el peso de la responsabilidad se me viene encima. Ya no somos dos adolescentes descolgados en el mundo, ahora tenemos un hijo.

Podría pasar horas mirando a Justin. Pesa tres kilos y doscientos gramos, tiene una pequeña nariz redondita completamente adorable, los ojos grises como la madre y el pelo rubio como el mío, aunque ya me advirtieron que luego podría oscurecerse. Verlo abrir y cerrar la boca es, sinceramente, lo mejor que me pasó en la vida.

La madre de Emma, Alison, nos acompaña hasta su camioneta Mercedes Benz gigante, que, por cierto, ya tiene el asiento para el bebé. Está en todos los detalles, yo ni siquiera había pensado en eso.

Emma se sienta atrás, conmigo y el bebé, miro por la ventana y veo las calles pasar. Londres le da la bienvenida a Justin Davies y yo pienso en cómo todo está por cambiar. O ya ha cambiado.

Pasamos el Hotel Henrietta, en Covent Garden, Theo estira su mano y toma la de Emma. Una punzada de celos me lastima el estómago. ¿Por que está él aquí? ¿Por qué no le confesé a Emma lo que sentía a tiempo? Antes de que se fuera, antes de que lo conociera a él.

Bajamos y entramos con Justin en su hogar. Emma vive en Camden, al igual que yo, al igual que Bella. Desde pequeños estamos todo el tiempo juntos. Pasábamos las tardes en una casa distinta cada día, como si fuéramos una misma familia. Las calles coloridas del barrio están impregnadas de nosotros jugando a las escondidas, o almorzando en el Camden Town Market.

Pintamos la habitación de Justin de amarillo hace un par de meses, cuando Emma comenzó a querer organizar todo para la llegada del bebé con un frenesí imparable. El techo del cuarto es como si fuera un cielo, idea de Theo. Cuando lo propuso, tuve ganas de pegarle, porque era una idea muy buena, y a mí me hubiese gustado tenerla.

Quisiera quedarme. Siento una piedra en el estómago cuando veo a Emma acomodar a Justin en su cuna y empezar a despedirse de mí. Pero está cansada, ella también tiene que adaptarse a la nueva vida… y bueno, fue parte del trato. Yo lo cuidaré los fines de semana, cuando ya no necesite estar veinticuatro horas con su madre, y ella se lo quedará de lunes a viernes. Cuando crezca más, ya veremos la dinámica que más convenga.

Una vez que estoy seguro de que todo está bien, me despido y camino hacia mi casa.

No sé qué esperar del futuro. Desde que mi hermano Kyler se fue a viajar por el mundo, todas las responsabilidades cayeron sobre mí. Deberé hacerme cargo de la empresa de tecnología de mi padre, así que tengo que ir a Oxford a estudiar cuando termine el colegio, no hay otra posibilidad. No sé cómo me organizaré con Justin cuando llegue el momento.

Entro a casa y me encuentro con mi madre, asomada por la ventana. Tiene la misma mirada ausente que luce desde que volví de Los Ángeles.

—¿Cómo está Justin? —me pregunta, y noto el esfuerzo en su tono de voz. Mi madre siempre fue una mujer muy conservadora y todo lo que está pasando la tiene fuera de su juego.

—Bien, muy bien. Puedes ir a visitarlo cuando quieras.

Mi mamá asiente sin decir nada, no está preparada aún.

—¿Y papá? —pregunto mientras me sirvo un vaso de agua. Desde que pasó el incidente, siempre pregunto dónde está, con miedo a que vuelva a caer en el juego.

Todavía puedo recordar cómo si fuera ayer la cara de mi madre cuando volví de Los Ángeles, por un momento creímos haberlo perdido todo por su culpa.

—En la oficina, donde tú deberías estar, en vez de estar trabajando en ese lugar turístico. Nate, cuando termines Oxford, irás allí. Debes comenzar desde ahora a aprender cómo funcionan las cosas en el mundo real.

—Voy a ir a descansar, ha sido eterno el día —le digo. Aunque entiendo su decepción, no la tolero.

Aún no le he confesado que me han despedido del London Eye. Demostrarle que he fracasado, otra vez, es algo que me genera claustrofobia.

Camino hacia mi habitación y me quedo parado unos minutos mirando a mi alrededor. Mi cuarto es igual desde que tengo doce años: azul, con la cama en el centro, a la izquierda un escritorio y a la derecha un estante con mis múltiples trofeos de cuando jugaba al fútbol. Dejé de hacerlo, ahora debo trabajar.

Veo la cama con tentación, pero opto por sentarme a escribir mi lista de pendientes:

1. Conseguir trabajo de manera urgente, pues Justin necesita

muchas cosas… Es increíble lo pequeño que es y lo que precisa a diario. Y mientras no estudie, no podré hacerme cargo de la compañía… Y mientras no lo haga, no tendré ingresos. Así que toca trabajar, aunque eso me complicará estudiar. En fin, supongo que así es la vida.

2. Convencer a mi madre de que vea a Justin (tal vez sea más fácil resolver el punto uno, que esto).

3. Hablar con Emma sobre el futuro de nuestro hijo (si no está Theo, mejor aún).

4. Estudiar, estudiar, estudiar. Cada día se acercan más los exámenes finales y yo no he abierto un libro.

Los ojos se me empiezan a cerrar y cedo al sueño. Estoy cansado de remar y remar para nada.

Mentira. Sí es por algo: ahora todo es por Justin.

CAPÍTULO 2

Nueva normalidad

NATE

El Hotel Chiltern Firehouse es conocido por su energía joven, sus locales y cafés modernos, por eso pensé que allí podrían estar buscando empleados. La entrada con ladrillo a la vista me da la bienvenida y me presento en recepción para mi entrevista. No estoy buscando algún empleo específico, solo deseo trabajar.

Desde mi casa apenas me toma veinticuatro minutos llegar a Marylebone. Sería genial poder trabajar aquí. Me indican que puedo sentarme en un sofá color mostaza. Ojalá me acepten, escuché que pagan bien y podría venir después de mis clases.

Me acomodo el cabello cuando veo un espejo, tengo la mala costumbre de tocarlo demasiado cuando estoy nervioso. Bella me eligió el traje, ya que con mi madre no estamos exactamente en las mejores condiciones. Me siento un poco tonto, ahora que lo veo con otra luz parezco un marinero. Me desajusto un poco la corbata. ¿A quién se le ocurrió poner tanta calefacción en este lugar?

La canción de Friends suena, es el ringtone que le asigné a Emma. Contesto al instante. Es sábado, así que técnicamente yo tendría que

estar con Justin, pero aún no puede despegarse de su madre hasta dentro de unos meses.

—Emma, ¿estás bien? —le pregunto preocupado.

—Necesito que me ayudes, no para de vomitar —me pide. Puedo escuchar a Justin llorar del otro lado.

—En veinte minutos estoy ahí.

Corto y me levanto del cómodo sofá.

—¿Nate Davies? Ya puede pasar —me informa la recepcionista, que no debe llevarme más que dos años.

—Voy a tener que irme, mil disculpas.

Camino rápido a la estación Portland Place. Tendría que haber pedido reprogramar la entrevista en vez de irme de esa manera. Me desabrocho el saco al entrar al subterráneo, que se encuentra repleto.

En la segunda parada, una mujer pierde el equilibrio y me ensucia con café el pantalón de vestir. Abre los ojos, con culpa.

—No te preocupes, total ya no me sirve de nada.

Abro el celular y busco “qué hacer cuando tu hijo bebé vomita” y “por qué un bebé puede vomitar”. Por suerte, me aparece que no es algo grave, pero si esto se prolonga en el tiempo, debería llevarlo a un doctor.

Bajo tres paradas después, y al subir las escaleras veo que está lloviendo. No me importa, camino unas cuadras hasta la casa de Emma y toco el timbre.

Mi amiga me abre la puerta con nuestro hijo en brazos, llorando, los dos. Entro y se lo quito de los brazos con delicadeza.

—¡Ya no sé por qué llora! Le di de comer, lo moví como el tutorial de YouTube me dijo que hiciera, le puse su chupete, pero lo escupe todo el tiempo… Por suerte ha dejado de vomitar. Creo que todavía

tengo vómito en el pelo.

—Ya, ya. Siéntate, Emma, respira.

Me hace caso y se arroja al sofá. No le digo que efectivamente tiene vómito en el cabello. Intento darle palmadas a Justin en la espalda, mientras me muevo de la manera que me enseñó la madre de Bella.

—Lo mejor que podemos hacer es mantener la calma y transmitir tranquilidad y seguridad a nuestro hijo.

—¿De dónde has sacado eso? —me pregunta Emma.

—De Google.

Ella ríe y yo, por inercia, sonrío. No hay nada como su risa.

—¿Y Theo? —pregunto "inocentemente".

—Nos peleamos, creo que se ha ido a estudiar a un lugar lejos de mí.

Hago el intento de sentarme a su lado y consolarla, pero Justin llora cuando lo hago. Al parecer, quiere que estemos parados.

Nos quedamos unos minutos en silencio, esperando que Emma retome el ritmo normal de su respiración.

—¿Tú ya has comenzado a estudiar para los exámenes? —me pregunta con voz cansada.

—Sí. ¿Necesitas que te ayude?

—Estoy bien.

Emma nunca ha sido muy buena a la hora de recibir ayuda. Me mira con Justin y se toma la cabeza entra las manos.

—¿Por qué no vas a dormir un rato? —le propongo.

—Debería.

Le da un beso en la frente a Justin y va a su habitación. La veo

alejarse casi arrastrándose, y me pregunto por qué se habrá peleado con Theo.

Un olor muy poco agradable me llena. Miro a Justin, que me observa con sus grandes ojos, al igual que su madre.

—¿Ese eres tú?

Definitivamente lo es.

Hasta ahora nunca tuve que cambiarle los pañales, siempre lo ha hecho Emma, o Alison. Voy a la habitación de Justin y comienzo a buscarlos. Cuando lo apoyo para quitarle el pañal sucio, él comienza a mover sus pequeñas patitas para todas partes. Qué suerte que los pañales tienen flechitas que indican cómo se hace; si no, no sabría cómo hacerlo.

Una vez limpio, regresamos al living. Me siento en el sofá a ver la televisión con Justin, que se va quedando dormido.

Apenas toco el botón rojo, la televisión suena a todo volumen y aparece Arnold Schwarzenegger disparando violentamente. Justin llora y yo apago la tele. Me muevo a los costados de manera anormal, intentando que vuelva a su estado anterior.

Alison entra por la puerta hablando por teléfono, pero al verme corta y me sonríe incómodamente. La madre de Emma no descansa ni los fines de semana. Se nota que ha vuelto de su oficina del centro, ya que lleva unos tacos altos y un vestido que no tiene nada que ver con lo que se usa los sábados.

—¿Quieres algo de tomar, Nate?

—No, gracias, Alison.

Se acerca a darle un beso en la frente a Justin y me asombra lo parecida que es a su hija. Luego, desaparece en su oficina.

Miro a Justin en mis brazos, por suerte se ha quedado dormido. Me da miedo moverme y que se despierte. ¿Eso significa que tendré que quedarme así hasta que vuelva Emma?

La puerta se abre violentamente y, antes siquiera de que me dé vuelta, ya sé quién es. Justin comienza a llorar de nuevo.

—Hola, Theo.

CAPÍTULO 3

Café Serendipity

(DOS MESES DESPUÉS)

NATE

Subo al auto y paso a buscar a Emma, que hoy retorna al colegio.

Emma… qué confundido me tiene. No sé por qué, creo que ya me confundo solo. Está claro que ama a Theo y a nadie más que a Theo, pero al fin y al cabo soy el padre de su hijo, eso tiene que significar algo.

Estaciono frente a su casa y bajo a ver a Justin. Ese niño es mágico, una sonrisita y ya estás libre de problemas.

La escena que encuentro al entrar no es la más feliz. Alison tiene a mi hijo en sus brazos y Emma llora porque no quiere dejarlo, quiere quedarse con él.

—No —anuncia Alison firme—. ¿Qué clase de futuro le darás si no terminas de estudiar? Estará bien conmigo, ya tengo experiencia en cuidar bebés, ¿recuerdas?

Tomo a Emma de la mano y ella me lanza una mirada que echa

llamas: ya no se tiñe el pelo de negro y ahora lo usa con su color natural, castaño, largo por los hombros.

—Vamos a la escuela y volvemos, ni te darás cuenta —le digo.

—Sí me daré cuenta, ya que tengo que ir al baño cada dos horas o de lo contrario tendré mastitis.

Emma nos estudia las caras y se da por vencida, yo no me animo a decir nada más.

Subimos al auto y en la radio suena “Daylight”, de Taylor Swift. Esta canción me gusta, así que la tarareo. Emma no parece muy emocionada con la canción y conecta su celular para poner su playlist de los Beatles.

Después de quince minutos llegamos al colegio. A Emma se le va el enojo y logra pasar el resto de la mañana más tranquila, aunque no deja de aprovechar cada segundo libre para escribirle a su madre. La tranquilidad dura poco: cuando llega la hora del almuerzo, Bella nos dice que el idiota de Mark terminó con ella, o más bien se lo cuenta a Emma, porque yo ya lo sabía.

Emma me mira sin saber qué hacer, nuestra amiga es muy sensible y nos lanza la noticia con tanta naturalidad que nos descoloca.

—Estoy bien, chicos, en serio.

—¿Te dijo por qué? —pregunta Emma.

—No especificó mucho, dijo que era por la distancia o algo así.

Bella deja de hablar y sigue comiendo sus fideos con crema. Yo no digo nada, pues ya sé cuál es la verdadera razón: Emma.

Al día siguiente del nacimiento de Justin, Mark le pidió a Bella si podían hablar. Ella claramente dijo que sí y fue al hotel donde él se quedaba, el Boundary. En vez de salir a caminar por Shoreditch tomados de la mano, el idiota cortó con ella. Dijo que estaba triste, que él quería mucho a Emma, y que estaba celoso de Theo. Mi amiga quedó completamente petrificada.

Pero no concluyó ahí. Mark se largó a llorar mientras le decía que también la amaba a ella, pero que lo mejor iba a ser terminar la relación, que ahora estaba en Columbia y las relaciones a distancia eran demasiado. El ángel de Bella terminó consolándolo a él.

La tarde del día siguiente Bella vino a llorar a mi casa mientras lo insultaba, y claro que yo también lo hice, no hay ser más pusilánime que Mark.

—Sinceramente, no puedo creerlo —me decía mi amiga—. Yo iba a estudiar en Oxford, y cambié todos mis planes para anotarme con él, ¡y ahora me deja! Y encima yo lo consolé a él… es que me licencio de estúpida, eso seguro.

—No, él es el estúpido, tú simplemente eres la persona más buena del mundo y no una desgraciada como él.

Nos quedamos toda la noche viendo películas y tomando helado. Bella solo quiso ver películas con Timothée Chalamet, ya que era el único que podía alegrarla.

Ahora, Emma no sabe lo destrozada que quedó nuestra amiga, cómo Mark le dejó el corazón. Bella no quiere decírselo, le parece innecesario, siente que quedará como una patética y otras cosas sin sentido. De todas maneras, aunque se lo dijera, no creo que Emma supiera escucharla de verdad. Ella está en su propio mundo.

El día me ha resultado agotador. Y eso que no debo levantarme durante la noche para atender a mi hijo… no sé cómo hace Emma. Con las chicas caminamos hasta mi auto y entonces veo un café que nunca antes había notado, el Café Serendipity. Y no solo eso, sino que tienen un cartel que dice que buscan empleado.

—Ustedes adelántese, después las sigo —les digo, y les doy las llaves para que puedan esperar adentro.

Al ingresar, escucho una especie de estallido seguido por el ruido de muchos platos que se rompen. Detrás del mostrador veo a una melena roja asomarse. Me acerco y le preguntó si se encuentra bien.

—Sí, sí, totalmente. Estoy acostumbrada —me dice mientras se quita polvo de su blusa rosada.

—¿Segura?

—Segurísima. ¿Quieres la carta?

—No, vine a preguntar por el cartel de la entrada.

—Ah, sí. Yo sola no puedo con todo, deja que vaya a buscar a William, que es el encargado.

La misteriosa chica desaparece y regresa para preguntar mi nombre. Sus ojos verdes me miran curiosos. Hay algo en ella que es casi hipnótico, no puedo parar de mirarla… Es como cuando miras un atardecer, simplemente no puedes dejar de observarlo, de apreciarlo.

—Nate, Nate Davies.

Se va nuevamente y me deja esperando. Regresa al instante con el supuesto William, un hombre más bajo que yo y casi pelado. Me hace una seña para que lo acompañe a su oficina. La chica nos sigue.

—Lorelai, ¡vete a trabajar!

Lorelai… Qué nombre extraño, y que le sienta perfecto.

Ella revolea los ojos y vuelve con los clientes. Me dan ganas de seguirla. Pero no debería. Definitivamente no.

Entonces, ¿por qué quiero pedirle el número? ¿Invitarla a salir? No tengo tiempo para ello. Ya ni siquiera recuerdo la última vez que salí con una chica.

En este momento no soy un buen chico para nadie.

CAPÍTULO 4

Segundo nombre: Desastre

LORELAI

Soy de esas personas que se ríen en los funerales porque no saben comportarse y son socialmente incómodas. Soy de esas personas que te cuentan un chiste en el ascensor cuando hay demasiado silencio. Soy de esas personas que con una gota de alcohol hablan hasta por los codos y se les escapan todos los secretos.

Tengo dos mejores amigas, Hannah y Charli, H es la madre del grupo, siempre nos hace acordar de que tomemos agua, lleva una cartera enorme que parece mágica porque todo lo que podrías llegar a necesitar, lo encuentras allí dentro. Me ha salvado la vida múltiples veces (de que me pisara un camión mientras cruzaba la calle, o de que un perro me mordiera la cara cuando intentaba ser cariñosa, solo por dar un par de ejemplos). En la otra mano tenemos a C, mi queridísima amiga emo, siempre anda de negro, escucha permanentemente a My Chemical Romance y sale con los chicos equivocados. Pero también es mi guardaespaldas personal cuando alguien se ríe de mí.

Yo no soy yo sin mi familia, mi acotada familia. Cuando mi mamá se dio cuenta de que estaba embarazada de mí, mi adorado padre

salió corriendo más rápido que un Camaro y desapareció de nuestras vidas. Sinceramente, esto no me acompleja. Es cierto que antes, al ver a mis compañeros con sus papás, me ponía triste. Pero ya no. Y eso se lo debo a la increíble madre que tengo. Es, sin exagerar, la mismísima Mujer Maravilla. Pauline, mi mamá, es enfermera y trabaja más de lo que respira, por lo tanto la persona con la que más estoy en mi día a día es mi abuela, Gabi. Mi abue solía ser actriz y nunca se olvida de contármelo. Creo que me ha relatado unas cincuenta veces, mínimo, su participación en una película de George Clooney.

El noventa por ciento del día estoy leyendo, especialmente romance, sin importar de qué época sea. Mi récord de lectura fueron setenta y cuatro libros en un año. Este, voy a romper mi récord, sin dudas. A menos que pase algo importante en mi vida, que me saque de los mundos imaginarios.

No solo leo, también escribo. Suelo crear amores imposibles, ya que son los más divertidos. De todas maneras, para entrar a la Universidad de Bristol redacté algo un poco más "culto", si se puede decir, ya que todos tienen un alto prejuicio por la novela romántica y les parece poca cosa.

Leer tanto me llevó a darme cuenta de que, aunque sea mi mayor deseo, nunca voy a poder ser la protagonista de una novela romántica. No es que me tire abajo, simplemente no tengo lo que se necesita. Mi pelo rojo con rulos me trae mala suerte en, aproximadamente, todo; mis ojos son color verde moco… las protagonistas suelen tener los ojos color del cielo, no del pasto; y finalmente, mi metro cincuenta y ocho no ayuda a que los chicos me vean y pierdan el aliento. Mi participación en una historia sería la de la mejor amiga, divertida y torpe, que es usada para aliviar la tensión, punto final.

Y por último, pero no menos importante, mi alergia a las almendras. Sí, sí, muy atractivo todo. Nunca me voy a olvidar del día en que, antes de un acto escolar, le robé un chocolate a Rosie, la popular de mi clase, y —para mi desgracia— el chocolate contenía almendras trituradas. Mi amable profesora empezó a gritar al verme roja e hinchada. Todos me miraron con una mezcla de alarma y asco, en especial Quinton, mi amor platónico e inalcanzable.

Sí, soy un fiasco, pero no me tengo pena: hasta la amiga a la que nadie ve al fondo de la clase termina teniendo un noviecito, quizás no sea el más guapo pero sin dudas es el más divertido. Al menos eso es lo que prometen todos los libros.

Sin embargo… no sé cómo explicarlo ni por qué lo siento así, pero creo que hay una chance de que haya conocido a un chico que podría ser alguien importante en mi vida. ¿Un futuro amor, quizás? Es una tontería, lo sé, pero tuve una sensación tan extraña al verlo… Todo queda en manos de William, de todas formas. De lo que sí estoy segura es de que acabo de vivir uno de los momentos más adrenalínicos de mi corta vida. Verlo entrar fue demasiado para mi pobre corazón: tan alto, tan rubio, tan hermoso, tan masculino, tan… Y yo, tan torpe y patosa, me caí como la mejor. Cuando se me acercó, creí que iba a darme un síncope, sinceramente. Me preguntó si estaba bien, como si fuera el protagonista de una novela, igual de considerado, amable, guapo… todo me queda corto al pensar en él.

Mientras intento escuchar por la puerta cómo va la entrevista, les escribo a mis amigas. Charli me dice que le pida el número y Hannah me ordena que no lo haga, que lo mire haciéndome la interesante. Ambas son buenas ideas, pero la realidad es que yo no puedo hacer ninguna de las dos cosas, ya que soy la personificación del miedo y la timidez.

Así que me escondo como si hubiera matado a alguien y la policía estuviera a punto de encontrarme.

CAPÍTULO 5

No te encariñes con alguien que puedes perder

NATE

—Empiezas mañana. Apenas salgas de la escuela, vienes —me informa William, luego de haberme hecho todas las preguntas pertinentes.

Le doy la mano y le agradezco la confianza. Al salir no veo a Lorelai… ¿por qué la estoy buscando?

—Shhh, no tengas miedo de mí —escucho al salir del café.

Veo a Lorelai caminando lentamente mientras intenta tranquilizar a alguien.

—¿Lorelai? —le pregunto, confundido.

—¡No te escapes! —grita ella, y veo a un perrito chico que sale corriendo.

Sin pensarlo, comienzo a correr detrás de él y escucho que Lorelai me sigue. Pasamos por el Stables Market y el animal aminora la

marcha al verse rodeado de desconocidos. Aprovecho para alcanzarlo y acariciarlo, intentando ver si muerde o no.

—Fíjate el número de la chapita —me dice ella, claramente agitada. Se lo dicto y ella llama al dueño y le dice dónde puede pasar a buscar a su perro.

—Qué bonito es…

—Bonita —la corrijo—. Se llama Selena.

—Hola, Selena Gómez —la saluda acercando su cara a la de la perrita.

—Cuidado, te puede morder.

—No lo va a hacer, ¿o no, Sel? —le habla a la perra y la alza—. Le dije que la puede pasar a buscar por Serendipity, pero se mostró tan poco feliz al enterarse de que la hemos encontrado que creo que no se merece a esta preciosura.

—Claramente tú le has caído muy bien —le digo.

Lorelai me mira y sonríe, sus mejillas ahora están rosadas por la corrida. Caminamos juntos hacia mi nuevo trabajo.

—Siempre he querido un perro, pero mi abuela es alérgica a ellos —me cuenta mientras acaricia a la caniche.

—Yo también. Nunca tuve uno porque mi madre los odia. Pero siempre pensé que llamaría Elvis a mi futuro perro.

—Yo, Catherine, como la protagonista de uno de mis libros favoritos.

Asiento y abro la puerta del local. Encontramos a William mirándonos, mitad furioso, mitad confuso.

—Lorelai, ¿dónde has estado? —la reprende.

—Perdona, es que…

—¡Y has traído un perro! Sinceramente, no me sorprende.

—Estaba perdido —intento excusarla.

William se acaricia las sienes, como dándose por vencido.

—Tengo que hablar con unos proveedores, ¿podrás hacerte cargo de las mesas?

—Pero ¿quién se quedará con Selena Gómez?

—Yo la cuido hasta que venga su dueño.

—Ni hago el intento de explicar que no se permiten mascotas aquí adentro, ¿no?

Lorelai le sonríe y William agita las manos. Acto seguido, se encierra en su oficina.

—Puede parecer todo malote, pero los perros que ladran no muerden —me sonríe levantando los hombros.

Me siento en una de las sillas y la veo trabajar. Va de aquí para allá revoleando sus rizos y atendiendo a clientes.

Prendo mi celular y veo el mensaje de Emma.

“No sé qué estás haciendo pero me llevé tu auto, estabas tardando demasiado.”

“Ok”, le respondo sin molestia.

No puedo quitar los ojos de Lorelai, vestida de color amarillo. Es como el sol, ilumina cada mesa a la que va.

—No puedo creer que todavía no haya llegado ese infeliz —me dice Lorelai, enojada, mientras le da agua a la pobre Selena.

—Yo tampoco, ya han pasado dos horas.

En ese momento entra un hombre y al instante me doy cuenta de que es el dueño de la perrita blanca que llevo en mis brazos. No sé por qué pero lo sé. Él se acerca y nos agradece repetidas veces antes

de irse.

—Ni siquiera nos ha dicho por qué ha tardado tanto —se queja Lorelai.

—¿Hubiese cambiado algo?

—No, pero me gustaría saber.

Para despedirme de ella, me acerco con la intención de darle un beso en la mejilla, pero ella me sacude la mano.

—Un gusto —le digo extrañado pero divertido. Nunca antes una chica me había dado su mano tan formalmente.

—Sí, lo mismo digo —me dice ella y se da vuelta.

Al salir, gruño mientras busco en mi mochila la tarjeta para ir en subte, y efectivamente no la tengo conmigo.

Me decido a caminar, ya que no estoy lejos y me vendría bien despejarme. Sus ojos verdes de mirada inquieta y su melena salvaje vienen a mi mente. Lorelai tiene algo especial. Algo que hace que yo no pueda dejar de pensar en ella.

Camino por Camden High Street, repleta de gente. Los locales con sus fachadas son únicos: cada vez que volvíamos de algún viaje y pasábamos con el auto por aquí, sentía que efectivamente habíamos vuelto a casa.

En la esquina de la casa de Emma veo a Theo fumando. Me acerco a él, algo extrañado al verlo con un cigarrillo en la mano.

—No le digas a Emma, por favor —me pide, mientras mira a la casa de enfrente.

No se siente bien compartir un secreto con Theo. Pero tampoco es que yo ahora vaya corriendo a decirle a mi amiga.

—No te preocupes —le digo sinceramente.

—Lo hago. Yo ya casi no fumo, de hecho hacía días que no prendía

uno. Pero hay veces que…

—Es demasiado.

Ambos asentimos.

Nos quedamos en silencio, mirando a la gente que pasa caminando.

—Emma está estresada con los exámenes —me explica.

—La entiendo. Entrar a Oxford ya es difícil de por sí, ni hablar de Medicina. E imagino que con el bebé…

—No quiere ir a Oxford.

¿Cómo? Emma iba a ir a la misma universidad que yo, que Theo. Íbamos a estudiar para ir los dos a la misma.

—Quiere ir a Cambridge.

Me rasco la cabeza. Odio que Theo sepa algo que yo no. ¿Por qué no me lo habrá dicho? Antes solíamos ser dos caras de la misma moneda, inseparables. Ella sabía todo de mí, y yo, de ella.

—Voy a ver a Justin —le digo y sigo mi camino.

Toco la puerta y me abre Alison, mientras habla por teléfono. Me saluda haciendo un gesto raro y vuelve a su oficina. Escucho que ríe.

La casa está extrañamente silenciosa. Camino a la habitación de mi hijo intentando no hacer mucho ruido.

Al abrir la puerta, encuentro a Emma en el piso rodeada de sus apuntes. Se ve bien aún con el pelo enmarañado y la misma ropa que esta mañana.

Me siento a su lado, pero apenas levanta los ojos de su cuaderno al verme. Reprimo las ganas de alargar mi mano y correrle el mechón de la cara.

—¿Podemos hablar? —pregunto casi susurrando para no despertar

a Justin, que duerme plácidamente en su cuna.

Emma asiente y baja sus estudios. Nos levantamos sin hacer ruido y salimos a hablar al pasillo.

—Emma, no hace falta que vayas a una de las mejores universidades del país, podrías tomarte un tiempo o…

—Te hago el favor de detenerte, Nate.

Cierra los ojos, nerviosa, y vuelve a abrirlos, furiosa. Sus ojos grises solían mirarme de una manera completamente distinta.

—Yo puedo hacerlo. ¿Por qué debería dejarlo todo yo y tú no? Estoy estudiando, voy a aprobar mis exámenes. Mi madre nos está ayudando… no entiendo por qué quieres cambiar las cosas.

—Tú las has cambiado primero. Pensé que íbamos a ir juntos a Oxford.

—Cambridge tiene un mejor plan de estudios de Medicina.

—¿Por qué no me lo habías dicho?

—Yo hablo y tú no me escuchas, nunca lo haces.

—Eso no es verdad.

—Yo no soy ninguna mentirosa.

Emma se da vuelta y vuelve a entrar en la habitación. No puedo creer que me haya dicho que no la escucho.

Al lado de la puerta hay un cuadro con una imagen de Theo y Emma. Él detrás de ella, enseñándole a jugar al pool. La cara de ella está tapada por su cabello negro, como solía usarlo antes.

Es raro, ya que ella sabe jugar perfectamente, siempre me ha ganado. Hace mucho que no jugamos… Han pasado tantas cosas.

Quizás lo que necesitamos es volver a salir como solíamos hacerlo con Bella. Ir al Buck Street Market, comprar camisetas y joyas

baratas, reírnos un rato, ir a comer al Wildflower.

Les preguntaré a las chicas qué opinan. En unos días, cuando Emma se olvide de su enojo.

CAPÍTULO 6

Nate Davies

LORELAI

No puedo creer que le di la mano, como si estuviera cerrando una reunión. Cuando les cuente a las chicas seguro se van a reír de mí sin parar.

Al verlo correr al perro, me enamoré. Caí a sus pies. ¿Cómo puede ser alguien tan perfecto?

Ahora, mientras camino a casa, escucho "Best Friend", de Rex Orange County. Amo esta canción y no puedo evitar bailar un poco, aunque me detengo cuando una vecina me observa con mala cara.

Apenas abro la puerta de casa, escucho la voz de Cillian Murphy: mi abuela está mirando Peaky Blinders a todo volumen.

—Qué guapo es Tommy Shelby —me comenta con voz de enamorada—. Tú tienes que conseguirte uno así, Lorelai: mafioso y precioso.

—En eso estoy, abuela —le digo mientras le doy un beso.

Camino hacia mi habitación, pero antes giro para preguntar dónde

está mamá. Ya sé la respuesta, pero no puedo evitar hacer la misma pregunta cada tarde.

—Está de guardia.

—Claro…

Me interno en la habitación para retomar la escritura de mi novela, prendo una vela con olor a jazmín y empiezo a volar con mi imaginación:

Lily no podía aguantarlo más, tenía que decir lo que sentía o iba a morir con las palabras atragantadas. "Te quiero", le dijo. Robert se dio vuelta y la miró de esa manera como solo él sabía hacerlo, la besó como nunca antes lo había hecho y le dijo "te amo" con sus labios tan cerca de los de ella que compartían el aliento.

Empiezo a llorar. Nunca nadie me besaría si le confieso mi amor. Seguro se reiría y me diría que deje de soñar, que deje a un lado mis novelas románticas. Pero antes, muerta.

Vuelvo a mi historia, a Lily y a Robert, mis personajes. Ellos son todo lo que yo nunca seré: nunca tendré un amor apasionante, un enemigo al que termine amando, un Darcy que deje todo por mí.

Suspiro y vuelvo a pensar en él, en esos ojos, en esos músculos… ay. Me imagino besándolo y metiendo mis manos en su pelo rubio. Seguro que es un gran besador. Todos sus movimientos transmiten sexualidad.

¿A cuántas chicas habrá besado? ¿A cuántas chicas les habrá roto el corazón? A muchas, seguro. Cualquiera que él bese querría más, y más, y más.

Si él me diera la mano, yo ya perdería la cabeza, ni me imagino si…

Aún me cuesta creer que lo veré todos los días. Mis tardes van a cambiar por completo. Qué digo mis tardes, ¡mi vida está por

cambiar!

Basta, Lorelai, no pienses en imposibles, concéntrate en tu historia, no pierdas el foco. Escribo unos párrafos más y vuelvo a mis fantasías… Es tan lindo soñar.

CAPÍTULO 7

Mi nueva realidad

NATE

Debería estar estudiando, pero mi cuaderno de Matemática está a mi lado y, en su lugar, sostengo el celular. Voy cambiando de redes sociales, se me cruza por la mente buscar a Lorelai en Instagram, pero recuerdo que no sé su apellido. De todas maneras, entro a la lupita y escribo su nombre, ya que no abundan las chicas llamadas Lorelai.

Encuentro un perfil privado que calculo que es el de ella, @LorelaiObrien01, la foto de perfil es de una chica con el cabello rojo tomando un café. Sí, definitivamente es ella.

En su biografía está escrita esta frase: "¿Qué es la vida sin un poco de riesgo? Sirius Black". Me quedo pensando en que no suelo tomar "riesgos". Cuando le dije a Emma que gustaba de ella ya era tarde, nunca fui desobediente con mis padres, es más, ni siquiera me escapé de clase alguna vez.

Sin animarme a darle al botón de seguir, apago el celular, para luego volver a prenderlo.

Mi fondo de pantalla es una foto mía con Emma tirándonos a un lago en Devon. Decido cambiarla por una foto mía con Justin que nos sacó el otro día Bella en Koya Bar, un restaurante en el SOHO.

Bella manda un mensaje al grupo que tenemos con Emma para preguntar si queremos noche de estudio. Inmediatamente escribo que sí y que traiga algo para comer. Emma no responde.

A los quince minutos Bella está en casa con una torta de manzana hecha por su madre. Le quito el postre de la mano y entro sabiendo que ella me seguirá.

Pongo a hervir agua para el té y ella se sienta en el sofá.

—Necesito mejorar mis notas para Columbia —me dice cuando le doy la taza de té.

—¿Vas a ir? Si ya no estás con…

—No importa —me corta—, esa universidad tiene el plan de Artes de mis sueños. Tendré muchas más oportunidades que aquí, no voy a dejar que él lo arruine.

La puerta se abre y entra mi papá. Lo observo intentando hallar algo raro en él, pero nada. Solo la corbata, más suelta que lo habitual.

—Creo que voy a pasar al baño —me dice Bella. Nunca le ha caído muy bien mi padre.

—¿Dónde has estado? —le pregunto, sin que se me note molesto. Como si no me importara realmente.

—Terapia grupal —me responde a secas.

Lo miro y asiento, por ahora cumple la promesa que nos hizo a mí y a mi madre: “No volveré a jugar ni a apostar absolutamente nada. Iré a terapia y seré lo que ustedes merecen. Un marido y un padre presente y que valga la pena tener”.

Lo único que sé es que hasta ahora no fue a ningún casino ni a ningún juego en un sótano. Eso sí, ¿un padre presente? Ni cerca. Ni

hablar de que no ha querido conocer a su nieto. Por cierto, ¿qué corazón de hielo debe tener alguien que no se preocupa por ver a su primer nieto?

Lo que me enfurece es lo fácil que es para ellos juzgarme, hacerme sentir un paria social, todo por su mente cerrada y conservadora. Cuando mi papá casi nos funde, nadie lo excluyó de esa manera.

Papá me observa, parece querer decir algo, pero de su boca solo salen las palabras “buenas noches”.

Se va a su habitación sin mirar atrás. Luego quiere que trabaje en su empresa de buena gana, que estudie donde él quiere y que siga sus pasos. No, muchas gracias. Bueno, eso me gustaría decirle. Pero todos saben que voy a terminar haciéndome cargo de lo que me toca. Gracias, Kyle.

—Bella, ya puedes venir —le aviso, porque la conozco y sé que debe estar oculta esperando que mi padre no esté en la sala.

Asoma sus rulos rubios y ríe, como si fuera una broma. Siempre se ha tomado la vida así. Sonriendo para ocultar los problemas.

—Emma sigue sin responder —me dice un poco triste.

—Hoy fui a su casa y estaba estudiando. Se ha atrasado mucho.

—Yo sé que tiene muchas cosas de las cuales ocuparse, pero siento como si se hubiese olvidado de nosotros. Ya casi ni la vemos.

Antes de que pueda responder, me corta.

—No me refiero a que no la veamos físicamente, me refiero a que ya casi no habla con nosotros. Ni siquiera de Justin, solo está con el norteamericano. Que me cae bien, pero…

—No hace falta que defiendas a Theo estando solo yo presente.

—Gracias. Seguro están arropados viendo Diario de una pasión como solíamos hacerlo nosotras.

—No creo que eso sea lo que están haciendo.

Bella me tira un almohadón y río. Escucho que me ha llegado un mensaje y me fijo quién es.

—Andrew me acaba de invitar a una fiesta a su casa el sábado —le digo a Bella y dejo el celular en la mesa.

—Sí, a mí también.

—No puedo ir, es mi primer fin de semana con Justin.

—Lo sé, por eso ya le dije que no iba.

Sonrío. Por más que a veces me revuelva en mi propia pena y piense que estoy solo, es mentira. La tengo a Bella.

Me levanto a servir otras dos porciones de torta y, cuando vuelvo, Bella está mirando el celular con expresión triste.

—¿Qué pasó? —le pregunto preocupado.

En vez de decírmelo, me lo muestra. Una foto de ella y Mark en el crucero. La cara de él en su cuello, ella riendo con la boca abierta, las manos de él en sus piernas. El cielo atrás, bien azul.

—Yo pensé que viviría con él, ¿sabes? Que estudiaríamos en Nueva York y luego nos mudaríamos a Los Ángeles. Su padre es dueño de no sé cuántas heladerías. Mark trabajaría con él, diseñando, y yo tendría mi galería de arte.

—Nunca pensé a tan largo plazo, pero siempre creí que al final seríamos Emma y yo.

Mi amiga me abraza y yo la dejo.

—Dime, Nate, ¿adónde van los corazones rotos?

CAPÍTULO 8

Primer día

NATE

Paso a buscar a Emma por su casa, como le prometí. Al llegar a la puerta veo que se encuentra abierta y entro. Encuentro a Theo dormido en el sofá, con Justin en los brazos.

Frunzo el ceño, él debería estar camino a Oxford a esta hora. Me acerco e intento que se despierte con el poder de mi mirada.

—¿Qué pasa? —me pregunta, algo molesto, sin abrir sus ojos.

—¿Dónde está Emma? —le pregunto y tomo a Justin en mis brazos.

—Bañándose.

Theo mira su reloj y maldice.

—¡Desde hace una hora! Maldición. Tengo que irme.

Se va hacia su habitación y yo me acerco al baño, toco la puerta y le digo a Emma que debemos irnos. Pero no recibo respuesta.

—¡Emma! —grito.

Todo sigue en silencio. Preocupado, abro la puerta con miedo de que le haya pasado algo. Al verla, comienzo a reírme. Está vestida, sentada en el piso junto a la ducha, dormida. Tiene las rodillas flexionadas y un brazo apoyado sobre ellas, a modo de almohada. El agua de la ducha la ha salpicado, su cabello y su ropa están húmedos. Mi risa la despierta, y ella mira a su alrededor, completamente perdida.

—Me quedé dormida —me dice y se muerde el labio.

—Me he dado cuenta.

Emma se recompone un poco, pero aún parece una zombi. Acaricia a Justin y le hace un mimo al pasar, y va hacia su cuarto.

—No estoy lista todavía. No he podido bañarme ni desayunar… Y tengo que amamantarlo antes de salir. No voy a hacer a tiempo. Quizás no deba ir… siento que los días me pasan por encima.

—Te vendrá bien que me quede con Justin este fin de semana.

—No lo entiendes. Si estoy con él, todo es cuesta arriba. Y sin él… es mucho peor. No sé cómo hay tantas madres en el mundo. Esto es… insoportable.

—Lo dices porque estás cansada, nada más. Deberías tratar de descansar…

—Sí, claro. ¿Cómo? ¿Cómo lo hago? Para ti es fácil. Sigues con tu vida como si nada.

—Para mí también cambiaron mucho las cosas —le respondo, molesto.

Emma ser ríe con amargura.

—No sabes de lo que hablas. Ya veremos qué opinión tienes luego de cuidarlo dos días. Igual, será tan solo una noche… ni siquiera llegarás a darte una idea de lo difícil que es esto.

—Pero tu madre te ayuda, lo tienes a Theo, y sigues con tu vida: no has dejado el colegio, te estás preparando para los exámenes… a los

únicos que dejaste es a Bella y a mí, ya casi ni nos hablas.

—No sabes lo que dices. No tienes ni una maldita idea de lo que es mi vida en estos momentos, ni lo que sacrifico a cada instante. ¿Sabes qué? Dame a Justin y vete. Yo me arreglo para ir, olvídate. Prefiero ir sola.

Salgo de su casa lo más rápido posible. Siento que ya no la conozco. No sé adónde a ido a parar la Emma de siempre.

Emma se ha ausentado otra vez. Pero no puedo preocuparme por ella, tengo otras cosas en las cuales pensar. Luego de un día completamente aburrido en la escuela, Bella me acompaña a mi primer día de trabajo. Estoy algo nervioso. Aunque me tengo fe, debo admitir que no es mucha.

—No entiendo por qué estás tan nervioso. Solamente debes tratar a las personas con amabilidad y estarás bien.

—¿Acabas de citar a Harry Styles?

—Puede ser…

Apenas entramos encuentro a Lorelai, que nos observa detenidamente. La saludo con la mano y ella se ruboriza. Siento algo en el pecho e intento no prestarle atención. Saludo a Bella y me acerco a Lorelai para que me oriente.

—Bueno, aquí deberás cargar lo que consume cada cliente. Te será fácil el sistema, es muy intuitivo. Seleccionas la mesa y vas agregando los pedidos. Es importante que lo hagas con atención, porque al cerrar la mesa el sistema usa esa información para preparar la cuenta. Yo manejaré la caja. Si no estoy y debes cobrar en efectivo, ten en cuenta que a veces la bandeja se traba. Le das unos golpecitos y listo. De todas formas, por ahora William prefiere que solo uno de nosotros maneje el dinero por jornada, para evitar malentendidos.

—Ajá —le respondo, algo aturdido. Habla sin parar.

La sigo por todas partes, y aunque intento concentrarme en lo que me explica, no puedo evitar que en un momento mi mirada baje hasta su culo, pero me apuro a subirla, no quiero que piense que soy un baboso.

—Este sería nuestro pequeño vestuario, tiene un casillero y todo. Adentro hallarás el delantal. William solo nos da uno; si quieres otro, lo pagas. Y si lo rompes, también.

—Entendido, jefa.

Lorelai se ríe. El vestidor tiene el mismo aroma que ella, ese olor a mandarina tan especial y único. En un banquito veo que tiene un libro.

—¿Qué estás leyendo? —le pregunto.

—Harry Potter, el cuarto. ¿Te gusta?

—Para serte sincero, ni siquiera vi las pelis.

Lorelai abre los ojos como platos, parece como si le hubiese dicho que no sabía quién era la reina.

—Nunca… ¿nunca?

—Nunca.

—Eso cambia ya mismo, mañana te traigo el primer libro y ya verás cómo te arrepentirás por haber tardado tanto tiempo en leer esta maravilla.

—No soy un gran lector.

—Eso es porque nunca has leído un libro que te llame la atención.

Me quedo mirándola un poco más de lo normal y noto que se pone nerviosa, tartamudea algo sobre volver a la tienda.

Me coloco el delantal naranja y salgo a mi nuevo espacio de trabajo. Mis ojos caen directo sobre dos personas que me resultan muy familiares.

Camino hacia Alison y su novio, Alexander. Ambos se quedan petrificados al verme, se miran entre ellos como si fueran dos niños en problemas. Supongo que es porque todos creíamos que habían terminado tras esas vacaciones intensas en Los Ángeles, y que él seguía del otro lado del océano.

—Nate, nosotros… yo… no sabía que trabajabas aquí —me dice Alison, preocupada.

—¿Podrías no decirle a nadie de esto? —me ruega Alexander.

—Emma no sabe que Alexander está aquí siquiera.

—No le diré nada, pero no puedo guardar el secreto por mucho tiempo.

Me doy vuelta y, luego, me acuerdo de que debo tomarles el pedido. Intento recordar lo que me dicen pero se me olvida apenas llego a la barra. Por suerte Lorelai tiene una lapicera y un cuaderno de más y me los da sin dudarlo un segundo.

Nuestras manos se rozan y presiento que ella siente lo mismo que yo, o al menos eso creo. Desvía su mirada y yo vuelvo al trabajo, sin poder dejar de pensar en ella.

CAPÍTULO 9

Sorpresa

LORELAI

Un paso, otro paso y otro paso más. Camino hacia Serendipity e intento convencerme a mí misma de que prestar un libro no es nada, aunque para mí lo sea todo. Ayer le prometí que se lo traería. Me lo imagino leyendo extasiado en su cama, sin poder apartar la vista del maravilloso mundo de…

BUM.

Todo mi castillo de cuentos de hada se ha destrozado: Nate está al lado de una chica preciosa, de pelo suave y espumoso, se miran de un modo… especial. Está claro que no es cualquier amiga. Ella lleva un bebé en brazos. Desde el momento en que noto cómo está vestida, me doy cuenta de que no puedo competir.

La chica de ojos grises lleva un blazer azul oscuro, unos jeans y una camisa celeste. Está claro que su cinturón debe valer lo mismo que mi paga de dos meses, si no más. Y además tiene unos taquitos negros que son un sueño. Luce tan sofisticada…

Ayer fue igual de terrible. Yo esperaba que viniera y que comenzara

nuestra gran historia de amor. Pero llegó riendo con una rubia preciosa.

No dejes que los muggles te tiren hacia abajo, Lorelai.

Me miro en el espejo más cercano y hago una mueca: tengo un pantalón que podría parecer un pijama, un simple pulóver negro y unas tontas chatas negras. Miro la cantidad de pulseras que llevo y me avergüenzo un poco, son demasiadas.

Quizás debería ir a casa a cambiarme y volver, pero esos ojos color almendra me ven y me sonríen y todos mis pensamientos quedan en la nada. Intento sonreír y me sale una mueca extraña. Camino despacio hacia ellos, como si en cualquier momento pudiera pisar una granada.

—¿Quieres sostenerlo? —me pregunta Nate.

La situación se vuelve rápidamente muy extraña, ya que la chica lo mira contrariada o molesta, no lo sé, se lo saca de las manos con amabilidad y dice que irá a una plaza y luego a su casa.

Con Nate la vemos alejarse, mientras permanecemos de pie, uno junto al otro. Tiene una expresión… ¿melancólica? No lo sé, intento no pensar en eso.

Camino hacia el vestuario y Nate me sigue. Mientras dejo las cosas en mi casillero, se me cae el libro. Suspiro y pienso en lo tonta que soy. Me pongo a trabajar en silencio, no creo que haya nada por decir, realmente.

—¿Es tu novia? ¿Trabaja de niñera? —le pregunto, y me arrepiento al instante. Pero no me puedo contener, y prefiero indagar (poco) disimuladamente la verdad, antes que mi cabeza invente mil hipótesis disparatadas.

—Mmm, no —me dice Nate, mientras hace un café con leche.

—Está bien, en realidad, no hace falta que me digas nada. Es solo… curiosidad —miento.

—Sí, hace falta —me mira y sonríe, como si su historia fuera una

comedia que él no termina de entender—. Emma es mi mejor amiga desde que tengo uso de memoria. Siempre hubo algo entre nosotros, pero nada en realidad. Hasta que una noche…

Hace una gran pausa y me intenta explicar lo que pasó a continuación, la huida de ella a Los Ángeles, cómo se enamoró de Theo. Pero mi mente apenas logra retener solo un "detalle".

Tiene un hijo.

No lo puedo creer. Es… mucho. Solo tiene diecisiete años. Se ve que adoraba a Emma, por eso se miraban así, ¡y claro! Es la madre de su H-I-J-O. He leído muchas novelas para caer fácilmente en esta trampa. Sin dudas él sigue amándola. Jamás podré competir contra eso.

Nuestro jefe nos pide que dejemos de hablar tanto, pero cuando se aleja le pido a Nate que siga. Nate suspira y continúa su historia, ¡parece una película! Si hasta fue a una carrera clandestina y todo. Emma le confesó que estaba embarazada al lado del mar, en Venice Beach. Dios, qué aburrida debo parecerle.

—Y ahora, Emma estaba aquí porque Alison, su madre, debía irse al trabajo, entonces llevó a Justin a la puerta de la escuela.

Me deja sin palabras, a mí, que nadie nunca lo hace. Siempre tengo un chiste tonto que agregar o una conclusión estúpida, creo que tengo el récord de decir las cosas más idiotas a la mayor velocidad.

Habla rápido y mucho, ya podrás pensar en silencio cuando estés muerta. Ese es mi lema.

Voy hacia el vestidor caminando en silencio, pensativa. Abro mi casillero y saco el libro, le traje la edición especial de Gryffindor, mi favorita.

Aprieto el libro, dudosa de dárselo y quedar como una tonta. De todas maneras, vuelvo a la barra donde Nate está y se lo entrego.

—Después de todo lo que me contaste, no creo que estés interesado en leer la historia de un hechicero de doce años.

Nate me toma de las manos y me mira, me penetra con su mirada, me llena de calor, me hace sentir la chica más especial del mundo.

—Esto es justamente lo que necesito —afirma, mientras me da un beso en la mejilla.

Vuelve a trabajar pero yo me quedo inmóvil, con la mano en mi mejilla. Y entonces, sin saber muy bien por qué, pienso en mi papá, y en que quizás Nate también deje a Justin cuando se dé cuenta de que tiene una vida más importante por hacer.

CAPÍTULO 10

La invitación

NATE

Mientras hago un sándwich veo entrar a dos chicas que parecen los opuestos más opuestos del mundo. Una con zapatos de charol (hace años que no veía a una chica usarlos) y la otra usa medias de red y parece sacada de una canción de My Chemical Romance. Ambas se acercan y abrazan a Lorelai con efusividad y le susurran algo. Ella niega con la cabeza, les dice que por favor no. Pero ellas se ríen y se acercan a mí. Lorelai se queda inmóvil, mirando para otro lado, parece estar rogando que algo no ocurra.

—Mañana va a haber una fiesta de disfraces, ¿quieres venir? —me pregunta la emo.

—Sí, claro.

—Lorelai te pasará la información —dice la otra.

Le dan un empujón amistoso a una Lorelai a la que se le sube el color rojo a sus mejillas y se van. Mi pelirroja favorita se acerca con timidez.

—¿Co-cómo te paso los… los da-datos? —tartamudea.

Tomo su celular y agendo mi nombre. Ella sonríe… qué linda es cuando lo hace. Me manda lugar y hora y yo se los reenvío a Bella, que inmediatamente me confirma que se apunta.

Lorelai habla poco en lo que queda de nuestro turno, ¿no querrá que vaya? La bocina de mi amiga me saca de mis pensamientos y vamos en busca de los mejores disfraces.

Bella es una conductora horrorosa, casi atropella a tres ciclistas. De todas maneras, nadie se anima a decírselo porque nunca se sabe cómo puede reaccionar: puede acelerar a máxima velocidad o frenar de golpe y obligarte a bajar del auto. Por eso, mejor mantener la boca cerrada. Mágicamente llegamos vivos a la tienda. Bella me toma la mano y me hace ir hasta el fondo, donde están los disfraces más originales.

Ella busca prendas que no están a la vista de cualquiera. Se acuclilla junto a una caja de accesorios y prendas sueltas y revuelve hasta hallar el sombrero perfecto, que hace juego con el vestido que descubrió en el fondo de un perchero.

Puede ser que no sepa qué hacer con mi futuro, o qué sentir, o qué hacer, o quién soy, pero se siente bien estar aquí con Bella, probándonos de todo para tener los mejores disfraces.

—Podría ir de pirata —le comento, indeciso.

—No, ni cerca. Tú te disfrazarás de los Peaky Blinders.

—No, bajo ninguna circunstancia.

—Sí —me dice con una mirada a la que no puedo decirle que no.

Después de dos horas, salimos de la tienda con muchas bolsas y vamos camino a la casa de Emma, ya que habrá un misterioso anuncio.

Nos abre la puerta Alison. Se la ve muy elegante, con un traje negro de terciopelo y una blusa blanca, pero luce estresada. El repiqueteo de sus tacos se escucha por toda la casa, parece que no puede

estarse quieta.

En la mesa de mármol están sentados Emma y Theo de un lado, charlando amorosamente (ugh) y enfrente hay dos platos, uno para mí y otro para Bella. Increíble, tener que sentarme frente a los tortolitos.

De todas maneras, todos los ojos están puestos en la punta de la mesa: Alexander. Tiene su pelo rojo bien peinado e intenta sonreír mucho, pero también se lo ve intranquilo, como si una bomba fuera a explotar.

—Ojalá estuviera Félix aquí —suspira Emma.

Yo sé que extraña a su hermano, o hermanastro, que dejó de serlo cuando Alison dejó a Alexander. Pero parece que ahora volverá a ser parte de la familia. De todos modos, para Emma ese vínculo nunca se rompió, aun luego de la separación de su madre. Él también la quiere. Cuando nació Justin, Theo lo llamó y Félix al día siguiente estaba aquí, pero tuvo que volverse a París.

Alison regresa a la mesa con una botella de champagne y la destapa, mira a Emma con miedo y ella le sonríe. Creo que se imagina (todos nos imaginamos) lo que va a suceder.

—Como saben, amo a Alexander. Siempre lo supe, pero en este tiempo, por ciertas circunstancias, debimos separarnos. Fue horrible y no quiero que vuelva a suceder. Emma, no hay nadie a quien ame más que a ti, pero…

—Mamá, por favor, cásate con Alexander de una vez —le dice Emma sonriendo con ternura.

Alison la abraza y se le cae una lágrima. Siempre fue una mujer muy dura, pero nadie es del todo impermeable.

La cena transcurre amigablemente, el amor se huele en el aire. Todos hablamos de cómo crece Justin día a día, nos reímos, la pasamos bien.

Es una lástima que cuando llego a mi casa lo primero que escucho son gritos: mis padres, como siempre, están discutiendo.

Me gustaría decirles lo mucho que los detesto por no querer conocer a su nieto. Ya han transcurrido tres putos meses y ellos hacen como si nada.

Cuando paso junto a ellos, ni me registran. Mejor así. Entro a mi cuarto y me tiro en la cama e intento dormir, aunque no lo consigo. Abro la mochila en busca de mi celular y me encuentro con algo mucho mejor: el libro que me prestó Lorelai. Decido empezar a leerlo y, para mi sorpresa, no puedo parar hasta terminarlo. Esto era justamente lo que necesitaba, evadir mi realidad. A las cuatro de la mañana le mando una foto a Lorelai con el libro en la mano y le escribo: Necesito que Hogwarts sea real.

CAPÍTULO 11

La fiesta

LORELAI

El grito de Charli me quita de mi ensoñación, no dejo de ver la foto de Nate como una tonta enamorada… ¡qué lindo es, Dios mío! Estoy ciento por ciento segura de que cualquier hombre se ve más lindo con un libro en la mano.

—¿Puedes dejar de babear por ese chico y terminar de alistarte? Ven, que te falta la gota de sangre.

Me siento en el escritorio de Charli mientras ella termina de maquillarme y me veo al espejo. No sé si fue la mejor idea disfrazarme como Uma Thurman en Pulp Fiction, ella es mucho más linda que yo. Hannah no me da tiempo para lamentarme, ya que empieza a hablarme de esta noche.

—Tienes que lanzarte con Nate, ser tal como eres: divertida, amorosa…

—Y sexy, muy sexy —me susurra Charli.

Me hacen reír… Cuánto amo a mis chicas. Hannah está disfrazada

como Meredith Grey; y su novio, Uriah (que por cierto tiene coche y nos va a pasar a buscar), como Derek. Sí, son lo más tierno que hay. En cambio, Charli se vistió como Effy en Skins, está idéntica.

Escuchamos una bocina y bajamos rápidamente. En el camino nos cruzamos al hermano de Charli, que nos dice que estamos horrorosas, todo un encanto.

Entramos en el auto y Hannah le da un ruidoso beso a su novio. Uriah se da vuelta para saludarnos, es de ascendencia China y sus ojos prácticamente desaparecen cuando nos sonríe. Es perfecto para Hannah.

Apenas entramos, nos sentimos avasalladas por el gentío. Solo estoy aquí por él, odio las fiestas: en los libros todo es mucho mejor.

Mi corazón se rompe en pedacitos cuando lo veo entrar con su amiga despampanante. Él está vestido como Thomas Shelby, mi abuela lo amaría. Y ella, como una flapper de los años veinte, con un sombrero blanco gigante, un tapado con plumas, un vestido celeste con flores… es perfecta.

Decido evitarlo, no quiero que me vea: mi disfraz es lamentable. Me acerco a la cocina y empiezo a beber. Ni sé qué estoy tomando, mezclo colores y pruebo distintos tragos. Me doy cuenta de que todo me hace reír, mucho. Una parte de mí lo nota, pero aún así no puedo evitarlo. La música me parece increíble y, no sé muy bien cómo, de pronto estoy bailando en el centro de la pista.

Debe parecer que estoy teniendo convulsiones pero no me importa, al menos no bailo sola: un chico que creo que es bonito baila conmigo. Se pega a mí y me da vueltas que me dejan aún más mareada.

—¿Quién eres? —me pregunta susurrante al oído.

No es un desconocido. Es Quinton, el chico más guapo de la escuela, el que siempre me gustó pero nunca tuve el coraje para hablarle.

—Nadie —le respondo queriendo hacerme la interesante.

Él ríe, y antes de que me diga algo más, un amigo se lo lleva diciéndole que es algo muy importante.

—Después volveré por ti… “Nadie”.

Sin poder creerlo, voy al patio de la casa y tomo una botella de cerveza. Para mi sorpresa, se acerca el bombón rubio que me tiene loca. Esta es una noche interesante.

—Cómo me costó encontrarte, Mia.

—¿Mia? Yo me llamo Lorelai, ni de mi nombre te acuerdas —aunque intento hablar como siempre, mi voz se oye distinta. Hablo lentamente y aunque me empeño en pronunciar bien, algunas letras se estiran como chicle.

—Mia Wallace, ¿no estás disfrazada de ella? Amo esa película.

—Ah, sí, mira, ya me había olvidado de este estúpido disfraz. Esta peluca pica una barbaridad, toma —me quito la peluca negra y se la tiro, todos mis rulos rojos salen disparados por doquier—. Debería haberme disfrazado de algo más sexy, ¿qué crees?

—Creo que estás muy linda.

—No te dejé alternativa más que decirme eso, así que no creo que sea la verdad —sostengo mi cabeza entre las manos porque el mundo parece no quedarse quieto.

—Veo que tomaste mucho, Peque.

Peque… ¿tiene un apodo para mí? Creo que voy a llorar de emoción, aunque quizás les dice “Peque” a todas y yo soy solo una más para él…

Sin darme cuenta, empiezo a llorar y Nate me abraza, divertido. ¿Se ríe de mis penas? Qué pendejo.

Subo mi mirada y choco con sus ojos, con sus hermosos ojos…

—¿Te han dicho que tienes los ojos más lindos del mundo? Son tan especiales…

—Se nota que has bebido mucho, mis ojos son marrones, los más genéricos que puedes encontrar.

—No, son color almendra. Créeme, deberías darles más valor a los ojos. Miras a una chica con ellos y, pum, la desmayas.

Nate empieza a reírse y yo con él. Llega un momento en que ni sabemos de qué nos estamos riendo, o al menos yo ya no lo sé. Hasta que su risa se mezcla con un bostezo.

—¿Te aburren las fiestas? —le pregunto, cuando en realidad quiero saber si es que yo lo aburro.

—No, antes solía salir montones. Pero estuve cuidando a Justin toda la tarde —me cuenta y vuelve a bostezar, y me contagia.

La diversión se termina cuando llega la policía. No la policía literal, sino Hannah.

—Vamos, Lorelai, es hora de irnos.

Me levanto como puedo y me doy vuelta para tirarle un beso a Nate, decisión que sobria lamentaré muchísimo.

CAPÍTULO 12

Harry Potter

LORELAI

Nate trae el libro que le presté y me habla maravillado, sin poder creer lo que se estuvo perdiendo todo este tiempo.

Nos pasamos la semana así, él entregando un libro ya leído y yo prestándole uno nuevo. Nate adora mis anotaciones, hay veces que me manda audios imitando mi voz cuando las lee y yo simplemente me derrito.

También me manda fotos… Ahora mi galería está llena de fotos suyas leyendo en todas partes de Londres: en el patio de su escuela, en el subte, en una plaza (aunque mis favoritas son las de él en su cama, de noche). Se lo ve tan sexy… aunque cada vez lo siento más y más inalcanzable. Creo que estoy quedando irremediablemente en la zona de amistad. Nate me abraza y me aprieta las mejillas, me desordena el pelo, me llama “Peque”…

Cómo me gusta estar cerca de él… es un paraíso en sí mismo. Sinceramente, no le cambiaría nada. Y aunque me gustaría que me bese y me diga lo linda que soy, entiendo que un chico como Nate nunca estaría conmigo, la torpe y colorada Lorelai.

Aunque a veces… a veces me mira con otros ojos, como cuando me quedó la cinta del delantal atorada en la caja registradora y él me ayudó a librarme, rozando mi cintura con seducción; o cuando me acomodó un mechón detrás de la oreja… eso solo lo hacen los enamorados; los amigos, no.

De todas maneras, todas mis esperanzas infantiles quedan aplastadas cuando veo a Bella (ahora sé su nombre) pasar por la puerta. Ya leí demasiados libros de "mejores amigos a amantes" como para ahora dejarme engañar por estos dos.

Una vez me animé a preguntarle a Nate si pasaba algo entre él y Bella, pero lo negó rotundamente, como si fuera un asco lo que acababa de decirle.

—Bella es como una hermana para mí, nunca he pensando en darle un beso siquiera. Nunca.

Me imagino que decía lo mismo de su otra amiguita, Emma, y ya sabemos cómo terminó eso…

En fin, cada vez que tengo esperanzas, yo misma me las destruyo. Pero mis amigas siempre intentan volver a construir la confianza en mí misma.

Un día que fuimos al centro a ver vestidos y a soñar para el día de nuestra graduación, vimos a Bella, Emma y la que supongo que es Alison salir de un local de novias. Nos pareció muy sospechoso. ¿Emma se estará por casar con ese novio de Los Ángeles? Quién sabe.

Salir con Charli y Hannah siempre es un alivio a mi corazón, ya que las tontas me hacen reír como una desquiciada. Me llevaron a comprar lencería para cuando "logre embaucar a Nate con mis encantos", palabras literales de Charli.

Ahora estoy sola, en mi habitación, con mi nuevo conjunto de encaje, y ya imagino cómo va a acumular telarañas, pues es imposible que lo use. O quizás no lo sea…

Imagino las cosas que haría con Nate si fuéramos novios. Además

de besarlo todo el día, podríamos ir al festival de Notting Hill, hacer un recorrido de librerías, quedarnos dormidos viendo una película y que me regale una edición especial de Jane Austen… todo suena muy tentador y muy difícil de conseguir. Imposible, podría decirse también. Esas cosas no pasan en la vida real, o al menos en mi vida real.

Pero, quién dice, quizás en una de esas vueltas de la vida el sol se pose en mí como una estrella naciente y me vuelva la protagonista de mi historia de amor.

CAPÍTULO 13

No te rindas

NATE

Antes nunca me hubiese imaginado pasar un viernes en casa. Antes, antes de Justin, antes de Los Ángeles, simplemente antes.

Los viernes eran el mejor día de la semana, iba al colegio, luego a entrenar, me bañaba, me ponía perfume, Sauvage de Dior, y pasaba a buscar a la chica con la que estaba saliendo. Nunca estaba con una más de un mes, nunca fui un "chico malo", simplemente ninguna me interesaba lo suficiente para estar por más tiempo. Casi siempre las llevaba a St. John Bread and Wine, mi restaurante favorito en Shoreditch, y si la noche se prestaba, íbamos a una fiesta.

Todo esto lo pienso mientras me baño y medito sobre cómo mi vida cambió, cómo todo cambió.

Ya duchado, luego de un viernes eterno entre el colegio y el café, salgo a buscar a Justin. Es el primer fin de semana que pasará conmigo, mis nervios están por explotar. Emma ya me ha dicho cinco veces que podemos posponerlo, pero al mismo tiempo se queja de que no estoy lo suficiente… en fin, Emma.

—¿Ya tienes todo listo? —le pregunta mi madre a mi padre.

¿Qué hacen con bolsos? Esta mañana, antes de irme a clases, les conté que vendría Justin… Esperaba contar con su ayuda.

—¿Adónde van? —les pregunto intentando ocultar mi enojo.

—Hola, hijo: nos vamos al campo con unos amigos, olvidamos contarte —me responde mi madre.

—¿Justo este fin de semana?

—Lo hemos arreglado hace mucho.

—Pásenla lindo —les digo, ya sin ocultar mi enojo, y salgo dando un portazo.

Apenas choco con el viento frío de la noche, maldigo por haberme olvidado el abrigo. Intento respirar antes de tocar la puerta de Emma, ya que mi enojo y mis nervios no son una buena combinación.

Me abre la puerta Alison y sonríe al verme. Detrás de ella veo a Emma amamantando a Justin. Voy a confesar que las primeras veces fue raro, pero ya no lo es.

—Nate, en la repisa esta todo lo que necesitas —me dice, mientras se acomoda la camiseta—. Eso incluye ropa, pañales e inclusive mi leche.

Al decir esto último se agarra la cabeza.

—Yo sé que es lo menos sexy del mundo, pero es lo que hay.

Theo entra y me saluda de lejos, luego se acerca a Emma y le da un beso en la frente.

—Me baño y ya estoy listo para salir —le dice, y se va.

—¿Qué van a hacer? —pregunto, intentando no sonar tan curioso.

—Hizo reserva en BAO, ese restaurante tan chulo del SOHO. Si te

soy sincera, tengo cero ganas de ir, pero o me pongo las pilas o Theo se me va a Los Ángeles, te lo puedo asegurar.

Emma se levanta y me da a Justin en brazos. Lo sostengo con cuidado, todavía no se me fue el miedo a que se me caiga en cualquier momento.

—Mira, yo no estoy segura de si es lo correcto que te lo lleves aún. ¿Has contratado a una niñera? Sabes que siempre me puedes llamar e iré corriendo. ¿Están tus padres para ayudarte? ¡Debería haberte dicho que compres una cuna!

—Ya compré una cuna, Emma, apenas nació Justin.

—Vale, vale. No te olvides de la leche, o no podrás hacer que pare de llorar. Ay… no sé si esto es una buena idea.

—Emma, ¡deja de volverlo loco y ven a cambiarte que llegaremos tarde! —grita Theo desde la habitación.

—¿Cambiarme? Yo pensaba ir así —le responde con otro grito a Theo, y a mí me sonríe, ya que está de chándal y camiseta sucia.

—Sinceramente, creo que ni con una ducha de tres horas tienes arreglo —le digo bromeando.

—Tu cállate y cuida a nuestro hijo.

—Emma, ya basta, ¿sí? Entiendo tu preocupación pero yo puedo cuidar de Justin.

—Nate…

—Cualquier cosa, te llamaré, te lo prometo.

Le doy un beso en la mejilla y tomo el gran bolso que me ha dejado. Coloco a Justin en el carrito y les deseo que pasen una linda noche.

¿Me molesta que ellos salgan a cenar mientras yo debo quedarme en casa todo el fin de semana? Sí, bastante, pero no digo nada de nada.

Abro la puerta de casa y nos recibe una terrible soledad.

—¿Qué quieres hacer, muchachito? —le pregunto a Justin—. ¿Ver una peli? Qué buena idea.

Lo saco del carrito y lo alzo a upa, para luego tirarme en el sofá y encender la tele. Apenas el hombre de las noticias comienza a hablar, Justin llora, así que apago de inmediato, y él deja de llorar.

—Ya sé qué vamos a hacer.

Lo dejo en su carrito y corro a buscar un juego que le compré el otro día, mientras iba de regreso a casa.

Tomo la caja azul y bajo al living, donde me espera Justin con los ojos abiertos. Comienzo a desarmar la manta mientras él me mira expectante. No es algo que digas "el mejor juego de la historia para los bebés", pero está bastante bien. Es una manta para que Justin gatee y vaya apretando botones que hacen sonidos. Lo saco del cochecito y lo coloco sobre la tela colorida. Parece disfrutar la novedad. Me río al verlo sonreír y abrir los ojos grandes, con ese gesto de sorpresa y miedo a la vez que hace a veces. Le saco una foto y se la mando a Emma, que debe estar hecha un manojo de nervios.

Me quedo mirándolo por un rato, hasta que noto que se fastidia y lo tomo en brazos. Veo cómo comienzan a pesarle los ojos y acaricio sus mejillas, es perfecto. Lo llevo hasta la habitación donde se encuentra su cuna, y lo apoyo con cuidado.

Me acuesto en mi cama y tomo el celular, Emma me respondió con un montón de emoticones.

Abro mi chat con Lorelai, quizás deba escribirle algo, un "¿Qué andas haciendo?". Pero no lo hago. Podría pensar que le estoy por proponer hacer algo, y yo no puedo proponerle absolutamente nada.

Justin comienza a llorar. Me levanto rápidamente, lo tomo en brazos y me doy cuenta de que huele muy pero muy mal.

Busco el bolso que me dio Emma y saco una manta, la apoyo sobre

la cama y tomo los pañales. Acuesto a Justin y cuando le quito el pañal, me mea en la cara, directo.

—¡Eres un sinvergüenza! —murmuro.

Asqueado, cierro los ojos e intento secar el pis con la manga de mi buzo. Cuando los abro, veo que he dejado el celular al borde de la cama y está a punto de caerse. Lo manoteo para atajarlo y lo tiro en el centro del colchón, mientras intento quitar el pañal sucio.

—¿Hola? —dice una voz que conozco muy bien.

Desde donde estoy, distingo en la pantalla la cara sonriente de Lorelai. Debo haberla llamado sin querer al lanzar el móvil.

—Perdona, Peque, debo haber marcado sin querer, estoy cambiando el pañal a Justin. Espero no haberte molestado —le grito para que me escuche pese a la distancia.

—No te preocupes —me dice.

Desvío mi mirada del celular y noto que el pañal se ha corrido y está a punto de mancharse el acolchado.

—¿Me esperas un momento?

Intento concentrarme en limpiar a Justin, claramente no logro hacer dos cosas bien a la vez. Lo tomo de las piernas y lo levanto para colocarle el pañal debajo, y no encuentro las tiras para sujetárselo: lo he puesto al revés.

—Mierda —mascullo y se lo quito para darlo vuelta y colocarlo con las cintas sujetadoras hacia la espalda.

—¿Todo bien? —pregunta Lorelai a lo lejos.

—Todo excelente —grito.

Cierro el pañal y noto que le queda flojo. Vuelvo a abrir las tiras y nuevamente las adhiero a la parte delantera, tratando de que esta

vez quede más ajustado. Recién a la tercera vez me queda mejor. Solo he cambiado un pañal y me siento agotado. Cuando creo que por fin se terminó, Justin vuelve a llorar.

—¿Qué te pasa ahora? —le pregunto.

—Quizás tiene hambre, los bebés siempre tienen hambre, ¿no? Una vez leí un libro en el que la protagonista decía que su hermanito de cuatro meses siempre tenía hambre —escucho la voz proveniente del celular. Casi olvido que aún está del otro lado de la línea.

—Puede ser…

Levanto a Justin en brazos, tomo el celular y voy hacia la cocina.

Saco del refrigerador la leche, caliento agua en un cuenco tal como me indicó Emma y coloco el biberón adentro mientras intento calmar a mi hijo, sin éxito. Con Justin en brazos, dejo el celular sobre la mesa y compruebo la temperatura de la leche. Me pone nervioso que Lorelai esté esperando del otro lado de la línea, pero a la vez no quiero que cuelgue. Necesito su compañía, a pesar de estar con mi hijo, me siento horriblemente solo hoy.

—Tenías razón —le confieso a Lorelai cuando veo a Justin tomar con desesperación su leche.

—¿Cuándo no?

Ambos nos reímos y puedo sentir cómo su sonrisa comienza a aflojar toda la tensión en mi cuerpo. Por fin, tomo el celular y lo sostengo para que podamos vernos.

—Tienes toda la cara mojada —me dice.

—Es pis.

—¿Qué?

—Sí, Justin me meó toda la cara.

Esta vez Lorelai no solo ríe sino que se descostilla.

—Eres el diablo —le digo.

—Obvio, ¿no ves que soy pelirroja?

Ambos nos reímos y veo que entra una llamada de Emma.

—Tengo que dejarte. Chao, Peque.

—Chao, Nate.

Por suerte, Emma no me llama por videollamada, así que me llevo el celular a la oreja.

—Nate, ¡no puedes no responder mis mensajes! Me estoy volviendo loca.

—Solo más loca de lo que ya estás.

—Calla. ¿Cómo está Justin?

—¿Sabes que es de mala educación hablar por teléfono mientras estás cenando con otra persona?

—Eres bobo, eh. Theo está en el baño. Ahora dime cómo está mi hijo.

—Perfecto, deberías preguntar cómo estoy yo.

—Ay, Nate de mi alma, ¿cómo estás?

—Meado, nuestro hijo me meó la cara.

Emma comienza a reírse.

—Seguro te lo mereces, me voy, que Theo está volviendo. ¡Y responde mis mensajes, por favor!

Emma corta y veo que Justin ya se ha tomado toda la leche.

—Buen chico —le digo, y le palmeo la espalda.

CAPÍTULO 14

Inesperado

NATE

La semana pasó sin grandes imprevistos, solamente muchos pequeños que pusieron constantemente a prueba mi paciencia.

Emma consiguió trabajo en una librería, como ella quería, y como buen padre y amigo que soy, llevo a Justin en su cochecito rojo a visitar a Emma en su primer día. Abro la puerta del local y la veo atendiendo a un cliente. Tiene puesto un saco de tweed, sus jeans favoritos y una musculosa dorada. Así vestida se parece a Alison, con sus tacos repiqueteando por todas partes. Nunca se lo diré, perdería la cabeza o moriría ahogado en el Támesis si lo hiciera.

Apenas nos ve, su mirada se ilumina. Claramente es por Justin, no por mi presencia. Se nos acerca casi corriendo y lo levanta en brazos.

—¿Quién es este muchacho tan bonito? Yo creo que lo conozco, sí, creo que sí —dice Emma con esa voz aguda que le dedica a nuestro hijo mientras entierra la nariz en sus adorables mejillas.

Se lo quito porque sé que ella nunca lo soltaría, y lo llevo a unas

mesitas que hay en el fondo. Entonces, alguien entra y escucho unos libros caer. Un perfume a mandarina llega hasta mí: sé quién es incluso antes de verla.

—Mil disculpas —susurra Lorelai. Su mirada choca con la mía y se pone colorada como un tomate cherry. El piloto azul se le desliza por el brazo derecho, y de su camiseta se asoma su sujetador negro de encaje. No puedo evitarlo: se me cruza por la mente cómo sería quitárselo.

Lorelai tartamudea algo y sale prácticamente corriendo. Intento seguirla, pero con el cochecito me cuesta alcanzarla: casi me caigo tratando de llegar hasta ella. Por eso le grito que no escape. Parece que así logro que se apiade de mí y frena.

—No sabía que estabas ahí, no te estaba siguiendo.

—Nunca me hubiese imaginado eso, Peque. Como Emma trabaja ahí, a veces aprovecho para traer a Justin.

—Es mi primera vez en esa librería, y la última —afirma.

—¿Por qué?

—Estoy apurada, debo irme.

Antes de que pueda correr, la tomo de la mano y la acerco a mí. Ni sé por qué lo hago, las palabras salen sin siquiera pensar.

—¿Quieres venir a almorzar conmigo mañana? El pequeño nos acompañaría…

Lorelai abre grande los ojos. Respira agitada y mira a los costados, se ve linda incluso entrando en un ataque de pánico.

—Sí, creo que mañana no tengo nada —me dice al fin—. Después pásame dónde quieres que nos veamos.

—Lo haré, sin dudas.

La veo irse con sus taquitos negros por la calle Blenheim. Esas caderas me confunden… y su sonrisa, sus mejillas coloradas, sus

labios. Arggg.

Qué estoy haciendo.

No puedo permitirme pensar en ella de esta manera. No puedo fantasear cómo sería hacerla mía y que me quiera solo a mí. Miro a Justin y me pongo en cuclillas para acariciarlo: este niño es mi vida entera. Es mi hijo, y debo ser el mejor padre del mundo para él. No tengo tiempo para cosas como el amor, no sería justo para Lorelai. Yo sería un mal amor para ella.

CAPÍTULO 15

Solo un almuerzo

LORELAI

Después de horas de intentar arreglarme, me miro al espejo con lo que creo que será la decisión final. Sonrío: no estoy tan mal.

Me até los rulos desobedientes en una cola baja e intenté maquillarme con unas sombras grises.

El tema ropa estuvo más difícil, ya que quería verme linda pero sin que pareciera que me estaba esforzando demasiado. Domingo a la mañana, brunch: debía verme casual. Decidí que un suéter blanco con rayas azules a lo marinero sería lo mejor, con unos jeans blancos, mis chatitas negras, blazer por si tengo frío y una cartera gigantesca marrón, mi favorita.

Cuando mi abuela y mi mamá me ven, empiezan a gritar como locas. Me dicen que me veo increíble, preciosa, que enamoraría a cualquiera… admito que escucharlas me hace sentir mejor conmigo misma y no tan aterrorizada.

Camino al almuerzo, escucho “Someone to you”, de Banners. Qué lindo sería ser algo para alguien. No solo algo, sino lo más

importante, la luz en la oscuridad.

Entro al restaurante con mi mejor sonrisa y me quedo paralizada, como si hubieran pegado mis pies al piso. Un mozo choca conmigo y apenas logro esbozar una disculpa. No vamos a ser solo Nate y yo, sino… todo el mundo. Me acerco con vergüenza a la mesa repleta y Nate me presenta a Theo, Alexander, Alison y a Bella, aunque ya la tengo bastante vista, muy a mi pesar. Pobre, no es mala, es que mi envidia es simplemente demasiada.

Ver a tantas personas me apabulla y no encuentro nada que decirles, así que me quedo callada y asiento con la cabeza.

—¿Todo bien? —me pregunta Nate. Su frente se frunce y es muy tierno cómo me mira.

—De maravilla.

—¿Segura que no te pasa nada?

—Segurísima.

Es increíble que no se dé cuenta de que es súper extraña la situación, los hombres no dejan de sorprenderme.

No es todo tan terrible, de todas maneras. Bella, a mi pesar, es súper amable y me pregunta sobre mi escritura. Antes de darme cuenta, me encuentro charlando con ella sin preocupación.

Una vez terminado el almuerzo, Nate se ofrece a llevarme a mi casa. En el asiento de atrás está Justin, con su gorrito azul que le cubre gran parte de su cabello dorado, igual al de su padre. Va a ser un bombonazo. Le sonrío y le acaricio sus pequeñas manos regordetas.

—¿Mañana a la noche tienes planes? —me pregunta Nate, mientras conduce.

Mi corazón se detiene. ¿Me invitará a salir? ¡Sí! Es mi momento, ya estoy planeando lo que voy a ponerme.

—Nada aún —intento sonar despreocupada, como si no fuera gran cosa la cita. ¿Me llevará a un restaurante italiano? ¿O al cine? Uh,

quizás vayamos a cenar bajo las estrellas.

—Porque mañana es el cumple de Emma y necesitaría que alguien me ayude con Justin. Les pediría a mis padres pero ellos… digamos que aún no están cómodos con esta situación. En fin, confío más en ti.

Increíble, voy a hacer de niñera. Adiós, vestido apretado. Adiós, bucaneras de dos metros.

—Sí, claro, sería un honor —le miento.

CAPÍTULO 16

Cortocircuito

NATE

No puedo parar de pensar en Lorelai, cómo miraba a Justin, cómo encajaba perfectamente en este grupo que se ha convertido en mi familia. Su risa floja y distendida, su mirada nerviosa al comienzo… Toda ella.

Por eso reservé en Xu esta noche, un restaurante que queda en el SOHO. Ya tengo todo planeado, la pasaré a buscar y le diré que estoy abajo. Una sorpresa. Nos divertiremos y le contaré que el primer dueño del lugar fue un periodista.

Cuando estoy por tocar el timbre de la casa de Emma suena el móvil, es ella. Miro a Justin, que se encuentra en el cochecito moviendo sus diminutos pies.

—Justo estaba por tocarte el timbre —le digo riendo.

—Dime que es mentira. Justo te iba a llamar porque Félix está acá conmigo en la librería y se le ocurrió ir a cenar a Primeur, ese lindo restaurante en Stoke Newington. ¿Podrías quedarte unas horas más con Justin?

—Te juro, Emma, que no te puedo creer. Yo también tengo planes, ¿sabes?

—Dios, Nate, no puedes ser tan egoísta. ¡Un favor te estoy pidiendo! Vino mi hermano de París y quiero verlo.

—¿No podrías habérmelo dicho a la mañana?

—No, no podía porque no lo sabía. No tengo la vida más organizada del mundo, ¿sabes? Hago lo que puedo. Y tú me pones esa voz de hartazgo porque te pido un par de horas. Yo estoy con Justin todo el día y nunca te digo nada, tú sigues con tu vida, yo lo dejé todo. Ahora incluso he comenzado a trabajar en las pocas horas que no estoy atendiendo a mi hijo, y a ti te molesta cancelar tus estúpidos planes.

—Mira, primero, no sé por qué te empeñas en trabajar, podrías no hacerlo, pero siempre quieres ser la Mujer Maravilla. Emma, la pobre chica, miren todo lo que hace. Yo también trabajo y estudio y soy el mejor padre que puedo ser, que me dejas ser.

—¡Tú no tuviste que dejar nada! —me grita.

—No sabes ni mierda de lo que tuve que dejar. Eres tan narcisista, Emma, deja de mirarte el ombligo. Está bien, yo me quedo con Justin ahora, olvídalo.

—No, está bien, ya no necesito nada.

—Ya está, Emma —le digo y corto.

Doy vuelta y regreso a casa, vacía y fría como siempre. Llamo al restaurante y cancelo la reserva. Qué suerte que era sorpresa y no tengo que cancelarle a Lorelai también, ella nunca se enterará.

Saco a Justin del carrito y lo llevo a su cuna, por suerte está cansado, hoy ha sido un día agitado para el chiquitín. Me quedo mirándolo dormir, me calma verlo.

Intento dejar de pensar en Emma, no me gusta lo que nos hemos dicho, pero ella nunca intenta ponerse en mi lugar. Ella tiene a Alison, a Theo… yo no tengo a nadie.

Últimamente he pensando en llamar a mi hermano, preguntarle si tiene pensando volver al menos unos días. Le mandé una foto de Justin pero ha tardado dos días en contestar.

Nunca hemos sido muy apegados, pero lo extraño, era bueno tenerlo cerca. Siempre fue bueno para calmar las aguas cuando mis padres discutían. Aunque ellos ya no discuten, tampoco se hablan.

El timbre suena y bajo a abrir. Del otro lado está Emma y me mira arrepentida, me abraza al instante y susurra “perdón” contra mi pecho.

—Está bien, Emma.

—Se nos fue de las manos.

—Claramente ambos dijimos cosas que nos sentimos.

—Claramente.

—Pasa, está helado.

Emma entra y mira todo, hace mucho que no venía a mi casa.

—Está distinta.

—Puede ser.

—Me crucé a mi mamá, me dijo que ella no tenía problema en cuidar a Justin. Pensaba que quizás podíamos ir a Luca con Bella, como hacíamos antes.

—No me lo digas dos veces, muero por su mousse de chocolate.

—Lo sé.

—¿Y Félix?

—Con Theo, está bien que estén un poco solos, se extrañan.

—Ya mismo llamo a Bella entonces.

Antes de que camine para ir a buscar mi celular, Emma me toma la

mano y me mira seria.

—Te quiero, Nate, aunque no te lo diga y me ponga histérica. Y eres un gran padre. A veces es mejor que no me escuches.

—Yo también te quiero, Emma.

CAPÍTULO 17

Cumpleaños

NATE

Hoy es el cumpleaños de Emma y Theo me mandó a buscar los globos, ya que él fue quien organizó todo. No voy a mentir, me molesta que él lo haga. Hace poco hubiésemos sido Bella y yo los encargados de llevar la fiesta a cabo. Y ahora es todo Theo, Theo, Theo.

Bella llama:

—Necesito que me hagas un súper favor —me pide desde el alta voz.

—Dime.

—Me olvidé de ir a buscar la torta y ya estoy aquí.

—Pásame la dirección —le digo. No tiene sentido que me enfade, Bella es así. Y sin una torta, no existe una fiesta de cumpleaños, todos sabemos eso. Así que, con el asiento trasero cargado de globos ya inflados, doy la vuelta y me dirijo hacia la pastelería que se encuentra en Notting Hill. Estaciono frente al Hotel Laslett y

camino a buscarla.

Mientras espero, me distraigo con el celular y veo las historias de Emma. La primera, una foto del desayuno que le preparó Theo. Sé que fue él quien lo preparó ya que lo etiqueta. Macarons y café. La siguiente es de ellos dos compartiendo un milkshake.

—Aquí tiene —me dicen, mientras me entregan la torta de tres pisos. Me quedo mirando la caja enorme mientras me pregunto cómo diablos llegaré hasta el auto sin dejarla caer. Debe pesar una tonelada.

Logro acomodarla en el asiento delantero y, de milagro, llego a la casa de Emma. Encuentro a Félix saltando encima de Theo mientras le desacomoda el cabello. Es gracioso ver a un norteamericano vestido de parisino. Hace meses que Emma tiene ganas de viajar a París a verlo, pero con los exámenes a la vuelta de la esquina y Justin, es imposible.

Escuchamos pasos y sonidos de llaves acercarse, inmediatamente todos nos escondemos para gritar:

—¡Sorpresa!

Emma se emociona, pero no llora. La casa está adornada con la temática de Once Upon a Time in Hollywood. Hay fotos de DiCaprio y Pitt por todas partes.

Theo se acerca y Emma lo besa en los labios. Antes, cuando los veía de esa manera, me molestaba mucho. Ahora también, pero no es lo mismo.

La cumpleañera va saludando a todos y cuando llega a mí, la alzo y la aprieto fuerte. Al bajarla, la observo. Lleva su saco largo azul, sus pantalones blancos, la camisa de jean y esos zapatos marrones que se compró una vez en la feria de los domingos y que ama con el alma. La recuerdo bailando en la cocina de mi casa dos cumpleaños atrás, sin zapatos, con las medias deslizándose en la madera, sus ojos brillando como dos semáforos.

—Siempre agradezco que tú hayas sido mi compañero siempre, y en

especial en esto —me dice apretándome las manos.

Le sonrío, no tengo más que decirle.

—¿Dónde está Justin? —pregunta Emma.

—Nate lo dejó con sus padres —responde Theo.

—Imposible —responde Emma, mirándome. Sinceramente sí, es imposible que eso pase.

—En realidad, está con Lorelai —aclaro.

La expresión de Emma se va transformando poco a poco, hasta que parece que sus ojos se le salen de las órbitas.

—¿Lo dejaste con una completa desconocida? ¿Es que ustedes están dementes, o qué? ¡¿Y a quién se le ocurre pensar que querría pasar mi cumpleaños sin mi bebé?! Quiero a mi hijo en mis brazos, ¡ya mismo! —grita.

Theo me mira como si quisiera matarme.

—No me grites, yo soy su papá, tengo derecho a decidir con quién lo dejo. Y jamás lo pondría en peligro: estoy seguro de dónde y con quién lo he dejado.

—¿Hace cuánto la conoces?

—Eso no te importa. Tú eres su madre y decides a diario quién lo cuida en tu ausencia sin darme ni voz ni voto. Yo soy el padre: puedo tomar las mismas decisiones.

CAPÍTULO 18

Conociendo a Justin

LORELAI

Sostengo a Justin como vi en Google, pero de todas maneras él no para de llorar. No sé cómo se me ocurrió aceptar cuidarlo, pero tampoco quería decirle que no a Nate.

Si al menos estuviera mi mamá, o mi abuela, esto sería mucho más fácil. Pero una está haciendo su turno noche y la otra está en el cine con una amiga.

Me levanto del sofá y empiezo a caminar. Silencio. Justin ha dejado de llorar. Me fijo que esté respirando, porque quizás se ha callado porque le ha pasado algo malo, como un fallo cardíaco. Pero no, gracias a Zeus y a todos los dioses Justin respira y está bien. Sonrío aliviada.

Es tan lindo este bebé. Es alegre, por más que llore. Le agarro sus manitos tan bonitas y comienzo a hacerle ruidos en la cara que hacen que haga algo parecido a una risa. Todo esto en continuo movimiento.

Me acerco a la cocina, donde he dejado mi celular, pero al

detenerme Justin comienza a llorar. Entonces me es imposible llamar a nadie. Lo intento varias veces, hasta que tengo éxito, y hago videollamada con mis dos terapeutas. Charli y Hannah. Ellas son como un diablo y un angelito, la mezcla perfecta para cualquier decisión que tenga que tomar.

La primera en atender es Hannah, puedo ver el hombro de Uriah detrás. Sé que iba a pasar la noche en casa de mi amiga.

—¿Ese es el bebé del rubio? —es lo primero que me pregunta y sonríe a la pantalla.

—¿Sabes cómo cuidar a un bebé? —me pregunta Charli, y veo que está en un baño.

—¿Dónde estás? —le pregunto.

—Vine a tomar algo a un bar con Maggie, la chica que les conté que era medio rara pero súper divertida.

Hannah y yo asentimos.

—Esto es una locura —dicen las dos al mismo tiempo, y no hace falta preguntar a qué se refieren.

—Lo sé, pero es que…

—Es que… nada —me corta Hannah—. Tienes diecisiete, Lorelai, ¿qué haces cuidando a un niño ajeno? ¡Y gratis!

—No podía decirle que no a Nate.

—Sí puedes. Siempre puedes decir que no —me recrimina Charli.

Por un momento olvido moverme y Justin vuelve a llorar.

—Deberías estar conociendo chicos en fiestas, o como máximo, en el nivel de obligaciones impostergables, deberías estar estudiando para los exámenes, no cuidando niños de chicos que ni siquiera son tus novios —me dice Hannah.

—Lor, a veces las personas que queremos no son las indicadas para

nosotras —explica Charli.

Justin vuelve a llorar, esta vez no porque me he detenido sino porque debe tener hambre, o algo así. Por primera vez en lo que va del día, sinceramente lo agradezco, ya que no quiero seguir escuchando a mis amigas. Pensé que la conversación iba a ser más entretenida, no una charla TED.

—Las dejo, chicas, luego les cuento cómo sigo —les digo y corto.

Tomo el bolso que me dio Nate y saco la leche. Me fijo en las instrucciones paso a paso que, a su vez, Emma le dejó a él, y hago todo tal cual dice. Caliento agua, meto el biberón y espero hasta que esté a la temperatura indicada. Lo pruebo en el dorso de mi muñeca para verificar que no queme.

No me puedo sacar de la cabeza lo que me dijeron las chicas. No, nunca pensé que así sería mi primera relación. Cuando lo conocí, me imaginé que iríamos a tomar algo a Workshop Coffee, que queda en Fitzrovia, o entrelazaríamos los dedos solo por el placer de tocarnos, y hablaríamos de nuestros sueños y lo que esperamos del futuro.

Pero no. Intento darle la comida a Justin como puedo. Apenas termina de beber, nuevamente comienzo a mecerlo para que duerma, pero entonces vomita sobre mi top negro. Mi favorito. Lo usé para recibir a Nate, y además me puse mi pollera blanca volada para darme un estilo elegante y chic. ¡Pero ahora estoy toda sucia!

Por suerte, justo entra mi abuela y se sorprende al verme. Yo sonrío incómoda, no le conté nada.

—Abuela, sé que esto es un poco raro… —le cuento (casi) todo y ella ríe, divertida por mi situación.

Se acerca para ayudarme y me pide que vaya a cambiarme. Yo le hago caso porque huelo fatal, y cuando me choco con mi espejo, la imagen me asusta un poco.

Me ato el cabello en un rodete mal armado para disimular un poco el descontrol de mis rulos. Me quito la ropa sucia y me la cambio

por una camiseta de manga larga y un jean negro.

Vuelvo con mi abuela, que está sentada con Justin en sus brazos y me mira, seria, como nunca lo hace.

—Ven, Lorelai —me dice y le da palmadas al sofá a su lado.

Yo le hago caso y ella me da al bebé, que ya se encuentra dormido.

—¿Estás segura de esto? —me pregunta.

—No hay nada de lo cual estarlo, nosotros no somos nada con Nate.

—Exactamente por eso, debes empezar a pensar un poco más en ti. Te mereces un chico que baje del cielo solo por estar contigo.

Suspiro, un poco cansada de que todos piensen qué es lo mejor para mí.

—Confío en ti, amor, eres inteligente y sabes lo que quieres. Pero esto no es cualquier cosa, tu vida comenzará a girar en torno a este hermoso niño. Solo quiero que pienses si estás dispuesta a ello.

CAPÍTULO 19

Problemas

NATE

Voy a toda velocidad a buscar a Justin. Más allá de lo que le he dicho a Emma, me siento muy estúpido, pues en realidad ella tiene razón. Es verdad que conozco desde hace nada a Lorelai, aunque cuando estoy con ella siento que es la persona en la que más confío, a quien puedo decirle todo y saber que me entenderá. De todas maneras, Emma no tiene derecho a gritarme de esa manera frente a todos. “Haz esto”, “haz lo otro”, “así lo estás haciendo fatal”.

Estaciono mal y camino rápido a la casa de Lorelai, toco el timbre y me abre quien calculo que es su abuela.

—Hola, lindo, entra por favor —me dice la señora, mientras me permite pasar.

Mis ojos caen directo en Lorelai y Justin, que están mirando Titanic. Se los ve tan lindos juntos… siento que mi corazón palpita más fuerte. Ella, con su rodete mal armado, jugando con mi hijo, es algo que no puedo expresar con palabras.

Lorelai se da vuelta y me ve. Sonríe y yo me vuelvo un poco loco.

No sé por qué Van Gogh se tragó toda esa pintura amarilla, si con una sola sonrisa de Lorelai O'Brien basta para llenarse de felicidad.

Me pregunta cómo fue el cumpleaños.

—Qué raro que hayas venido tan temprano.

De pronto recuerdo por qué estoy aquí y tomo a Justin en mis brazos, le agradezco que lo haya cuidado y me dispongo a irme.

—Tengo que volver, surgieron… problemas —le explico.

Lorelai me mira extrañada pero no insiste. Saludo rápido a la abuela, voy hacia mi auto y abrocho fuerte a Justin en su asiento. Esta vez no conduzco haciéndome el Lewis Hamilton, ya que hay una vida muy importante detrás de mí.

Llego y Emma corre en busca de Justin, lo abraza como si hubiese vivido una experiencia cercana a la muerte. Theo me mira como si yo hubiese arruinado todo. Entonces decido irme, no aguanto más.

Llega el lunes y lo único que me alegra es que veré a mi pelirroja favorita. Pero en cuanto entro al café, noto rara a Lorelai. Me esquiva la mirada, no me cuenta chistes malos, tampoco me susurra lo que cree que les está pasando a los clientes en sus vidas, nada de nada.

—¿Se puede saber qué pasa contigo hoy? —le pregunto, tratando de sonar despreocupado.

Lorelai me mira como si le hubiese preguntado por qué crecen los árboles y, cuando está por abrir la boca, veo que alguien a quien conozco muy bien entra encapuchada y llena de lágrimas.

—Tenemos que continuar esta conversación, ya vuelvo —le imploro a Lorelai, que revolea los ojos y desaparece. Yo dije que estaba rara.

Bella me hace señas para que vaya al baño con ella. Cuando entro, cierra la puerta y se quita la capucha: tiene mechones negros en el pelo y la cara llena de lágrimas.

—Estaba en mi clase de Alemán, muy tranquila, cuando se me ocurrió entrar a ver mis redes, aprovechando que la profesora estaba justo de espaldas. ¿Y qué foto veo? Una que subió Mark, el idiota de Mark. Abrazaba a una chica que estaba sentada encima de él, una morocha cualquiera. ¿Puedes creer qué tenía puesto en la cabeza? ¡La gorra que yo le regalé! Yo, su exnovia, con la que cortó prácticamente recién. Me puse loca, me fui de la clase diciendo que me sentía mal y conduje directo a la peluquería. Les dije que me pintaran el pelo de negro pero el hombre no quiso, dijo que mi pelo rubio era muy lindo, que no me quedaría bien. Entonces me hizo mechas, ¿quién se hace mechas negras? Yo te digo, ¡nadie! Pero no era suficiente, no, señor, entonces me hice esto…

Bella gira su cabeza para que su otro perfil quede visible, y entonces veo un septum en su nariz, y empieza a llorar y llorar. La abrazo, pero eso no parece ayudar en lo más mínimo.

—Soy horrible, seguro es por eso que no quiere estar conmigo.

—No digas tonterías, Bella, tú sabes que eres hermosa.

—No, no lo soy. Si lo fuera, esto no estaría pasando. Además soy tremendamente aburrida, comparada con Emma.

—Uno, no te compares con nadie, eres perfecta así, incluso con estas mechas negras. Dos, no eres para nada aburrida.

—Yo…

—Bella, mírame. A veces esa persona con la que piensas que debes estar no es la indicada para ti. Mark definitivamente entra en esta categoría.

—Yo quiero el cuento de hadas —me confiesa llorando.

—Y lo tendrás, porque eres guapísima, divertida y la protagonista de tu historia. La persona que decida alejarse de tu vida es quien tiene un grave problema, porque tú, Bella Taylor, eres un privilegio.

Mi amiga me abraza y deja de llorar. Abro la puerta para que salgamos de este diminuto lugar y choco con algo.

No algo, alguien. Lorelai.

—Perdón, solo quería saber si necesitaban algo.

CAPÍTULO 20

La cámara de los secretos ha sido abierta

LORELAI

Esta noche tengo la casa para mí sola. Por supuesto planeo hacer una fiesta por los aires y romper todo. Chiste. Lo único que cambia es que en vez de ver Orgullo y prejuicio en mi habitación, lo hago en el living. El único que me acompaña es el helado de chocolate que estoy devorando.

Todavía no puedo creer las cosas que le dijo Nate a Bella. Ella prácticamente le declaró su amor cuando le dijo "yo quiero el cuento de hadas", eso lo sacó de Pretty Woman. Y es muy claro que cuando Julia Roberts dice ese diálogo, le está diciendo a él que quiere que sea su príncipe.

Tocan la puerta, ¿quién será? Mi mamá está de guardia, mi abuela está cenando con sus antiguos compañeros de escena, Charli salía con una chica y Hannah se iba a pasar la noche en lo de Uriah. Así que el único que puede estar en la puerta es… Jack el destripador.

Tomo un cuchillo por las dudas y voy hacia la puerta: una chica nunca puede ser lo suficientemente precavida con todos los acosadores que hay dando vueltas. Para mi sorpresa, el único que

está en la puerta es mi alto y musculoso rubio favorito. Lleva una remera blanca y una camisa Burberry. Ay.

—¿Qué te trae por estos alrededores? —le pregunto, algo molesta.

—Te puedo responder cuando sueltes el cuchillo.

—Mmm, creo que estoy bien así.

Nate me corre a un lado sin hacer la más mínima fuerza y entra. Noto que trae unas películas y chocolates: este chico sabe lo que hace.

El espejo me encuentra e intento verme más decente, pero es casi imposible: llevo mi suéter beige arremangado y me quité hace un momento mis bonitos jeans blancos para ponerme mis pantalones de pijama verdes favoritos… estoy espantosa.

—¿Me vas a contar qué haces aquí? Ya solté el cuchillo.

—Me comporté como un imbécil y planeo arreglarlo con un maratón de Harry Potter. Habíamos quedado en verlas juntos, ¿lo recuerdas?

Como si pudiera olvidarlo. Lo miro y pienso: “Esto es muy peligroso: un maratón de películas de Harry es como una proposición de matrimonio, ¿estoy dispuesta a enamorarme sin remedio?”.

—Sabes que se pueden ver en streaming, ¿no? —le respondo, tratando de hacerme la dura.

—Sí, pero supuse que te gustaría algo más… clásico —me dice mostrando los DVD originales, y a mí se me hace agua la boca—. Vamos, Lorelai, dame una oportunidad.

Tomo aire como si fuera a bucear en el océano en plena tormenta. Sé que es un error. Debería decirle que no…

—Está bien, pero primero entrega la droga.

Nate se ríe y me da los chocolates. Abro uno enseguida y gimo de

placer al probarlo.

—¿Vamos a tu habitación?

Abro los ojos.

—A ver las pelis.

—Ah, sí, claro. Espera un segundo.

Voy a la habitación a intentar ordenar el desastre. Cuelgo el saco azul que usé hoy e intento meter los jeans en un cajón que no da más, veo que mi cinturón negro por alguna razón está en el respaldo de mi cama y lo tiro al piso, junto a mis zapatos negros. Antes de que pueda esconder mi póster de Robert Pattinson, Nate entra sin pedir permiso y me mira divertido. Le muestro el dedo del medio y él me sonríe malicioso.

—No tienes que ordenar nada, solo vamos a ver unas pelis, Peque.

—No estaba ordenando.

—Sí, y yo soy Einstein.

Corro mi carterita negra de la cama y la llevo a mi escritorio para que al menos pueda sentarse. Me da la primera peli y, mientras conecto el reproductor de DVD, Nate mira mi colección de libros.

—¿Me recomiendas alguno? —me pregunta.

—La abadía de Northanger, es preciosa.

Nate me mira desconfiado.

—Léela y vendrás corriendo pidiendo más.

Nos pasamos la noche viendo películas y comiendo dulces. Me parece mentira tenerlo aquí, a mi lado, en mi cama, viendo mis películas favoritas. En un momento, Nate me empieza a acariciar el cabello y yo siento cómo la cordura se va deslizando de mis manos como el agua.

NATE

Lorelai se queda dormida en mis brazos y yo la miro embelesado. Qué linda es. Le acaricio la mejilla y pienso que lo que tenemos es muy valioso, no quiero arruinarlo.

No quiero que me pase como con Emma. No quiero estropear todo por una noche confusa llena de alcohol. No quiero confesarle lo que siento y que sea en vano.

Aunque Lorelai es distinta, es… Lorelai. Alocada y especial. Única. Siempre que estoy con ella me siento en paz, como si estuviera en mi hogar. Todo lo que no siento cuando llego a mi casa.

Me suena el celular y solo me fijo en él por si pasa algo con Justin, y sí que pasa. Emma me escribe que vaya por favor a su casa.

Dejo suavemente a Lorelai y tomo mis cosas rápidamente, sin olvidar el libro de Jane Austen.

En la puerta me cruzo a la que, supongo, es la madre de Lorelai. Se la ve agotada pero feliz. Cuando me ve, su expresión cambia. Se endereza y se presenta.

—Solo vine a ver unas películas con Lorelai —le digo.

Ella asiente y sonríe. Pienso si me sonreiría igual si se enterara de que tengo un hijo y que es muy probable que le rompa el corazón a su hija.

CAPÍTULO 21

Decepción

LORELAI

Sin siquiera abrir los ojos, me doy cuenta de que él no está aquí. Huelo la almohada y siento su perfume amaderado e inmediatamente me embarga un sentimiento de tristeza. No se despidió.

El sol que entra por la ventana me resulta extraño. Es… demasiado. Veo el reloj y noto que no es tarde, es tardísimo. Tomo mi pollera negra larga ajustada, una musculosa azul y mi buzo de terciopelo rojo, me visto rápidamente mientras me lavo los dientes. Intento peinar mis rulos para que no sean un completo desastre y corro a la cocina a buscar un café.

Por suerte, mi abuela me ve antes de salir y me avisa que me olvido los zapatos. Pequeño detalle. Me pongo mis taquitos negros y corro hacia el subte: un mañana normal en la vida de Lorelai O'Brien.

En la puerta del colegio veo a mis chicas. Charli le cuenta a Hannah sobre su cita mientras apura un cigarrillo.

—¿Cómo te fue? —le pregunto.

—Muy, muy bien —me dice mientras me guiña un ojo.

—Perdona que tuviste que quedarte sola ayer —Hannah es extremadamente culposa, pide perdón por todo.

—Tranquila, no estuve sola.

Las dos se miran extrañadas y yo les cuento todo lo que pasó anoche, con detalles.

—Increíble. ¡¿No se despidió?! —lo critica Charli.

—No sean así, quizás le pasó algo —lo justifica Hannah.

Son mi ángel y mi diablillo personales.

Luego de toda una mañana eterna en el colegio, entro al café y encuentro a Bella en el mostrador, con cara de preocupada. Cuando me ve, suspira.

—No encuentro a nadie con quién hablar —se queja.

—¿Qué pasó?

—Nate no va a poder venir hoy. Justin tiene fiebre y todos están muertos de miedo.

Cuando Bella se va, me quedo procesando lo que me acaba de decir. Yo acá, como una niña tonta, decepcionada, y él, cuidando a su hijo enfermo.

Una hora antes de que termine mi turno, me acerco a la oficina de William, y antes de que diga “mu”, él ya sabe qué es lo que quiero pedirle.

—Sí, Lorelai, puedes irte.

—¡Gracias, gracias, gracias! William, eres el mejor.

Juro que lo abrazaría.

—Pero antes me gustaría decirte algo —su voz suena más seria de lo normal.

—Claro —le digo preocupada. ¿Habré hecho algo?

—Quiero que te cuides, ¿sabes? No es un mal chico, pero quizás no es el indicado.

No hace falte que pregunte quién, ya lo sé. William no gasta palabras, tampoco va por la vida dando consejos. Es más, solo me ha dado tres en mis dos años trabajando en Serendipity.

El primero fue: “Todos están luchando una batalla de la cual no sabes nada; sé amable siempre”. Nunca me consideré una persona prejuiciosa, pero puedo llegar a hacer conclusiones de terceros muy fácilmente, en especial cuando escucho conversaciones ajenas y me creo con derecho a opinar sobre ellas.

El segundo no fue tan romántico: “El mundo es una mierda, no puedes hacer nada para cambiarlo”. Esto fue cuando me vio regresar de la escuela con el rostro lleno de lágrimas. Me había pasando el año entero tratando de hacer cambios en la ideología sexista y machista de mis compañeros, pero nunca llegaba a ninguna parte.

Y ahora, el tercero en cuestión, que no me enamore de Nate. Está bien, no fue eso lo que dijo, pero es claro que a eso se refería.

—Lo tendré en cuenta —le respondo, y salgo.

Siempre le digo “tienes razón”, pero esta vez no creo que la tenga. Él no conoce a Nate con profundidad, no sabe por lo que está pasando. Intento que no me importe, que no me afecte.

Me quito el delantal y salgo a la calle. Nunca fui a la casa de Nate, debí pedirle a Bella la dirección. De hecho, ni siquiera es la casa de Nate, porque parece que están todos en la casa de Emma, donde Justin pasa la mayor parte de su tiempo.

Me gusta caminar por las calles de Camden. Nada cambia por aquí.

Paso por arriba del canal Regent's y miro hacia abajo un momento antes de seguir mi camino.

Al llegar veo que justo la puerta se abre, aunque nadie sale. Se vuelve a cerrar, pero no del todo. Camino hasta la entrada y desde afuera puedo escuchar gritos y llantos de un bebé.

—Prácticamente acabamos de salir del hospital, Emma. No podemos regresar ya mismo, no servirá de nada —grita Nate.

—Pero mira el termómetro, ¡Justin sigue con fiebre! Y ni siquiera sé cuánto remedio logró tomar y cuánto escupió —le responde Emma, desesperada—. Si al menos estuviera aquí mi madre, ¡o la tuya! ¡Cualquier madre que no sea yo!

Dudo antes de entrar, pero finalmente lo hago. Ellos no se dan cuenta. Me me acerco al bebé, que no para de llorar, y lo alzo. Justin se calma, y hace que sus padres me miren.

—Perdón, es que estaba la puerta abierta —les digo, y siento sobre mí sus miradas confundidas.

Nate pone una expresión rara, entre desconcierto y alegría, que resulta en una mueca extraña, como una media sonrisa. Su cabello rubio está completamente desordenado, y lleva una camiseta blanca con una mancha de café en el centro.

—Mi mamá es enfermera, la he escuchado mil veces hablar de bebés con fiebre. La medicación demora un par de horas en hacer efecto. Mientras tanto, hay que procurar que no esté muy abrigado, y amamantarlo cuantas veces lo desee, porque la fiebre los deshidrata fácilmente.

Emma toma a Justin entre sus brazos, se sienta y se lo pone al pecho. Justin toma con fruición. Nate se acerca a ellos y acaricia la cabeza de su hijo.

—Creo que está mucho mejor, Emma. En serio, lo siento apenas calentito ahora… Hace un rato estaba aún peor —señala Nate.

Emma apoya su mano sobre la frente de Justin y suspira.

—Puede que tengas razón. Pero estoy preocupada… Encima, ya no sé ni cuánta leche tengo. Entre el cansancio y los nervios… —me dice Emma. Se la ve completamente agotada.

—Aguarda, te traeré agua —le dice Nate.

Aprovechando que Nate está lejos, Emma me susurra, como si fuera un secreto:

—No le dije a Nate, pero hace una hora llamé a un doctor para que venga, tendría que estar aquí en cualquier momento.

Me río. Se nota que Emma está desbordada, yo también lo estaría.

Nate vuelve con un vaso de agua en una mano y el termómetro en otra, pero antes de que puedan tomarle la temperatura, tocan el timbre y ambas nos reímos.

Nate nos mira extrañado, algo que nos hace reír aún más.

—Has llamado a un doctor —adivina Nate, y va a abrir la puerta.

La visita es corta y el doctor les da todas las recomendaciones necesarias. Al irse, se cruza con Theo, que acaba de llegar.

—¿Qué ha pasado con Justin? —pregunta preocupado. Se nota que él tampoco ha dormido nada. Se arrodilla junto a Emma y ella apoya su frente en la de Theo, en un gesto que me parece incluso más íntimo que un beso. Me enternece verlos así, tan unidos. Luego, mi mirada se desvía hacia Nate, que también me mira.

—Puedo hacer té si quieren —les digo, y todos asienten, encantados con la idea.

Nate aprovecha que Justin se ha dormido para quitárselo a Emma y levantarlo en sus brazos. El bebé hace unos pequeños quejidos, pero Nate enseguida lo acuna y se calma. Dejo de mirarlos y me dirijo hacia donde, intuyo, está la cocina. Me cuesta lo mismo que escalar el Everest descalza.

Cuando por fin el agua está a punto, Nate se acerca a mí.

—Lo he dejado en su cuna —me dice. Noto que se ha cambiado la camiseta sucia por una negra.

Bajo unas tazas de una de las alacenas y busco el té, pero no lo encuentro. Nate se acerca a mí para ayudarme, pero sin querer nos chocamos y los dos reímos.

—Gracias por venir —me dice, muy cerca, demasiado. Por unos instantes, compartimos el mismo aire.

Si me aproximo un centímetro, nuestros labios se rozarían. Pero quiero que él lo haga, que él acorte esa distancia. Sin embargo, no se mueve. En ese momento entra Bella, radiante, y pregunta en qué puede ayudar. Al alejarnos, me choco contra una repisa que había quedado abierta.

—¿Estás bien? —me pregunta Nate, y su mano en mi hombro me quema.

—Mejor, imposible.

Volvemos al living y también nos encontramos con Alison, que ha vuelto de su trabajo.

Todos me agradecen que haya venido. Bella me dice que, a partir de ahora, soy de la familia, y mira a Nate sonriente. Suspiro como una tonta al pensar en él, porque solo una tonta podría pensar que algo puede pasar entre nosotros. Está claro que para él soy solo una amiga.

Una vez que todo se calma y que Emma confirma que el medicamento ya hizo efecto y Justin no tiene fiebre, nos sentamos a ver El diablo viste de Prada, película elegida por Bella.

Emma prefiere aprovechar para retirarse a dormir al menos un rato y nos promete que otro día se suma. Ella resultó ser una dulce, incluso charlamos un rato sobre cómo logré que Nate leyera a Harry Potter. Me dijo que durante años luchó por eso y nunca pudo convencerlo. Es infantil creer que es algo importante, pero por alguna razón mi corazón dio un vuelco cuando me lo dijo.

Una vez terminada la película, Theo se ofrece a acompañarme a mi

casa, ya que Nate no quiere separarse de Justin. En el camino me doy cuenta de que es extremadamente atractivo: nivel de belleza Mario Casas en Tres metros sobre el cielo. Seguro corre en motocicleta o algo así.

Al llegar a casa encuentro a mi abuela leyendo un libro de Danielle Steel. Siempre se vuelve un poco más loca que de costumbre cada vez que lo hace. De inmediato me bombardea a preguntas y yo le cuento todo sobre la noche anterior y esta. Me dice que tengo que besarlo salvajemente y yo me río al escucharla, aunque sé que no lo sugiere en broma.

—Tú tienes que tomar las riendas, demostrarle que no eres una amiguita, que eres el amor de su vida, su perdición.

Lo peor de todo no es que me lo haya dicho, si no que yo me haya quedado toda la noche dándole vueltas al tema, pensando qué situación podría servirme como excusa para tomar su cabeza con mis manos y besarlo hasta que nos quedemos sin aire.

CAPÍTULO 22

El beso

NATE

Me levanto con un dolor de espalda infernal y al abrir los ojos encuentro a Theo, que sostiene a Justin con un brazo mientras con el otro me extiende una taza de café recién hecho.

—Toma. Creo que lo necesitas.

De pronto, el aroma a panqueques me invade y me veo obligado a levantarme. Con Theo desayunamos en silencio mientras Emma duerme. Hoy, todos faltamos a nuestras obligaciones: Justin siempre es nuestra primera responsabilidad.

No suelo quedarme a dormir aquí pero esta vez era necesario, no podía irme a casa sin saber de mi hijo minuto a minuto. Por suerte no ha sido una noche como la anterior, le bajó la fiebre y Alison ayudó a que nos calmáramos.

—¿Qué tal todo con Lorelai? Pasan mucho tiempo juntos.

—Es solo una amiga del trabajo.

—Y tú solo eres un estúpido al no darte cuenta.

—¿Darme cuenta de qué?

—Ya lo sabrás.

Theo es un idiota. Se hace el sabio porque estudia Psicología y cree que puede leerme la mente, pero no hay nada que él pueda descubrir, apenas empieza. Espero que sí deduzca mis ganas de pegarle.

Regreso a mi casa para bañarme antes de ir a trabajar. Aunque puedo ausentarme a clases aún, faltar al café no es una opción. No dejo de pensar en mi futuro, y en mi mente no para de aparecer Lorelai con Justin en sus brazos. Intento alejar esa imagen porque siento que se me aprieta el corazón.

En el trabajo siento a Lorelai distinta, más callada, como misteriosa. Después de lo de ayer, seguro que está pensando cómo alejarse de mí. Pasar una tarde con un bebé con fiebre no es algo que ninguna chica quiere en su vida. Soy esa clase de chico al que los padres no quieren que sus hijas se acerquen.

Su camisa rayada luce más abierta que de costumbre, se ve tan sensual… Tiene unos jeans que le quedan perfectos y su collar no deja de moverse y de alguna manera me hipnotiza. Me encuentro siguiendo sus chatitas rosas por todas partes.

En un momento se ata el pelo y puedo oler su perfume con mayor intensidad. Se hizo unas trenzas cortas que le dejan despejado el rostro. Qué tonto sería si pienso que ella siente lo mismo que yo en este instante.

Me acerco al mostrador a anotar una orden cuando ella está buscando cambio para devolverle a un cliente. Quedamos muy pegados y Lorelai empieza a toser y evita mi mirada.

—No estoy enferma, es solo que… Las flores, sí, eso, quizás me dan alergia. Mejor voy al vestuario, ya vuelvo.

La sigo porque no me puede engañar: hay algo raro en ella, algo le está sucediendo. Abro la puerta y le pregunto si está bien. Me mira,

me mira como nunca antes me había mirado.

—Uno a veces tiene que hacer las cosas que desea sin pensarlo dos veces. Porque si no es tarde. En plan, “ámame ahora o nunca”. Pero eso también es un poco confuso, porque hay que darle espacio al otro para asimilar todo. Además, uno para vivir, realmente vivir, al ciento por ciento, tiene que perder el miedo de estar equivocado.

Posa sus suaves manos en mis mejillas y me besa con dulzura, como nunca antes me habían besado. Le correspondo el beso, la acerco más a mí, Lorelai me empuja contra la pared y me besa con intensidad, con todo su ser. Yo no puedo dejar de tocar todo su cuerpo, no quiero que esto termine nunca.

Hasta que, de pronto, se aparta, me mira a los ojos y se muerde el labio inferior. La acaricio, ella cierra los ojos y se acurruca en mis manos. En apenas un pestañeo, no la siento más, se fue.

Salgo del vestidor y no la encuentro. Siento la sangre bullir en mis venas, el corazón me late a mil por hora. Me dejó solo, confundido y con mil preguntas.

CAPÍTULO 23

Un error

LORELAI

Apenas siento que Nate no me está mirando, salgo corriendo a casa con el delantal del trabajo y todo.

Abro la puerta agitada. Mi abuela, que está mirando Downton Abbey, se gira y me sonríe con picardía.

—Cuéntamelo todo.

—Intenté hacer todo lo que me dijiste, lucir sensual, jugar al misterio, ser esquiva… pero en un momento me puse nerviosa y empecé a hablar de más. Así que fui al vestuario y él me siguió. Y entonces… lo vi y lo besé. ¿Puedes creerlo? Yo, Lorelai O'Brien, la más miedosa y tímida, la que nunca se animó siquiera a hablarle al chico que le gusta. Fue increíble. Al principio fue algo tierno, pero luego fue subiendo y subiendo de nivel. Aydiosmío, fue el mejor primer beso de la historia, me sentía como Amy con Laurie.

Finalmente respiro. Siento la adrenalina correr por mis venas, estoy revolucionada, como si hubiera llegado a la cima de la montaña más alta.

—¿Y ahora? —le pregunto a mi abuela.

—Ahora, esperas a que te escriba. Pero cuando lo haga, no le respondas de inmediato, ¿entendido? Mañana irás a una fiesta. A tu edad, siempre hay alguna fiesta en algún lado. Entérate dónde, y procura estar invitada. Y ocúpate de que él se entere de que estarás allí. Créeme, aparecerá ahí y en un santiamén lo tendrás en tus manos.

Dudo de que eso llegue a ser verdad, pero me siento tan bien conmigo misma que creo que en estas condiciones podría conquistar hasta a Harry Styles.

Abrazo fuerte a mi abuela y me voy a mi habitación. Suena mi celular, es Nate. No lo puedo creer, ¡funcionó!

Apago mi celular para no caer en la tentación de responderle y arruinar todo el plan. Intento leer, pero ni Jo March puede sacarme de mi estado de excitación.

Sueño con él, sueño que saltamos con un paraguas como en ese capítulo de Gilmore Girls en el que Logan le pide a Rory que salte, que se arriesgue, que se anime a vivir.

Cuando por la mañana me levanto, me veo excelente. Me brilla la piel, los ojos, y tengo una sonrisa tan grande que no entra en mi rostro.

Por suerte, tengo tiempo para vestirme sin correr. Tomo mis pantalones Oxford y descuelgo mi blusa blanca. Decido usar un pañuelo como cinturón y elijo una sandalias altas para completar el look.

Con paciencia, me peino mis rulos para que queden magníficos. Cuando mi abuela me ve, chilla como una loca y corre a darme su collar favorito.

—Abuela, no puedo aceptarlo.

—No seas tonta, el mundo es tuyo, Lorelai.

Me paso el trayecto escribiendo poemas de amor como una tonta. Al llegar a la escuela, mis amigas me preguntan qué hice esta vez.

—Besé a Nate y lo tengo en mis manos.

O eso espero.

CAPÍTULO 24

Aquí estás

NATE

No sé desde hace cuánto tiempo estoy viendo la foto que Lorelai subió a las redes. Está en una fiesta, abrazada a su amiga Charli. Se la ve radiante y, aunque es raro verla con el pelo lacio, todo le queda espectacular.

—¿Puedes dejar de ver su foto como un baboso e ir a hacer algo al respecto? —me dice Emma, un poco molesta.

—No, Justin sigue enfermo.

—Justin está bien cuidado por mí. Y no está enfermo, ya no tiene fiebre, solo un poco de mocos. Si no vas, te echo a patadas.

Miro a mi amiga, que me sonríe. Al fondo está Theo, estudiando, como siempre. En vez de odiarlo, hoy me siento agradecido ya que sé que Emma y Justin van a estar bien cuidados.

Saludo a todos y voy en busca de Lorelai. Sé dónde está. He ido a esa casa unas mil veces antes de ser padre, reconocería esos sillones en cualquier parte.

Entro y me choco con Charli, que mira a una chica charlar con otra chica, las estudia detenidamente.

—¿Te parece que están coqueteando? —me pregunta, claramente celosa.

—Puede ser que una sí; pero la otra, no.

—¿Cuál sí y cuál no?

—Mira, la rubia no para de tocarse el pelo. Pero la de pelo verde solo responde a lo que le dice y no la toca, ¿te das cuenta?

—Eres bueno.

—Algo. Por cierto, ¿dónde está Lorelai?

Charli parece darse cuenta de quién soy y se ríe, me señala el patio y voy directo a buscarla. La encuentro, pero acompañada. Está sentada en un sofá junto a un chico de pelo largo, negro. Él no para de querer seducirla; y ella, ni enterada. O quizás, sí.

De pronto, siento que hay alguien detrás de mí. Me doy vuelta y encuentro a Hannah sonriéndome. Segundos después aparece Lorelai junto a mí, ambas se miran como si guardaran un secreto. No les presto mucha atención, solo tengo ojos para un tonto que no para de mirar a Lorelai. ¿Qué me pasa? Eso no tendría que molestarme.

Tomo a Lorelai de la mano y la saco de la fiesta. Quiero estar solo con ella, la quiero toda para mí.

—Estás hermosa, ¿lo sabías? —le digo una vez que estamos afuera de la casa.

Lorelai niega con la cabeza, y me mira de esa manera que me saca de mis cabales. Entierro mi mano en su pelo y la beso. Ella entierra su lengua en mi garganta y yo me vuelvo loco, nunca tendría suficiente de los besos de Lorelai.

Recorro su cuello con mis labios y siento cómo sus piernas tiemblan. Le susurro lo que sentí cuando la vi hablando con ese, ella

se ríe y me vibra el corazón.

Una mujer tose detrás de nosotros y nos trae a la realidad, a mi realidad al menos, ¿qué estoy haciendo?

Miro a Lorelai y a sus cachetes colorados, algo me oprime el pecho, me duele el corazón, me lastima saber que lo nuestro no puede ser real.

CAPÍTULO 25

Solo a mí

LORELAI

Me despierto y en lo primero que pienso es en sus labios devorando los míos. ¿Desde cuándo beso apasionadamente a chicos que parecen príncipes?

Veo las notificaciones y no encuentro ningún mensaje de Nate, qué extraño. Decido que ya se terminó el juego y le escribo.

Mientras espero su respuesta, voy a servirme una taza de café y me pongo a trabajar en mi novela. Siempre escribí desde lo que imaginaba que era estar enamorada, lo que era tener esa tensión sexual salvaje dominando cada parte del cuerpo, pero ahora sí sé lo que se siente.

Escribo sin detenerme, siguiendo un impulso, y antes de darme cuenta logro poner punto final a mi novela. Mientras escribo la palabra fin, siento cómo se me encoge un poco el corazón.

Abro el celular, sigo sin tener noticias de Nate. ¿Será que soy terrible besando? Ayer me trajo hasta casa, pero tal vez lo hizo por compromiso.

La que sí me escribe es Hannah. Me pregunta si quiero ir a una noche de chicas en su casa. “Sí, lo necesito urgentemente”, le respondo.

Tomo mis cosas más importantes y voy a la casa de mi amiga. Hannah vive en Camden. Sí, donde vive Nate. Pero no me cruzo a él sino a Theo, que me regala una media sonrisa y me saluda con la mano.

—¿Sabes si Nate está bien? —le pregunto. Doy vergüenza, pero quizás se agarró un virus y por eso no respondió.

—Sinceramente, no lo sé. Hoy ni siquiera lo vi, pasó a buscar a Justin muy temprano y Emma lo preparó mientras yo dormía.

—Ah, gracias. ¿Y Justin?, ¿sigue mal?

—No —ríe—. Está mejor que todos nosotros juntos.

Nos despedimos y, mientras camino a la casa de mi amiga, siento que alguien me observa. Me doy vuelta y no hay nadie. Ajusto mi piloto y sigo caminando, pero aún siento una mirada clavada en la nuca. Debo dejar las novelas de suspenso en las que secuestran a chicas pelirrojas.

Por suerte, mis amigas me sacan de mis pensamientos mortales y nos divertimos haciendo mascarillas, hablamos sin parar y nos tomamos polaroids que pegamos en la pared. Al final de la noche, nos ponemos a ver Crepúsculo. Hannah es la única que prefiere al hombre lobo. Bien tonta.

Cuando me estoy quedando dormida, pienso en Nate y en qué haría si me enterara de que es un vampiro. Le pediría que me muerda, obvio, y ser amantes para toda la eternidad. Aunque si no me responde ni siquiera un mensaje, mucho menos querrá soportarme por cientos de años.

NATE

Tendría que haber bajado corriendo cuando la vi desde mi ventana. No podía quitar mis ojos de ella. Hasta desde lejos podía imaginar su olor a mandarina.

No me puedo sacar su imagen de la cabeza, su suéter rosa, que se veía tan suave, sus jeans azules sueltos que usa cuando no tiene ganas de arreglarse mucho, sus chatitas negras que la hacen resbalarse más de lo normal, su cartera gigante, con la cual solo ella no quedaría ridícula, y por último, su piloto, que se cerró cuando sintió mi mirada. ¿Se habrá dado cuenta de que era yo? El que la observaba, el que la quería cerca, el que la deseaba más que a nadie en estos momentos.

CAPÍTULO 26

Un hombre sospechoso

NATE

Apenas abro los ojos, veo que Justin no está en su cuna. El corazón me late rápido mientras bajo las escaleras, asustado.

Ver a mi hijo en los brazos de mamá me reconforta; es la primera vez que lo sostiene. No puedo dejar de pensar por qué se ha tomado tanto tiempo en hacer algo simple como eso.

—No paraba de llorar —se excusa.

Me siento en el sofá a respirar, sinceramente pensé que lo habían raptado. Pero esta nueva situación me emociona.

—Mira lo que nos trajeron —anuncia mi madre mientras me entrega la invitación para la boda de Alison y Alexander.

La carta es color crema y están las dos A entrelazadas. Por un momento me pregunto si yo también mandaré este tipo de invitaciones cuando me case, pero lo veo tan lejano, tan imposible.

Mi papá baja las escaleras con un sorprendente buen humor y pregunta si queremos huevos benedictinos. Lo miro extrañado, mi

padre no cocina absolutamente nada desde que entré a la secundaria.

Desayunamos los tres como si fuéramos una familia normal, solo falta Kyle. El otro día me mandó una foto de él abrazado a un mono en el Amazonas, y yo aquí, muriéndome de frío. Me gusta verlo feliz, pero su completa libertad condicionó la mía: ahora tendré que trabajar en la empresa para algún día tomar el puesto de mi padre.

Ya no soy el hijo perfecto y nunca volveré a serlo. Pero tampoco me importa, o eso intento decirme. Me convenzo cada día de que no me afectan las miradas de reprobación de mi padre ni los comentarios mordaces de mi madre. Solo quiero poder cuidar a Justin en paz.

Desearía que cuando me toque cuidar a mi hijo me ayuden con las cosas que no sé hacer, que me den su apoyo incondicional. Su amor incondicional. Como yo se los he dado a pesar de todos sus errores.

Esto ayer parecía algo imposible. Pero quizás… quizás me perdonen, o entiendan, o intenten ponerse en mis zapatos.

—¿Puedes cuidarlo mientras me doy una ducha? —le pregunto a mi mamá.

—Claro —me sonríe. Parece no querer soltarlo nunca más.

Mientras me baño, pienso en Lorelai. No puedo sacarla de mi mente más que unos segundos, a veces ni eso.

Recuerdo cómo le sonreía a Theo, con timidez o vergüenza. Conmigo ella no es así, conmigo habla hasta quedarse sin palabras, se ríe sin parar y me besa. Me besa muy, muy bien.

No puedo olvidarme de sus labios, pero debo hacerlo. Entre ella y yo no puede pasar absolutamente nada, debo olvidarme de su respiración agitada, de sus manos, de esa forma de mirarme que me enloquece… Debo olvidarme de todo.

Logro sacar a Justin de los brazos de mi madre y lo llevo de paseo. Sin darme cuenta, me encuentro enfrente de Serendipity, a solo

unas cuadras de la casa de Lorelai. Observo a un hombre que duda antes de entrar. Tiene ese andar tan particular de la gente con mucho dinero, vestido con un traje y un gran reloj.

No pasa un minuto y el hombre sale del café, sin nada en las manos. Mira a ambos lados, como si no quisiera que lo descubran.

Pienso en Lorelai. Mi Peque. Ella se inventaría una historia, se imaginaría que el hombre misterioso es un agente, como James Bond.

Recuerdo nuestro beso, sus manos en mi cabello, nuestros labios que no querían despegarse. Debería haberme alejado, decirle que no la merezco, que soy un mal amor.

CAPÍTULO 27

De la nada

LORELAI

—Pero... ¿qué decía el mensaje que no respondió? —me pregunta Charli con un tono de voz bajo para que no nos escuche el profesor de Matemática.

—"¿Cómo estás?".

—Estoy bien, Lor. Dime qué le has escrito.

—Eso, "¿Como estás?".

Hannah se ríe por lo bajo mientras toma notas.

—¡No bromees, Lorelai! Te la pasas leyendo novelas ¿y le escribes eso?

—¿Qué se suponía que fuera a decirle?

—Que te gustaría repetir lo de la noche anterior, por ejemplo.

—No, tú sabes que no puedo.

Charli revolea los ojos.

—¿Vieron lo chulo que está Quinton? —nos pregunta Hannah en susurros.

—No lo había visto —les digo, sincera.

Ambas me miran sorprendidas.

—¿Qué?

—Antes estabas obsesionada con ese chico —me dice Hannah sorprendida.

—Pero ahora está obsesionada con otro —le responde Charli, divertida.

—Ja, ja, qué graciosas son.

—Señorita O'Brien, ¿le gustaría pasar a hacer el ejercicio para toda la clase? Ya que veo que sabe tanto que puede charlar con sus amiguitas.

El aroma a café me llena apenas entro al lugar. El aroma y los nervios, ya que será la primera vez que lo veré desde nuestro beso. Me siento una tonta, y varias veces contemplé la idea de olvidarme de él y dejar que sea un simple amigo.

Mi clienta favorita, Martha, me saluda y me dice que justo estaba preguntando por mí, ya que Will siempre parece estar de malhumor.

—Sabes cómo es —le digo entre risas—, pero ya estoy aquí con mi gran sonrisa.

En ese momento se abre la puerta y pienso que es imposible que me pueda olvidar de él.

Es muy difícil para mí expresar mis sentimientos, pero serían una mezcla entre indignación y desilusión. En toda la tarde apenas me dijo dos palabras. No es grosero ni nada por el estilo, pero no es el Nate que conozco, o que creí conocer.

Aunque estoy triste por todo, debo admitir que Nate está raro. No para de mirar a un hombre que está tranquilo tomando su café mientras lee el diario.

Algún día tendré que entender que no puedo hacer dos cosas a la vez: pensar en algo y caminar con la bandeja en mis manos no se me da bien. Por supuesto, pierdo el equilibrio y me caigo. Ahora miro el desastre y no sé ni por dónde comenzar a limpiar.

Nate corre a ayudarme, nuestras miradas se chocan y nuestras manos se tocan al intentar levantar los vidrios rotos. El aire vuelve a electrizarse entre nosotros y, por un momento, pienso otra vez que algo es posible.

—¿Me acompañarías al casamiento de Alison y Alexander? —suelta de la nada.

Tartamudeo algo parecido a un “sí” y volvemos a nuestro silencio. Qué suerte que no me habla, me puse tan nerviosa que seguramente balbucearía como una tonta. ¡Voy a ser la cita de Nate! No hay segundas interpretaciones, soy su “más uno”.

Apenas salgo del café llamo a mis amigas y les cuento todo. Ellas quedan tan impactadas como yo.

Llego a casa y corro a mi habitación, tomo una almohada y ahogo un grito de emoción total.

NATE

¿Qué hice? No estaba pensando, nunca pienso últimamente. No invité a Lorelai como mi amiga, eso lo sabe hasta mi abuela.

Simplemente no puedo imaginarme de la mano de nadie más, solo de ella. Me aterroriza en lo que me estoy metiendo, es un camino sin retorno, una carrera de la que no sé si saldré sin heridas.

No puedo cancelarlo ahora, sería demasiado egoísta de mi parte. Aunque me alegra que me haya dicho que sí, no puedo entender que lo haya hecho después de ser tan poco delicado con ella, después de no responderle ni un simple mensaje.

Cuando me lo envió, me quedé horas mirándolo, pero tenía pavor de entrar en una conversación de la cual no iba a poder salir con las manos limpias.

Empiezo a leer el libro que me prestó Lorelai. Mala idea. La protagonista me hace acordar demasiado a ella, con sus locuras, con su imaginación extraordinaria.

Lorelai es digna de un gran amor, ella es tan dulce como se puede ser, tan buena, tan…

Cierro los ojos, debo pensar en otra cosa. Prendo la televisión para ver si algo puede distraerme pero, claro, están dando Harry Potter, imposible no pensar en ella. Cambio de canal: Titanic. Recuerdo cuando fui a buscar a Justin y Lorelai estaba mirando esa película con mi hijo en brazos. Cambio de canal, Pulp Fiction. Se me viene a la mente ella disfrazada de Mia Wallace. Cambio de canal, Peaky Blinders. Lorelai me contó que era la serie favorita de su abuela cuando me vio disfrazado de Tommy Shelby. Cambio de canal, cambio de canal, cambio de canal. Tengo a Lorelai O’Brien impregnada en mí.

CAPÍTULO 28

Prueba de vestuario

NATE

Me gusta comprarme ropa, siempre fue algo que me divirtió, pero esto no tiene nada de divertido. Alison me obligó a venir a probarme el traje para la boda junto con Alexander, Félix y Theo. Ellos sí tienen un propósito al estar aquí, ya que uno se casa y los otros dos son los padrinos. Pero yo no sé qué hago aquí, en calidad de qué vine.

Le mando una foto de mi cara de agobio a Lorelai y siento dos cabezas detrás de mí leyendo mis mensajes.

—Es un tonto —dice Theo.

—¿Por qué? —pregunta Félix, aunque a mí también me gustaría saberlo.

—Porque Lorelai es un encanto y él la trata como “amiga”.

—¿Amiga con derechos? —pregunta el coloradito.

—¿Amiga con derechos? —me pregunta Theo.

—Ah, ¿ahora me hablan a mí? Pensé que solo hablan sobre mí.

—Vamos, Nate, cuéntanos.

Se sientan frente a mí, Félix abre los brazos y Theo se hace el misterioso. Los odio.

—Nos besamos, pero no va a volver a pasar.

Ambos intentan decirme algo pero los callo.

—No quiero oír nada al respecto.

Lorelai me responde: “No cuesta nada probarse un poco de ropa, deja de ser un quejón”.

Le respondo con una foto de Theo y Félix.

“Ellos lo hacen todo muy difícil”, le digo.

“Me imagino…”, responde.

Lorelai no me manda fotos de ella. Una lástima, ya que extraño sus ojos verdes que se achinan al sonreír.

—Está cagado hasta las patas —le “susurra” Theo a Félix.

—Pone esas caras bobaliconas que pones tú cuando te escribes con Emma.

Félix se gana un golpe de parte de Theo. ¿En serio tengo esa cara ahora? Me miro al espejo, solo están diciendo tonterías para molestarme. ¿O no?

Finalmente, el tema principal dejo de ser yo, y Félix se anima a preguntar por Donna, tímidamente.

—Le dijo a Emma que no podía venir —dice Theo, con lástima.

—Claro, claro —Félix intenta disimular su decepción.

Luego de la eterna prueba de trajes, vamos a un pequeño pub a tomar algo, aunque para mi sorpresa encuentro una cara conocida.

Al vernos, a Bella le da hipo, y se aleja de su aparente cita para pedirnos que no la hagamos pasar vergüenza.

—Nunca haríamos tal cosa —afirmo.

—¿Quién piensas que somos? —pregunta Theo.

—Sí, Bella, no tienes de qué preocuparte —la tranquiliza Félix.

Bella se da vuelta y vuelve a juntarse con el tonto con el que sale. Yo sé quién es, es Vinicio Perkins, un pusilánime que tomó mi lugar en el equipo. Antes me apasionaba el juego, y aún me gusta, pero entre Justin, el trabajo, los estudios… imposible estar a la altura de lo que el equipo necesita. Pero Perkins, desde que me reemplazó, no para de burlarse de mí y de recordarme mi fracaso.

Por supuesto, nos sentamos al lado de ellos, para molestar. No me da lástima por Bella, ella se merece mucho más y lo sabe. Conozco a la Bella que se arregla para impresionar y a la Bella que no se fija mucho en su aspecto, y hoy está como la segunda. Abrigo largo azul, jeans, camiseta larga gris, tennis Adidas y una simple cartera negra.

Una vez que nos aburrimos de poner incómodo a Vinicio, nos vamos. Primero pasamos por una heladería para comprarle algo a Emma, que nos espera.

Llego y corro a buscar a Justin. Theo cocina unos burritos y pasamos una gran noche. Hasta hace poco me hubiese parecido inimaginable estar tan cómodo con estos chicos, pero las vueltas de la vida me hicieron… apreciarlos un poco más. Tampoco es como si tuviese otra alternativa.

Después de una hora aparece Bella, con la cara larga y hambrienta, tira en el sofá su cartera y nos cuenta su espantosa cita: la parte más divertida de la noche fue cuando llegamos.

Nos quedamos así por lo que parecen segundos, que en realidad son horas. Cómo me gustaría que ella estuviese aquí.

—Deja de ver su foto y pruébate todo… —me recrimina Charli.

Las chicas me trajeron a probarme vestidos para la boda, pero yo no los miré siquiera, ya que solo tengo ojos para sus labios, digo, su foto.

Entro al probador inmenso, preparado para mí, y siento que voy a desmayarme: es el auténtico paraíso.

Primero, me pruebo un vestido rosa que es tan lindo que podría llorar. Tiene la parte de arriba sin mangas, con un escote en V infernal, con brillo. Es ajustado hasta la cintura y luego se amplía en una falda suelta que deja una pierna al descubierto, a lo Angelina Jolie. Miro la etiqueta y dice en grande "Versace", las chicas están locas por pedir que me lo traigan. Al ver el precio también siento que voy a llorar, no podría llevarme esto ni en mis sueños más alocados. Bueno, en los más alocados sí.

El segundo no me gusta nada, parezco una Lindy Hopper de los años veinte, no digo que no hayan sido geniales y todo eso, pero simplemente no me sienta.

Al ver el tercero me muero de la risa, es imposible que yo use eso. Es redondo, violeta, con muchas mariposas que sobresalen. No, no es para mí.

El cuarto se ve muy interesante, es un mono colorido. Al probármelo, se me aguan los ojos. Salgo para mostrárselo a las chicas y ella me dicen que me queda precioso.

—Siento que me hace ver muy gorda, y bueno, estoy muy gorda.

—Sientes que estás gorda porque eso es lo que te quiere hacer creer la publicidad heteropatriarcal —me reta Charli.

—Lor, te ves hermosa. Te lo juro. Aparte, es precioso ese mono, me hace acordar al de Gianni Versace con el lago de Vogue —me dice Hannah con su tono amoroso.

—No lo sé, chicas…

La vendedora, al ver que ninguno me sentó bien, viene con otro que, dice, es su favorito. Ya me imagino por qué: es precioso. Celeste, con unas tiritas que caen por los hombros, un pequeño escote y la famosa apertura para la pierna. Salgo del probador y las chicas se quedan sin palabras.

—Lorelai…

—Te ves…

—Increíble.

Las abrazo y les agradezco por acompañarme siempre. Mientras pago, veo que Nate me envió otra foto, esta vez con Theo y un chico más, muy lindo también.

—Yo creo que si lo engaño a Uriah con un chico así, él me perdonaría.

Charli y yo nos morimos de la risa, nuestra amiga está desatada hoy. Al salir del local nos cruzamos con Quinton y él se acerca a nosotras. Qué extraño, es la primera vez. Bueno, la segunda, pero para él esa chica era “nadie”.

—Lorelai, te ves muy bien —me dice. Me quedo de piedra. ¿Quinton Stevens está halagándome?

Después de un intercambio de frases de lo más raras, me pide el número. Cuando se va, las chicas me empujan mientras me susurran cosas al oído.

—Cómo se nota que cuando cambiamos nuestra mentalidad y empezamos a estar más seguras de nosotras mismas, todo cambia —me guiña el ojo Hannah.

Le tiro del pelo en broma a Hannah y vamos a su casa a pasar el rato. Al llegar busco un espejo para verme, ¿habré cambiado? Me veo igual que siempre, mis jeans blancos, mis botas vaqueras negras, mi cartera de flecos, mi camisa azul de toda la vida que ahora uso con unos botones desabrochados… ¿puede ser que yo

haya evolucionado y me sienta más segura?

Vuelvo con las chicas y empezamos a cocinar hamburguesas mientras bailamos “Worst of you”, de Maisie Peters. Me alejo un segundo de ellas para responder el llamado de mi abuela. Me siento mal por no haberle escrito en todo el día, seguro está preocupada por mí. Ay, me imagino su cara cuando vea el vestido.

La atiendo con una sonrisa en los labios y empiezo a disculparme por no haber llamado antes, pero mi abuela me interrumpe y no me deja ni hablar.

—Lorelai, tu madre ha tenido un infarto.

Y así, de golpe, el miedo me arrasa como un huracán.

CAPÍTULO 29

Solo quiero cuidarte

NATE

Al abrir la puerta de la cafetería me doy cuenta de que algo no está bien. Para empezar, está William sirviendo los cafés, algo que suele hacer Lorelai a esta hora.

—¿Y Lorelai? —le pregunto cuando me acerco a la barra.

—Su madre… no está bien.

William no es un hombre muy expresivo, siempre está en su oficina, y cuando sale es para darnos indicaciones o retarnos por perder el tiempo. Pero nos tiene un poco de aprecio. Especialmente, a Lorelai.

—Lorelai está en el hospital acompañándola. Ayer sufrió un infarto y la han dejado internada.

Me rasco la nuca, confundido. ¿Cómo puede ser? ¡Si es una mujer tan joven! Quiero ayudarla, no sé cómo, pero quiero estar con ella.

—Puedes ir a acompañarla, yo me encargo —me dice, dándome la tarde libre.

—Gracias —le respondo, y me dirijo hacia la puerta. Pero antes de abrirla, vuelvo a acercarme a él.

—Hospital St. Pancras —me informa antes de que lo pregunte.

—Gracias nuevamente.

Me dirijo a la parada más cercana, ya que no está tan cerca como para ir caminando. Cada segundo que pasa es peor, solo quiero verla.

El trayecto es corto pero se me hace eterno. Bajo del bus justo frente al edifico de ladrillo rojo. Recién ahí me percato de que no tengo ni idea de dónde puede llegar a estar. Entro al hospital y busco mi teléfono, pero antes de llamarla, la veo. Está peleando con una máquina de café.

—Mierda —masculla mientras le da un golpe.

—Permíteme —le digo y la tomo de la mano.

Lorelai se da vuelta, sorprendida, y me mira con esos ojos que me hacen perder el norte. Me abraza. Yo la aprieto, fuerte, y dejo que llore. Podría quedarme el tiempo que ella necesite así, pero Lorelai se despega y yo le compro el café.

—Cuéntame qué ha pasado.

—Mi mamá tuvo un infarto. Trabaja mucho, duerme poco, come poco, no se cuida, solo trabaja y trabaja. No es solo por el dinero, ella disfruta de ser enfermera. Cuida a sus pacientes como nada en el mundo. Lo sé porque cuando era más chica la visitaba todo el tiempo, luego me cansé de venir. Debería haberle dicho que dejara de trabajar tanto. Cuando me enteré, sentí que me iba a morir. Vine corriendo al hospital y ella estaba ahí sonriéndome, como si nada hubiese pasado. Cuando le den el alta, la abuela está preparada para hacer guardia y evitar que salga de casa durante su reposo. Pero de todos modos ya es tarde, ya tuvo el infarto. Yo… podría haberlo evitado.

—Basta, tú no tienes la culpa, ¿entendido?

Ella asiente, sin estar muy convencida. Le doy un beso en la frente y caminamos hacia la habitación de su madre, que se encuentra rodeada de otras enfermeras. Claramente se preocupan mucho por ella.

Es lindo ver esto. Si mi padre tuviera un infarto, no creo que muchos empleados de la empresa irían a verlo.

—Gracias por estar aquí —me dice, y se apoya en mi hombro mientras mira a su madre desde afuera de la habitación.

—No podría estar en otro sitio —le digo, y la rodeo con un brazo.

Ella se da la vuelta y me mira. Parece querer hacerme una pregunta, o confesarme algo. Espero que no diga nada.

—Nate, nosotros…

—Peque, por favor, no sigas.

Cuando intenté luchar por Emma, todo salió mal. Nunca debería haberle dicho que la quería. Ponerme en ese lugar fue estúpido: ella eligió a Theo. A lo mejor tomó la decisión correcta. Ella me conocía de principio a fin y posiblemente se dio cuenta de que estar conmigo no era buena idea.

Ni hablar de Lorelai. Ella nunca me dijo dónde quería estudiar, pero seguro es lejos. Y yo sí o sí deberé quedarme aquí, en Londres, por Justin. No creo que ella quiera estar conmigo teniendo yo un hijo. Él siempre será mi prioridad.

—Lorelai, no se queden ahí en la puerta, entren —nos grita su mamá.

Yo me quedo donde estoy. Por más que haya dicho “entren”, no creo que me quieran ahí.

—Nate, te estoy hablando a ti también.

Un poco avergonzado, sigo a Lorelai hacia la habitación, donde nos reciben con cariño. Todas las amigas de su madre la quieren, me doy cuenta porque es muy obvio, la abrazan y le dicen lo bonita que

está y lo pronto que se recuperará.

Mi madre nunca ha tenido amigas así, todas siempre han sido muy frías. Y yo siempre tuve prohibido acercarme cuando estaban tomando el té.

Mi abuela era igual, distante. Quizás sea cosa de familia.

Son pocas las veces que vi sonreír a mamá. Una vez le regalamos una noche en un hotel, The Pilgrm, en Paddington, para que se relajara. Se puso feliz, volvió sonriendo y de un humor increíble. Creo que debe agotarla pasar tanto tiempo en casa. Ella antes trabajaba y dejó todo por nosotros. Nunca le pregunté por qué no ha intentado volver a trabajar. Podría invitarla a tomar un café y hablar con ella como se debe. De todo.

Luego de un rato, todas las amigas de la madre de Lorelai comienzan a irse, mientras le dicen que descanse y que deje de hacer turnos eternos.

—Voy a dormir un poco —le avisa a su hija.

—Claro, ma, yo paso la noche aquí contigo.

Una vez que su madre se ha quedado dormida, le digo que yo también pasaré la noche aquí.

—¿Qué dices? No puedes hacer eso.

—Sí puedo.

—No, porque me confundes.

—Yo también estoy confundido, pero sé que en este momento quiero estar aquí contigo.

—Me pones de muy mal humor, ¿sabes? —me dice, aunque se nota que ya no está tan molesta.

—Lo sé.

CAPÍTULO 30

El civil

NATE

Solo una cosa tenía que hacer: encargarme de llevar a Justin al civil. Pero, claro, soy un padre terrible. Tenía sobre mi regazo a Justin cuando se hizo del número dos, al parecer le había puesto mal el pañal porque se filtró todo y manchó por completo mi traje, y también su ropa, tan bonita y pequeña.

Mis padres ya se habían ido, Bella ya estaba en el civil, Emma me mataría si se enterara y Theo… bueno, no quería ser otra vez el hazmerreír de él y de su hermano. Solo conocía a una persona que tal vez podría ayudarme.

Lorelai entra a mi casa y me late más rápido el corazón. Su tapado azul largo con un broche en forma de corona plateada, su suéter marinero, sus jeans que le quedan tan bien, sus Converse sucias… todas esas cosas tan Lorelai.

—¿Cómo puedo ayudarte? —me pregunta.

—Necesito ir a cambiarme, pero ambos estamos tan sucios que ni siquiera sé quién de los dos debería cambiarse primero… ni qué

ponernos. Y no hay nadie más y yo…

—Está bien, solo cálmate. Mira, primero, dame a Justin que yo intentaré cambiarlo. Si no lo logro, haré videollamada con mi madre, o con mi abuela… algo se me ocurrirá. Solo dime dónde está su ropita y tú vete a poner otro traje. Supongo que puedes hacerlo solo.

—En eso creo que me puedo manejar.

Acompaño a Lorelai a la habitación de Justin, y ella empieza a hacerse cargo de todo rápidamente. La miro embelesado.

—¿Qué haces ahí? Arréglate de una vez.

Le hago caso y me apuro, me quito el traje que tenía y justo en ese momento entra Lorelai. Cuando me ve, se sonroja y sale corriendo. Me habla a través de la puerta.

—No encuentro los pañales.

—Segundo cajón, al lado del televisor.

Escucho sus pasos alejarse. Me pregunto qué habría pasado si no hubiese corrido, ¿se habría quitado la ropa ella también? No, claro que no, si está el bebé aquí. Nada, nada de nada. Intento pensar en otra cosa mientras me arreglo.

Me miro al espejo antes de bajar, me veo muy bien, no voy a mentir. Elegí mi traje bordó y me puse un suéter del mismo color.

Cuando Lorelai me ve, se sonroja otra vez. ¿Estará pensando en nuestro encuentro de hace unos momentos? Espero que sí.

Me da a Justin, todo bonito con su conjunto azul, mucho más lindo incluso que el que tenía puesto antes. Le doy un beso de agradecimiento pero ella se aparta, mira al piso y niega con la cabeza.

—Vamos, te llevo a tu casa.

Lorelai asiente y me ayuda a acomodar a Justin. El viaje es

silencioso. Cuando llegamos, la tomo de la mano para que me mire a los ojos.

—Gracias, no sé qué haría sin ti.

—Sí, claro —me dice antes de bajarse.

La veo entrar en su casa y se me aprieta un poco el corazón. Hago todo mal.

—¿Qué ha pasado? —me pregunta Emma un poco molesta—. Tendrías que haber llegado aquí hace una hora. Por suerte, la ceremonia se ha atrasado.

—He tenido un percance —le confieso sin dar detalles.

—¿Cuál? —me pregunta algo asustada mientras se fija si Justin está bien.

—Me ensucié con la mierda de Justin.

Mi amiga se tapa la boca para que nadie la escuche mientras se ríe de mí. Muy fuerte. Yo también lo hago.

Theo, de pie a su lado, le acaricia la espalda. Al verlos, ya no siento esos celos, esa puntada en la cabeza, esas ganas de pegarle. Emma, con su traje negro suelto y su camisa blanca, sostiene con una mano una pequeña cartera negra y con la otra abraza a Theo, que luce fenomenal con su traje del mismo color y su suéter debajo. Se ven perfectos juntos.

Bella me salta encima y me hace reír. Mi amiga es amante del amor y se vistió para la ocasión con un tapado de leopardo, pantalón blanco, suéter negro y sus zapatos negros de charol favoritos.

Emma nos apura para que entremos y podamos verlos firmar los papeles. Todo es bastante tierno. No deja de sorprenderme cómo se miran Alexander y Alison. Ella siempre era fría, no solo en su personalidad sino también en su aspecto, solía vestirse con tonos grises o colores oscuros. Hoy, por el contrario, irradia luz. Tiene un pantalón con rayas blancas, blusa color crema, sandalias y collar de perlas.

Bella llora y yo la consuelo, mientras escucho que Theo le susurra a Emma que algún día esos serán ellos. Y pienso que yo también quisiera lo mismo, pero con una persona muy distinta, llena de alegría y rulos alocados.

CAPÍTULO 31

La boda

LORELAI

—AAAAAAHHHHH —grito al verme en el espejo, y llamo a Charli para que me ayude.

Tengo un grano gigante entre las cejas. Creo que voy a desmayarme. Esta semana no comí ni medio chocolate justamente para que no me pasara esto.

Mi amiga llega y empieza a arreglar al diablo maldito. Primero me pone hielo, luego un saquito de té, mascarilla... me tranquiliza ver que va mejorando, y ni hablar después del maquillaje. Ahí ni se nota. Solo puedo ver lo linda que me dejó. De hecho, estoy más linda que nunca. Sombras mitad celeste, mitad violeta, un delineado y el pelo con las ondas impecables.

Mi abuela me pregunta si llevo todo en el bolso, le digo que sí, pero por las dudas ella se fija si está todo bien. Nos vamos a quedar a pasar una noche en el Palacio de Blenheim, donde transcurre la boda.

Voy hacia la cocina y él me ve. Se nota que le gusto, es tan obvio

que hasta yo me doy cuenta, y eso que por lo general no me doy cuenta de nada.

—Te ves hermosa, Peque.

Él se ve fenomenal, todo vestido de negro: traje, camisa y sombrero. Es un modelo italiano.

Mi mamá y mi abuela sollozan a lo lejos junto a Charli, que se me acerca para mandarle una foto a Hannah.

—Ahora sí pueden irse.

Nate me abre la puerta como todo un caballero y emprendemos nuestro viaje.

Este es, lejos, el mejor viaje en auto que he tenido. Cantamos One Direction a pleno pulmón y, en un momento, las cosas se vuelven más picantes cuando suena "Needs", de Verzache. Yo las cambio cuando no aguanto más porque no quiero jugar a esto, no quiero sufrir. Ya perdí las esperanzas.

Llegamos y babeo al ver el lugar, es INCREÍBLE. El palacio es tan imponente, tan hermoso… Nate me ofrece su brazo y caminamos juntos. Nos encontramos a Bella, que se ve radiante, tiene el pelo a un lado que le deja ver las tiritas de su vestido rosa en capas, aunque lo más especial es su maquillaje. Tiene un brillo violeta en las mejilla y puntos blancos arriba, parece una princesa india.

Emma, al vernos, corre hacia nosotros. Tiene un vestido corto del mismo rosa que Bella, ya que son las damas de honor. Su cabello castaño está atado en una cola de caballo baja, con dos mechones sueltos. Su maquillaje también es impactante, brillos dorados y sombras rojo oscuro.

Me siento una niña al lado de ellas, pero no digo nada, solo me siento con Nate en primera fila. Todo está decorado, en los jardines hay flores y telas blancas que cuelgan de pérgolas. En la plataforma están Theo y Félix, dos bombones. Los tres tienen los mismos colores, Theo tiene un saco a rayas, y Félix, una camisa con tirantes.

De pronto, la música empieza a sonar, entra Alexander y se

posiciona en el altar; se lo ve muy nervioso. Luego llegan Bella y Emma, y se ubican del otro lado. Y por último, Alison, con un gran vestido color crema con pequeñísimos cristales en el velo, camina del brazo del que creo que es su padre.

Todo es muy emocionante. Lloro cuando leen los votos y Nate me toma de la mano. Lo miro de costado, lo amo de costado.

Luego de la ceremonia entramos en el castillo, donde todo luce perfecto. Brindamos y abren la pista de baile. Bella me toma de la mano y me invita a bailar. Yo la sigo. Me divierto como nunca, Emma se suma y nos reímos.

Cuando llega el momento, Alison tira el ramo de novia y cae sobre mí por equivocación, ¡ya que ni siquiera estaba levantando las manos! Mis mejillas se ponen rojas y todas ríen.

Nate se acerca a mí y, solo por tenerlo al lado, sonrío. Ambos miramos cómo Theo y Emma bailan con Justin en sus brazos.

—Hay veces que los miro y pienso que no me necesitan, se los ve tan felices —me confiesa Nate.

—Claro que te necesitan, eres el padre, Nate.

—Si yo me fuera, sinceramente, ¿crees que algo cambiaría?

Me doy vuelta para mirarlo a los ojos y le tomo la mano.

—Créeme cuando te digo que lo cambiaría todo.

Las luces se atenúan y cambia el ambiente. Comienza el lento de los enamorados. Se suman Theo y Emma. Nate me invita a bailar con él y me lleno de mariposas. Lo miro enamorada, su mano se posa en mi cintura y yo apoyo mi mejilla en su pecho. Me susurra al oído que soy la más linda de la fiesta, y le creo.

Me paso el resto de la fiesta al lado de Nate. Hay veces que lo veo y siento que no puedo respirar. Claramente, estoy en problemas. Es lo único en lo que puedo pensar. Intento no demostrar lo mucho que me gusta estar a su lado y cuánto odiaría que él me deje, aunque no seamos nada.

Luego de pasar uno de los días más lindos de mi vida, un hombre nos acompaña a nuestras habitaciones, donde nos esperan nuestras pertenencias. No todos los invitados se quedan, ya que solo estamos a dos horas de Londres.

Abro mi bolso y saco un pijama y ropa interior. No puedo dejar de pensar en lo que ha pasado hoy. Siento que es irreal, como si fuese un sueño.

Pienso en Nate y en mí, tomados de la mano, por siempre. Me gusta cuando él entrelaza sus dedos con los míos, casi sin pensarlo.

Entro a bañarme y pongo música en el celular, me es imposible bañarme en silencio, me incomoda. Suena Zayn cantando "Like I Would". Quizás a Nate le pasa eso, no le gusta hablar de lo que siente y piensa que podría decir algo equivocado.

No me gusta estar así, nerviosa y con un solo pensamiento en la mente: ÉL. La gente puede decepcionarte mucho. La persona en la que más confías, por la que recibirías una bala si con eso pudieras salvarla, puede ser la que está detrás del arma, disparándote.

Cierro el agua y al salir de la ducha me mojo aún más los pies. Me envuelvo en una toalla y me doy cuenta de que está todo inundado. Abro la puerta del baño y veo cómo sale el agua de la habitación. Mierda.

Me pongo el pijama, intento no mojarlo mucho, pero fracaso. Arremango los pantalones, que me quedan un poco largos. Para venir aquí elegí mi pijama más lindo: celeste, suave, de dos piezas. Pero es el único que traje, no puede mojarse.

Descalza, salgo de la habitación en busca de alguien. Ya es tarde, probablemente no haya nadie en recepción, así que toco la puerta de Bella. No puedo dormir en esa habitación inundada.

Pero Bella no responde, seguramente esté dormida luego de todo el baile y el alcohol. En la habitación de al lado escucho el llanto de Justin, así que no me animo a molestar a Theo y a Emma.

Me paro frente a la habitación de Nate. No toco. Me da vergüenza.

Aparte, no me creería. Seguro piensa que es una excusa para meterme en su cama.

Me doy vuelta y entro en mi habitación, quizás pueda dormir aquí. Me siento en la cama y mi nariz se llena de un olor raro, húmedo. Llamo a la recepción y nadie responde.

Decido tomar un libro y bajar las escaleras. Quizás encuentre a alguien que pueda ayudarme.

No, nadie puede ayudarme. El escritorio en la entrada está vacío. Pero por suerte hay un sillón en el que me puedo sentar. Me acomodo como puedo y abro el libro.

CAPÍTULO 32

Estoy contigo

NATE

Me despierta el teléfono del hotel. Estiro el brazo para contestar y se cae el aparato, que no para de hacer ruido.

—Hola —digo con tono medio dormido, medio molesto.

—Perdón la molestia, señor Davies, pero aquí en recepción hay una señorita dormida y no puede estar aquí.

"¿Y qué tengo yo que ver?", pienso. Al notar mi nula respuesta, el hombre sigue.

—Es una de las invitadas de la boda. Hemos llamado a los recién casados, pero al no obtener respuesta probamos con otro de los huéspedes.

—Ahora voy.

Corto y me pongo unos pantalones antes de salir al pasillo. Bajo las escaleras sin apuro. ¿Quién se quedaría dormida en la recepción? Al ver quien es la "señorita" pienso en qué obvia era la respuesta. Lorelai está acostada en el sofá con un libro en el pecho.

—Yo me ocupo, gracias por llamar —le digo al recepcionista, ahora con un mejor tono.

Ni siquiera intento despertarla, la tomo en brazos y la llevo a mi habitación. Se la ve tan tranquila durmiendo con los labios entreabiertos.

La apoyo en mi cama y la tapo. No puedo evitar acariciar su mejilla. Lorelai me hace ser una mejor persona cada día. Yo siempre suelo enfrascarme en mí mismo y agobiarme de todo, pero ella me da un propósito. Me da vida.

Hubo un momento en el que me hubiese gustado eliminar mis sentimientos hacia ella, no quererla a mi lado, por miedo a lastimarla. Tal vez ahora soy egoísta al traerla aquí y darle señales equivocadas, confusas.

Le doy un beso en la frente y tomo una almohada. Junto dos sillas para poder dormir y cierro los ojos.

—Ayuda, ayuda, por favor.

Los gritos de Lorelai me despiertan y hacen que me caiga de la cama improvisada. Me siento a su lado y trato de calmarla, tiembla y llora dormida.

—Me ahogo —susurra.

—Lor, despierta —le digo tomándola en mis brazos—. Estoy contigo. No te estás ahogando.

Lorelai aprieta los ojos todavía dormida.

—Estás soñando —intento explicarle.

La abrazo más fuerte y logro que abra los ojos.

—Eso solo estaba pasando en tu cabeza —le digo suavemente.

Ella respira con fuerza y me mira confundida.

—No te preocupes —la consuelo.

—Nate…

Lorelai aprieta mi camiseta y vuelve a quedarse dormida, esta vez en mis brazos. Acaricio su mejilla suavemente, su piel parece porcelana.

Antes de entrar en ese café, solo quería que el día terminase, pero desde que la conozco ya no es así.

LORELAI

Unos brazos rodean mi cintura, lo siento al despertarme. Abro los ojos y sin moverme demasiado me doy cuenta de que es Nate. Sonrío y me muerdo el labio, no lo puedo creer.

Pero ¿cómo llegué aquí? Si estaba leyendo en la recepción… Debo haberme quedado dormida. También tengo un recuerdo borroso de Nate diciéndome que despierte.

Levanto las sábanas para ver si estoy vestida. Es lo primero que hacen todas las protagonistas y casi siempre no lo están. Una lástima, yo sí.

No quiero moverme, tengo miedo de despertarlo.

Hay veces en las que siento que somos dos extraños que comparten unas horas al día juntos. Pero en este momento me doy cuenta de que no es así. O que no quiero que sea así. Por más que quiera quedarme así por siempre, empiezo a estar molesta. Necesito ir al baño, urgente. Intento salirme sin que él se dé cuenta. Pero al correr sus manos, él me aprieta aún más fuerte.

—Nate —le digo. Me siento muy a gusto a su lado, pero al mismo tiempo necesito escapar.

Él despierta y relaja los brazos para dejarme salir de la cama. Antes de entrar al baño lo miro, y él a mí, me sonríe con los ojos achinados.

Tengo miedo de que todo esto sea un sueño. Tengo miedo de despertar y que alguien tome mi lugar.

CAPÍTULO 33

El regreso

NATE

—Ay, no —se queja Lorelai al darse cuenta de que ha pisado un charco de barro y se ha ensuciado los zapatos.

—Siéntate, quítatelos y los dejo en el baúl —le digo tranquilo.

La vuelta es… especial. Con Lorelai entramos al auto y ella pone música. Elige “Promm Dress”, de Mxmtoon. Es una canción muy triste, pero no por la melodía sino por la letra.

I keep collections of masks upon my wall

to try and stop myself from revealing it all

affecting others is the last thing I would do

I keep to myself though I want to break through

I hold so many small regrets

and what-ifs down inside my head

some confidence it couldn't hurt me

my demeanor is often misread

Tengo una colección de máscaras en mi pared

para evitar revelarme.

Lastimar a otros es lo último que quiero.

Me guardo a mí misma que quiero liberarme.

Guardo tantos pequeños rencores

y muchos "qué hubiese ocurrido si" en mi mente.

Un poco de confianza no me haría daño.

Mi comportamiento a menudo se malinterpreta.

No puedo preguntarle si significa algo, ya que se queda dormida. Me cuesta seguir manejando, ya que lo único que quiero es mirarla, acariciarla, besarla. Verla con ese vestido anoche me demandó muchísimo autocontrol, parecía un ángel, y yo, un idiota. Durante todo el baile lo único que quería hacer era darle un beso, mostrarles a todos la chica que tenía al lado, pero no hice nada de eso.

En un momento del camino, Lorelai se despierta, confundida, me mira y me sonríe como si se alegrara de que yo estoy aquí.

—¿Cómo hacen Theo y Emma? —me pregunta con la voz adormilada.

—¿A qué te refieres?

—A que están con muchas cosas al mismo tiempo. Justin, Oxford, los exámenes finales, todo.

—Supongo que su amor es más fuerte que todo.

—Entonces las historias de amor de los libros no son tan imposibles. Hay algunos que lo consiguen.

—Supongo…

—¿Qué?

—Que algunos tienen más miedo que otros, por eso muchas relaciones terminan.

—O no empiezan.

—Supongo.

—Supones.

Paro en un semáforo y la miro de costado, pase lo que fuere, sé que siempre una parte de Lorelai vivirá conmigo. “Quítamelo todo, llévate mi vida también si quieres”, imagino decirle. Pero me quedo callado.

Me equivoco al callar, al no decirle lo que siento. Lo veo en sus ojos, en su mirada cargada de significado, lo siento cuando un auto nos choca por detrás.

—Lorelai, ¿estás bien? —le pregunto casi a los gritos.

Me quito el cinturón y me acerco a ella para asegurarme de que no se haya hecho daño.

—Sí, solo me duele un poco la cabeza —me dice.

Cuando gira su cabeza hacia mí, veo que está lastimada: tiene un corte en la sien y le sangra.

—Llamaré a una ambulancia —le digo.

—No hace falta, ya te lo dije, estoy bien. Baja a ver qué ocurrió con el otro conductor.

—¿Estás segura? Te sangra y te has golpeado la cabeza. No estás

bien.

Pero ella insiste, así que bajo del auto para fijarme quién es el culpable, cuando veo a una mujer claramente alcoholizada que desciende con dificultad de su vehículo.

—¿Por qué estabas parado? —me grita arrastrando las palabras.

Saco el celular y llamo a la policía. Lo lamento por ella, pero podría habernos matado.

—No lo puedo creer, ¡mira lo que le has hecho a mi auto! —me reprocha la mujer mientras se agarra el pelo.

Antes de que pueda responder, veo a Lorelai salir del auto, descalza.

—¿Qué haces? ¡Vuelve a subir! —le pido a los gritos.

—Escuché que había un problema —me dice.

—Lorelai, por favor, yo me encargo. Está todo lleno de vidrios, y tú estás descalza. ¡Vas a lastimarte!

—No voy volver hasta asegurarme de que esta señora se calme.

Me doy por vencido: imposible convencerla por las buenas, ¡es tan testaruda! Me agacho y la obligo a subirse a mi espalda.

—Te voy a denunciar —me amenaza la mujer mientras tanto—. ¡Van a tener que pagar por lo que hicieron!

—¡Si no hicimos nada! Tú nos chocaste —le grita Lorelai.

—Peque, por favor, no le hables.

—Sí, no me hablen ¡porque todo puede ser usado en su contra! —dice hablando para sí misma, mientras vuelve tambaleándose hacia el auto.

—Nate —me susurra Lorelai al oído.

—Dime.

—Me puedes dejar en el banco que está allí, así no te rompo la espalda.

Asiento. No me molesta tenerla así, pero claramente a ella no le gusta, entonces le hago caso. La apoyo con gentileza y vuelvo a acercarme al vehículo mientras llamo al seguro.

La mujer ya ha entrado a su auto y yo aprovecho para sacarle una foto a la patente, por las dudas. Pero no parece querer escapar, creo que se ha quedado dormida.

Miro a Lorelai, sus rizos rojos revoloteando por el viento, lleva unos pantalones cortos escoceses con una blusa de manga larga blanca. Se ve tan elegante, como si saliera de un cuento. Me gustaría tenerla por siempre así, en un cuadro, segura, que nada malo pueda pasarle.

Solo puedo pensar si me sentiré siempre así con ella: feliz, ansioso, a veces un poco desesperado. Y siempre con un cosquilleo molesto.

—¿Nate Davies? —me pregunta un hombre que resulta ser de la compañía de seguros.

—Sí.

—No se preocupe, nosotros nos encargaremos de esto. Tomaré sus datos y nos ocuparemos del vehículo una vez que terminen de tomar declaración los oficiales de policía.

Tardamos alrededor de quince minutos, ya que la policía no logra despertar a la mujer, que ronca adentro del auto.

El baúl ha quedado trabado tras el choque, es imposible recuperar el calzado de Lorelai. Vuelvo hacia ella y la alzo en brazos. Esta vez responde con una risa cantarina.

—¡Todo esto es ridículo! Puedo caminar descalza —me dice, pero no luce disgustada. Creo que, en el fondo, le gusta que la cargue.

Subimos a un taxi y le pedimos al chofer que nos acerque al St. Pancras.

Ahora miro a Lorelai a mi lado, nuestras manos sujetándose. Me acerco a ella y miro su lastimadura. Cierro los ojos, siento una terrible impotencia, ya que esto ha pasado mientras yo manejaba. Acaricio su mejilla y ella me mira a los ojos, su mirada me penetra y yo sonrío. Desde que la vi por primera vez entendí lo que ella es, un rayo de sol.

—¿Cómo sigues? —le pregunto, preocupado.

—Estoy perfecta. Es más, estoy emocionada. Nunca me había pasado algo así. Es… adrenalínico.

—Estás demente, Lorelai. Ha sido horrible, y todavía no termina.

—Deja de estresarte, al menos por unos minutos. Vives como un viejo amargado todo el día. Ahora puedes ser joven por unos segundos. Al fin y al cabo, pueden sacarte todo menos los recuerdos.

El taxi estaciona y yo tomo a Lorelai nuevamente en brazos, pensando en lo que me ha dicho. ¿Seré un viejo amargado? Quizás. No hago nada que no sea lo correcto, nada que pueda lastimarme, o perjudicarme.

Entramos al hospital y a la primera persona que veo es a la madre de Lorelai. Sus ojos se agrandan al ver a su hija en mis brazos.

—¡Lorelai! —grita, y corre hacia nosotros.

—Mamá, ¿qué haces aquí? No me digas que has vuelto a trabajar tan pronto.

—No, no. Solo tenía que hacerme un chequeo —responde, y de inmediato le hace señas a un enfermero que justo pasa por allí—. ¡Necesito una silla de ruedas, Phil!

La madre toma la cara de Lorelai en sus manos y comienza a examinarla, pero una mujer más grande que ella la aparta.

—Pauline, apártate, por favor, hoy no estás trabajando. No te

preocupes, yo me hago cargo de tu hija.

Pauline cede y la enfermera sienta a Lorelai en una silla. Antes de que se la lleven yo aprieto el hombro de mi Peque.

—¿Qué ha pasado? —me pregunta, preocupada.

—Nos han chocado de atrás —le respondo, y me siento. De pronto, todo el estrés se me viene encima.

—Dios mío.

Se tapa la boca con la mano y cierra los ojos intentando no llorar. Yo me callo, seguro me odia y piensa que he puesto en peligro a su hija.

—Yo sé que la quieres, pero si algo así vuelve a pasar, no seré tan comprensiva.

Esta vez soy yo quien se tapa la cara, avergonzado. Me dice que se da cuenta de que la quiero, pero eso, en vez de hacerme sentir bien, me hace doler el estómago: sus palabras me pesan.

Querer.

Si yo quisiese a Lorelai, la dejaría en paz. Caminaría en la dirección contraria y la dejaría ser feliz. Pero aquí estoy, en un hospital. Puedo protegerla de una pesadilla, nada más. No de la vida real. No de mí. La imagen de Lorelai llorando en sueños regresa a mi mente…

—¿Le ha pasado algo a Lorelai alguna vez con el agua? —le pregunto a Pauline. No tengo mucha confianza, quizás me mate si se entera de que su hija pasó la noche en mi cama. Pero no puedo parar de pensar en aquella pesadilla.

—¿Qué ha pasado? —me pregunta, y por el cambio de tono en su voz, siento que hay alarma en sus palabras.

—Anoche estaba teniendo pesadillas con que se ahogaba, y pedía ayuda.

Pauline suspira y asiente, cómo si estuviese reviviendo todo aquello.

—Unas niñas la arrojaron a una pileta en un cumpleaños. Lorelai solo tenía siete años. Creí que luego de tanto tiempo ya no lo recordaría. Luego del incidente, me enteré de que se reían de ella por no tener padre.

Una impotencia me llena por completo. ¿Cómo alguien puede ser así? No me importa que hayan sido niñas pequeñas. Pensar que algo así podría pasarle a Justin me hace enojar todavía más.

La enfermera que atendió a Lorelai se acerca a nosotros y Pauline prácticamente salta de la silla.

—¿Cómo está mi hija?

—Tuvimos que coserle la herida, pero es muy pequeña e inofensiva.

Pauline abraza a su amiga y le agradece.

—Síganme, los llevaré con ella.

—Creo que mejor me voy —les digo, y me despido.

Me siento pésimo.

¿Quién de los dos será el primero en darse por vencido?, me pregunto mientras camino hacia la parada más cercana. ¿Quién de los dos dirá adiós primero?

CAPÍTULO 34

El secreto

NATE

—Eres un irresponsable, Nate —me grita mi padre cuando salimos del taller mecánico.

Al salir de la escuela tuve que ir a retirar el coche, pero no me esperaba encontrarlo aquí.

—Fue un accidente papá, la mujer estaba borracha.

—¿Sabes lo caro que te podría haber salido?

—Papá, ¡ya te dije que fue un accidente! —le grito.

Mi padre abre sus ojos, como si me acabara de escuchar. Me mira como nunca lo hizo desde que se enteró de que Emma estaba embarazada.

—No lo vi venir, no tuve manera de evitarlo —le digo tratando de bajar la voz.

—Lo sé —me dice.

Se queda parado mirándome, estudiándome. Asiente varias veces.

—Nos vemos en casa —me dice, y se aleja.

Me subo al auto, ya arreglado, y conduzco velozmente para no llegar tan tarde a Serendipity.

—Una hora tarde —me reprocha William.

—Perdón, es que…

—No quiero explicaciones, ponte el delantal y a trabajar.

Le hago caso y dejo mis cosas rápido en el vestidor. Mis ojos buscan a Lorelai y la encuentran haciendo unos lattes.

Me acerco al hombre misterioso del otro día, aunque ya casi es un cliente habitual. Pero es que hay algo raro con él, siempre se lo ve incómodo. Especialmente hoy está más raro que de costumbre.

—Un té con… eeeh… ¿Me harías un favor?

—Claro.

—¿Le podrías dar esta tarjeta por mí? —me dice mientras me entrega su tarjeta laboral y señala a Lorelai con la mirada.

“Ian Roberts, manager de estrellas. Trabajador independiente.”

—¿Por qué quiere que le dé esto?

—Me gustaría decírselo yo mismo.

Me acerco a Lorelai, la miro con detenimiento, ya que siento que no será la misma Lorelai luego de hablar con el hombre misterioso. Miro su campera de símil cuero, negra, que compró cerca de mi casa, su camisa blanca que tiene una mancha de marcador en el pecho, sus pantalones de estilo pijama que usó el día que me prestó el primer libro de Harry Potter, las sandalias negras que le regaló su amiga Charli, el collar dorado de su abuela y sus rulos que intentan escapar de su trenza.

—¿Todo bien? —me pregunta.

—Peque, aquel hombre, el hombre misterioso, me pidió que te diera esto y pregunta si podrías acercarte a hablar con él.

—¿El hombre misterioso?

—El hombre misterioso.

—Qué raro.

—Muy.

Lorelai, extrañada, se acerca a la mesa. Los veo hablar detenidamente, Lorelai abre los ojos y se desmaya. Corro hacia ella.

—¿Qué ha hecho? —le grito al hombre.

—Lo siento.

La tarjeta del hombre cae al piso tras resbalarse de mis manos y yo la guardo en mi bolsillo, puede llegar a ser importante para Lorelai.

Llamo a Will a los gritos y entre los dos intentamos reanimarla.

—Deberías llevarla al hospital —me dice Will.

Pero Lorelai, que comienza a reaccionar, dice que no con la cabeza y cierra aún más los ojos, como si no quisiera abrirlos. Se gira a un lado para darnos la espalda, y se pone en posición fetal. Y así se queda: hecha una bolita, en el piso. Como si el mundo fuera demasiado para ella.

—Me parece que, mejor, debería llevarla a su casa —le digo a Will.

A nuestro alrededor se han arremolinado todos los clientes que estaban en el bar. O casi. El hombre misterioso ha desaparecido.

—Vamos, Peque, te sacaré de aquí —le susurro y la tomo en mis brazos.

La llevo hasta el auto y conduzco a su casa en completo silencio. Lorelai no dice nada y continuamente mira por la ventanilla o cierra

los ojos, ni siquiera me mira. Al llegar nos recibe su abuela, ya que su madre volvió a trabajar.

—Lorelai, ¿estás bien? —le pregunta al verla.

Ella no le responde y camina hasta su habitación. Yo la sigo y rodeo su cintura con mi brazo para sujetarla, ya que temo que vuelva a caer.

Se recuesta en la cama y me siento a su lado. Intento que me diga si está mejor, pero su mirada sigue clavada en el infinito. Su abuela se acerca con un té, le acaricia la cabeza, y me hace señas para que salgamos del cuarto.

—¿Qué le ha pasado? ¿Le has hecho algo? Seré vieja pero si está así por tu culpa, te juro que…

—No he hecho nada —la interrumpo, un poco cansado de que hoy todos se la agarren conmigo. Le cuento lo ocurrido en el bar, pero ninguno de los dos puede explicar la reacción de Lorelai.

—Tendremos que esperar a que ella decida hablar… —sentencia la abuela, mirando con preocupación la puerta entornada del cuarto.

—Si no le molesta, me gustaría quedarme para cuidarla.

Su abuela asiente con una media sonrisa, y me apoya su mano tibia y rugosa sobre la mejilla. Ese gesto de cariño me toma por completo desprevenido… de pronto caigo en la cuenta de que en casa no existe tal cosa.

En la habitación de Lorelai, el té sigue intacto. Y ella, en la misma posición. Me acomodo como puedo en un pequeño espacio libre a su lado, y me quedo allí, cuidándola, toda la noche. Cuando despierta, me mira confundida.

—¿Fue todo un sueño?

—¿De qué hablas, Peque?

—Ese hombre, el hombre misterioso.

—No fue un sueño. Te acercaste a hablar con él y luego te desmayaste. ¿Quién era?

—Mi papá.

Lorelai se derrumba en mis brazos y tiembla mientras llora. Quiero moler a golpes a ese desgraciado que se quiso librar de sus responsabilidades. Pienso en cuánto me desagrada eso y, al mismo tiempo, me invade una certeza: no importa qué bella familia construyan Emma y Theo, yo nunca abandonaría a mi hijo. Jamás me apartaré de su lado. Antes, muerto.

CAPÍTULO 35

Mi papá

LORELAI

Un hijo de puta, eso es. Nada de cartas ocultas, nada de que mi mamá desapareció conmigo, nada de nuevas noticias. Nada, solo un hijo de puta.

Miro la carta que me dejó Nate antes de irse con su hijo, un hijo al que no abandonó cuando se enteró de su existencia.

Mi madre nunca me mintió, siempre me dijo la verdad sobre mi padre, pero yo mantuve todos estos años la secreta esperanza de que volviera, arrepentido, queriendo conocerme. Pero esa ilusión se destruyó hace tanto… Ese hombre desapareció por diecisiete años, ¿por qué ahora cree que puede volver?

Nate les dijo la verdad, yo estaba muy ocupada llorando. Lloré tanto que me quedé seca. Lloré por todo: por mi papá, por Nate, porque los hombres a los que quiero siempre me rechazan.

Charli y Hannah irrumpen en mi habitación. Estuve evitando sus llamados, pero mi abuela les contó lo que pasó y han venido en plan rescate.

—Nos vamos —me ordena Charli.

—No puedo.

—Perdona pero no vamos a dejar que mires el techo hasta Dios sabe cuándo. Nos vamos, dije.

—No me moveré.

—Tranquila, nosotras te moveremos a ti.

Las chicas me cambian como si fuera una bebé. Me quitan la ropa que tengo desde ayer y me visten con uno de mis vestidos negros que mejor me sientan, me ponen mi broche preferido y me eligen unos zapatos con un poco de taco.

Hannah hace amague de ordenar la ropa que me quitaron, pero yo le digo que se olvide, que lo tiraré todo.

—No puedes hacer eso —me dice con tono triste.

—Mírame —tomo desde el pantalón horroroso hasta las sandalias y los meto dentro de una bolsa.

—¿Adónde vamos? —les pregunto a mis amigas.

—A hacernos las uñas.

Me emociono un poco, mis amigas saben que siempre que estoy mal, hacerme las uñas me alegra, aunque lo veo poco probable en esta ocasión.

Entramos a Camden Hair & Beauty Spa, donde reina el ruido. Quizás hubiese preferido ir a tomar algo a Jacob the Angel, en Covent Garden, donde todos hablan despacio y uno puede sentirse en paz. Pero no les digo esto a las chicas, que lo único que quieren es que yo me sienta mejor.

Charli elige el mismo diseño para todas pero en distintos colores: ella, llamas negras; Hannah, rosas; y yo, rojas.

Poco a poco me voy relajando, pero me siento ida, como si esta no

fuera yo, como si este hombre que dice ser mi padre no fuera real.

—¿Qué vas a hacer? —me pregunta Hannah.

—Déjala en paz —le recrimina Charli.

—Solo quiero saber qué va a hacer mi amiga. Vi la tarjeta en su mesita de luz.

—No quiere hablar del tema, ¿no te das cuenta?

—Pero nosotras tenemos que ayudarla.

—Chicas, no sé qué haré, así que no peleen.

Las dos se callan y nadie dice nada más.

Al volver a casa, me abrazan fuerte y se marchan. Mi mamá y mi abuela me miran expectantes, quieren saber qué haré.

Cenamos nuestro pescado frito en silencio. Mi abuela comenta que terminó de ver Scandal, una serie que yo le recomendé, pero solo asiento.

Miro a mamá. Por ella es que no me decido, siento que la estaría traicionando, pero sé lo que tengo que hacer.

—Voy a hablar con él —les comento.

Mi abuela me observa como si hubiera sabido qué iba a hacer yo antes incluso de que lo dijera, y mi mamá me mira con los ojos repentinamente llorosos y asiente. Me siento como la mierda pero necesito hablar con él.

Después de lavar los platos, voy a mi habitación y llamo a Nate para comentarle mi decisión.

—¿Estás mejor, Peque?

—Un poco.

—Te decidiste —afirma.

—Sí, voy a juntarme con él.

—Si te lastima, le rompo la cara, ¿lo sabes?

—Lo sé ahora.

No corto, Nate tampoco. Escucho su respiración, me da fuerzas. Ojalá estuviera aquí para abrazarlo.

—Gracias —le digo.

—No hay de qué, Peque. Cuídate. Te quiero.

—Yo también te quiero.

CAPÍTULO 36

El encuentro

NATE

Bella me quita la lapicera, con la que no paro de hacer ruido, de la mano. Me pasé toda la mañana en la escuela pensando en ella y en cómo debe estar de asustada.

—Theo tiene razón —me dice.

—¿En qué?

—En que eres estúpido.

—¿Se puede saber por qué?

—Ya te darás cuenta.

Me arrepiento profundamente de haberle contado a mi amiga lo que me dijo Theo.

Apenas suena el timbre salgo como un cohete hacia Serendipity, veo al hombre misterioso, Ian, pero no a Lorelai sentada con él. Ella tampoco está en la barra. Entro al vestuario y no la encuentro, pero escucho su llanto.

Está llorando en un rincón. Tiene en las manos un pañuelo y se le cayó un botón de la camisa, seguramente le faltaba el aire y se la desabrochó. Lleva puesto un traje negro que nunca le había visto antes y no para de hacer ruido con sus chatitas negras. Al verme, levanta la mirada. Está aterrorizada, aprieta los labios y estruja su pañuelo.

—Yo lo único que quise siempre es que me quiera, ¿era mucho pedir eso? Que un padre esté ahí. No puede decirme que lo hizo porque era joven, tú lo eres y no vas a dejar a Justin. Tampoco hacía falta que viviera con nosotras, una llamada hubiese estado bien. Un mensaje, "buen día, hija". ¿Qué podría decirme que arreglara esto?

—Quizás deberías preguntárselo, Peque —le digo con mi voz más suave, y apoyo mis manos sobre las suyas.

—No soy tu Peque. Y tú no eres más que otro hombre que se acerca a mí cuando le conviene.

Lorelai aparta mis manos, da dos pasos y se da vuelta.

—Dile al idiota ese que se vaya.

Deja caer su pañuelo y sale corriendo, furiosa, por la puerta trasera. Me levanto lentamente y tomo su pañuelo, respiro su olor a mandarina.

Salgo del vestidor y veo a Ian, que sigue sentado en la misma mesa. Decido sentarme frente a él.

—¿Por qué te largaste? —le suelto, sin siquiera saludarlo.

—No lo sé… —parece dudar en responderme, supongo que estará pensando quién soy yo para tener que darme explicaciones. Pero toma una bocanada de aire y continúa hablando—. Siempre pensé que era por mi carrera, pero ahora entiendo que era por miedo. A fallar, a ser el desastre que soy. Era demasiada responsabilidad. Nunca dejaré de arrepentirme.

Asiento. Una parte de mí lo entiende; otra lo detesta, por cobarde. Pero no soy quién para juzgarlo, eso le corresponde a su hija. Me

levanto, debo trabajar. De todas maneras todo me sale mal, solo puedo pensar en Justin.

Apenas cierro, corro a verlo. Emma no entiende mi desesperación, me pregunta si estoy bien.

—No. No lo estoy —le digo.

CAPÍTULO 37

Perdón

LORELAI

No puedo creer las cosas que le dije, cosas que yo no siento. Me debe odiar, cualquiera lo haría.

Me miro al espejo, doy lástima. Intenté vestirme formal y elegante para enfrentar a… ese payaso. Me había puesto un traje de mi abuela y me había peinado el pelo hacia atrás. Sin embargo, al mirarme al espejo me siento disfrazada. Todo me queda horrible. Me quito el maquillaje complejo que me hice. Pensar que pasé horas arreglándome, intentando tener el delineado perfecto. Seguí al pie de la letra los consejos de Charli: sombra de ojos en tono marrón, delineado y labios, naranja. Todo para nada.

Me peino como lo hago normalmente pero mis rulos parecen ondas. Me quito el traje y me visto con mi blusa color crema y mis jeans de siempre. Me quedan cada vez más sueltos, comí poco y nada desde la noticia. Tendré que usar mi cinturón negro. Saco de mi cajón unos brazaletes que me regaló mamá, la que estuvo siempre. Lo único que me dejo son mis chatitas.

Estuve mal, pero si no pido perdón, quizás nunca lo recupere.

Antes de salir, mamá me llama. Me doy vuelta y le confieso que no pude hacerlo. Ella me dice que me siente un segundo.

—Lorelai, pequeña, yo sé que nunca fui la madre más presente. Al principio no paraba de estudiar y luego no paraba de trabajar… seguramente necesitaste muchísimo a tu padre.

—Mamá, tú siempre has sido la mejor. ¿Recuerdas cuando me llevaste al estudio donde se grabó Harry Potter y yo me largué a llorar porque era todo mentira?

—Cómo olvidarlo, tuve que comprarte helado para una docena.

La abrazo porque ella nunca me hizo falta, porque ella siempre estuvo.

—Te amo, mamá.

Me levanto y saco mi bicicleta del garaje, empiezo a pedalear con ímpetu. Necesito verlo, necesito saber que todo estará bien entre nosotros.

Veo la casa de Nate pero, aunque intento frenar, no logro detenerme. Olvidé por completo que mi bicicleta no tiene frenos. Intento bajar la velocidad pero termino chocando contra un farol y, de pronto, todo se vuelve negro.

Abro los ojos con esfuerzo. Debo haber muerto. Nate tiene sus manos alrededor de mi cabeza, que me duele mucho.

—Peque, ¿estás bien?

Lo abrazo y le pido perdón mil veces.

—No tienes por qué pedir perdón.

Me ayuda a levantarme, noto que está descalzo y sin remera, solo unos pantalones de pijama. Siento mucho calor de pronto y me cuesta tragar. Qué bueno está. Respira, Lorelai, viniste aquí para pedir perdón, no para meterte en su cama.

—Estaba tranquilo, haciéndome la cena y, de pronto, escuché un

golpe. Me asomé por la ventana y vi tus rulos rojos.

Me pasa su brazo por mis hombros, yo apoyo mi cabeza en su pecho. Qué bien se siente esto.

Entramos a su casa y Nate se va a poner una remera. Una lástima, la verdad.

Cuando vuelve, me pregunta si quiero fideos y le digo que sí de inmediato. Verlo cocinar es tan… sexy. Cómo se le tensan los músculos de los brazos es muy provocador. Nate se desplaza por la cocina estirándose para buscar cosas en las repisas más altas y yo trato de disimular, pero no logro dejar de pensar en todas las cosas que podría hacerme.

—¿Quieres hielo? —me pregunta, mientras me acaricia la pequeña lastimadura. Ojalá cada vez que me cayera alguien me acariciara así.

—Estoy bien, gracias.

Pruebo los fideos y no los escupo de casualidad.

—Soy pésimo cocinando —me dice riendo.

—No digas eso.

—Lo digo bien dicho. Esto es horrible. ¿Quieres una pizza?

—Solo si tú quieres.

—Yo quiero.

Estoy muy segura de que nadie se ve mejor pidiendo pizza que Nate. No sé cómo hace, pero todo es perfecto con él. Cuando corta, se acerca a mí. Me quiere decir algo importante. ¿Se arrepentirá de no haber querido estar conmigo?

—Estuve pensando…

—Sí…

—Me da un poco de miedo decirlo.

—¿Por qué?

—Por mis padres.

—Solo dilo.

—Quiero ser enfermero, como Julie.

No es para nada lo que me esperaba, pero me enternece muchísimo. Quiere seguir la profesión de mi madre.

Nos quedamos hablando por horas de la vida que nos imaginamos. Me dice que cambiar de carrera lo cambiaría todo, me cuenta de sus padres, de su hermano.

Sin darnos cuenta, las diez de la noche se convierten en las cinco de la mañana.

—Creo que debería irme.

—Yo te llevo, Peque, no seas boba.

Nate busca sus zapatillas y caminamos hasta su auto, pero antes veo mi bicicleta toda arruinada en su garaje. Estoy tan cansada que ni siquiera la llevo devuelta a casa.

Durante el trayecto no dejo de mirar por la ventana. Fue una noche hermosa, pero tengo miedo de ver a Nate y no poder evitar decirle cuánto lo quiero.

Estoy cansada, cansada de luchar por Nate. Debo pasar de página. Será un camino difícil, pero yo puedo hacerlo.

Llegamos, y ahora sí lo miro. Nate me sonríe, es tan hermoso. Le doy un beso en la mejilla y me bajo del auto. Lo veo irse y me muerdo el labio. Sería tan lindo que mi amor sea correspondido.

CAPÍTULO 38

Todo bien

NATE

Camino por la acera hacia el café y siento que alguien me toma del brazo y me lleva en su dirección. Antes de que me defienda veo que es Lorelai.

—Ayyy, podría haberte matado, ¿sabes?

—Pero no lo hiciste.

Me hago masajes en la sien y miro al callejón al cual me arrastró. Esta chica me da dolores de cabeza.

—¿Qué pasó?

—Quiero saber cómo me veo, eso es todo.

Lorelai tiene el mismo traje que ayer, solo que esta vez con una remera negra debajo y unos taquitos negros en vez de chatas.

—Te ves perfecta, Peque.

Le hago un mimo en la cabeza y la acompaño a la puerta. Algo

parece haber cambiado en su ánimo de ayer a hoy, porque parece más libre, más decidida.

En su mesa de siempre está Ian. Al ver a Lorelai, se emociona. Se nota.

Los dejo hablar en paz, aunque no les saco el ojo de encima ni un segundo. Se los ve muy serios al principio, pero luego los veo reírse, disfrutar del encuentro.

Cuando su padre se va, Lorelai se acerca a mí y me toma de las manos. No quiero que me suelte nunca.

—Ian quiere presentar mi novela. Me dijo que tiene contactos y piensa que mi novela puede llegar a ser real si trabajamos con la gente adecuada.

—¿Qué novela?

—Una que escribí.

—Nunca me la hiciste leer.

—Me da vergüenza. Además, es una tontería. Pero quiere leerla, quiere leerme a mí. Mi sueño puede llegar a volverse realidad.

Y en eso, se larga a llorar. No es un llanto desconsolado, pero puedo ver sus lágrimas caer por sus mejillas.

—No fue como me lo esperaba, mi primera novela. Siento que él ensucia mi sueño. Y que me ayude con esto no significa que está perdonado.

—Claro que no, pero aprovecha tu oportunidad… Este es tu sueño y puede volverse realidad, tú lo has dicho.

Lorelai sonríe y yo la abrazo fuerte, alzándola en el aire. No quiero soltarla nunca. Tengo miedo de que ese idiota la ilusione y luego desaparezca.

—¿Me cubres? Tengo que ir a mandarle la historia urgente.

—Sí, no te hagas problema.

Lorelai me da un beso en la mejilla y se va. Creo que no se da cuenta de lo que sus inocentes besos generan en mí. Debo decirle lo que siento, debo confesarle todo. Corro detrás de ella y, cuando la tengo frente a mí, las palabras no salen.

—¿Qué pasa? —me pregunta nerviosa.

—Solo… quería desearte suerte.

Lorelai revolea los ojos y me dice que muchas gracias, antes de retomar su camino.

¿Soy estúpido? La estoy perdiendo, de eso no tengo dudas.

CAPÍTULO 39

Mi oportunidad

LORELAI

Creo que esto es un ataque de pánico, me digo a mi misma mientras estoy en una sala de espera con mi papá. Vinimos para tener una entrevista por mi libro, pero siento que no fue una buena idea.

—Voy un segundo al baño, ya vuelvo —le aviso intentando mantener la compostura.

Camino nerviosa y me tropiezo, malditos zapatos con taco que no sé usar.

Intento mojarme la cara sin arruinar el maquillaje que me hizo Charli en tonos violetas. Mi pelo se ve perfecto, ya que peiné cuidadosamente mis rulos hacia un costado, pero me da mucho calor, así que me hago un rodete rápido. Me quito la campera verde oscuro y me quedo con mi musculosa de brillos dorada y una pollera larga, ajustada.

Mientras me miro al espejo, me repito lo inteligente que soy: estoy manifestando mi poder mental.

—Eres la mejor, Lorelai, tu libro es el mejor del mundo. No lo dudes nunca.

Una mujer sale del cubículo en ese momento y yo me sonrojo. La mujer es perfecta, todo lo que sueño ser. Tiene un enterito con hombreras, ajustado pero suelto en las piernas, unos tacos que sabe usar y su pelo en un rodete ajustado y bien hecho.

Me retiro rápidamente, qué momento embarazoso. Vuelvo a sentarme al lado de Ian, él me aprieta el hombro y me recuerda que, pase lo que pase, todo estará bien.

—No puedo creer que te hayan respondido tan rápido —le confieso —. Le has mandando la novela hace horas.

—Tu padre conoce a las personas correctas —me dice, divertido.

“Mi padre.” Sonrío algo incómoda. Las últimas cuarenta y ocho horas han sido un cambio detrás de otro.

—Es que sigo sin creérmelo, ¿ya la ha leído entera?

—No creo que haya podido leer toda la novela, pero claramente lo que ha leído le ha gustado mucho; si no, no estaríamos aquí.

La mujer del baño se acerca a nosotros, quizás para devolverme la dignidad que perdí allí.

—Lorelai, Ian, acompáñenme —nos dice.

Empezamos bien.

Al entrar, me quedo con la boca abierta por unos segundos. Su oficina es muy hermosa, es exactamente a como yo sueño que sea la mía algún día. Un escritorio de mármol con tres monitores, uno al lado del otro, y la edición de Orlando que sueño con tener; enfrente, dos sillas rosas y, atrás, un tablero lleno de fotografías y notas. En una está ella disfrazada de Slytherin abrazando a J. K. Rowling. ¿Qué?

Me pide que me siente y es como si el mismo Dios me lo pidiera.

—Dime, Lorelai, ¿por qué escribes?

—Escribo porque intento no morir siendo una persona normal.

La reunión fue un éxito.

Me dijo que tenía un buen comienzo, que habría que hacer cambios, pero que le gustaba mi forma de narrar.

Nunca había ido a una reunión antes, pero creo que esta fue bastante buena.

Ian me deja en la puerta de casa. Antes de entrar me llega un mensaje de Nate, que por mucho que me cueste no abro porque sé que si lo hago, no podré parar de hablar. En este momento no puedo dejar todo por él, soy una chica ocupada.

Martha, la mujer del rodete, me dio algunas ideas para ajustar el argumento de mi novela, y además debo mandarle un mail con mis datos… Quiero hacer todo hoy mismo.

Abro la puerta roja de casa y me encuentro con mamá sentada, expectante.

—Me fue muy bien, mamá —la tranquilizo y la abrazo.

—Qué suerte, hija. Estaba preocupada.

—¡No tienes nada de qué preocuparte!

—Soy tu madre, siempre me preocuparé. Bueno, me voy al hospital. Solo quería saber cómo te había ido.

Mi madre, tan trabajadora, se va a las corridas con su enterito azul. Se le ve su remera blanca abajo, simple, con sus sandalias doradas. A mi madre podría despedazarle esas sandalias y ella nunca las dejaría de usar. Desde que tengo uso de memoria las tiene siempre en su cartera para poder cambiárselas al entrar y al salir del hospital. Ni loca viaja con su calzado de trabajo.

Apenas mamá cierra la puerta, viene la abuela con sus ruleros a preguntarme cómo me ha ido. Le cuento toda la reunión con detalles, desde mi incidente en el baño hasta el saludo final. Y también le comento el último mensaje de Nate.

—Está bien, tiene que luchar por ti ahora.

—¿De qué hablas, abuela?

—Ahora tú estás en un gran momento y no tienes tiempo para tonterías, para sus tonterías. Y justo ahora quiere aparecer.

Pienso en la primera vez que lo vi. ¿Qué habría pasado si yo lo hubiese invitado a salir? ¿Qué habría pasado si yo hubiese tenido más autoestima? ¿Qué habría pasado si hubiera sido menos tímida? ¿Qué habría pasado si fuera menos torpe? ¿Qué habría pasado si yo hubiese tenido un padre presente? ¿Qué habría pasado si…?

CAPÍTULO 40

Qué habría pasado si…

LORELAI

—Lorelai, es hora de levantarse —me despierta mi padre.

Salgo de mi cama lentamente, hay veces que me pierdo en mi habitación por lo grande que es. Entro al vestidor y elijo qué voy a usar, no puedo repetir nada ya que Bella me lo recordará. Es cansador que se fijen todo el día en lo que uso.

Tomo unos pantalones negros que compré ayer, elijo una musculosa con lentejuelas doradas que me trajo la abuela en uno de sus múltiples viajes. Abro el cajón de los zapatos y saco unos mocasines negros. Me veo al espejo y apruebo con la mirada. Supongo que esto les gustará.

En el baño me fijo que el pelo esté bien lacio. En una encuesta que hice la mayoría dijo que me prefería sin rulos, y yo le hago caso.

Bajo las escaleras haciendo mucho ruido, ya que escucho a mis padres discutir, como hacen todo el tiempo. Me hago la boba. Mi mamá le recrimina a mi padre no haber seguido con la carrera de Medicina, y él no la entiende.

—Buenos días, princesa —me dice mi madre mientras me da el desayuno.

Les doy dos bocados a las tostadas y salgo al escuchar la bocina de Quinton. Saludo a mis padres y camino hacia el Mini Cooper de mi novio.

Al entrar, me ahogo con su colonia. Me saluda con un beso intenso en los labios pero yo lo aparto, es un poco temprano para esto.

En el auto suena la radio. Conecto mi celular para cambiar la música pero Quinton se queja de mi elección. Como siempre, no le hago caso. Mxmtoon es una genia, aunque él no parece entenderlo. No parece entender absolutamente nada.

Llegamos y veo a Bella, que nos saluda desde lejos. Bella, con su vestido rosa con flores y unos pantalones negros debajo, idénticos a los míos, sus brazaletes de Italia, una cartera de paja de Miu Miu y sus sandalias marrones. Bella, mi mejor amiga.

Nos acercamos a ella y hablamos sobre la fiesta que va a lanzar Quinton esta noche, no me interesa mucho ir pero no tengo alternativa. Me despido de él y entro a mi clase.

Toda la mañana tengo la cabeza en otra parte, me miro las uñas y bufo. La profesora me pide que vaya a buscar un mapa a la biblioteca si es que estoy tan aburrida.

Le revoleo los ojos y voy en busca del mapa del tesoro. En mi tan interesante camino escucho unos ruidos, me aproximo al aula donde se escuchan los gemidos y me acerco, como metida que soy, a ver quiénes son, así podré reírme después de ellos con Bella.

Pero no me río ni un poco, las manos de Bella están metidas en el pelo negro de Quinton mientras él le quita los pantalones, los mismos que estoy usando yo ahora.

Corro al baño, nadie puede verme en este estado, soy Lorelai Pattinson, la chica más perfecta del mundo.

Pero hoy el mundo se ríe de mí, ya que al entrar encuentro a las dos personas que serían las primeras en burlarse, Charli Grey y Hannah

Paulsen.

Al contrario de mis prejuicios, ambas se entristecen al verme, odio su pena. Me encierro en un cubículo.

—Vamos, Pattinson, sal de ahí —grita la emo con una voz grave.

—NO.

¿Por qué siento que saben lo que vi?

—¿Ustedes saben?

Silencio.

—Los vimos el otro día —susurra la más dulce.

Salgo lentamente y las miro, Hannah con su suéter rosa y pollera hasta el piso, miro sus ballerinas negras, el broche en forma de moño, brazaletes dorados y plateados. Charli, con sus labios rojos y sombra de ojos negra. Chicas tan distintas de mí, pero hay algo en ellas que me inspira confianza.

—Vamos a cambiar tu look —afirma la morocha.

—¿Qué tiene de malo mi look actual?

—No sé, no te ves sincera.

Las miro con desconfianza.

—Ven —me dice Charli, tirándome hacia el espejo. Saca de su cartera sombras y labiales, y empieza a maquillarme.

Una vez lista me miro en el espejo, no sé cómo logró hacer esto, tengo los labios rojo furioso, brillos dorados y rojos en los ojos. Es muy… yo.

—Nos vamos —afirma.

—¿Adónde?

—A comprar ropa.

—Pero tenemos clase.

—El colegio te estará esperando mañana, ahora nos vamos.

Hannah me mira con cara de que no tengo escapatoria y emprendemos un recorrido.

Las chicas me llevan a Knightsbridge en el subterráneo, mi primera vez. Ambas están dementes. Charli me elige una campera con lentejuelas plateada que nunca usaría y Hannah grita al ver unos tacos negros con brillo en la parte de adelante que supuestamente me quedarían perfectos. Yo veo unos jeans blancos. Quinton siempre me dijo que no me quedaba bien el blanco. Hannah capta mi mirada y los toma.

—Los llevamos.

—A mi novio no le gusta cómo me quedan.

—A tu exnovio. ¿Qué importa lo que piensa de todas maneras? Es un hombre, su opinión es un cero a la izquierda.

Seguimos nuestro recorrido, pasamos por un lugar de tatuajes y las dos me miran. No puede ser que estén pensando en que me haga un…

—¿Sabes lo bien que te quedaría un piercing en el cartílago? —propone Charli.

—Creo que eso es un poco demasiado, Charli —dice Hannah.

—Sí, lo es.

—Vamos, quiero un cambio total.

¿Qué sería lo peor? Cualquier cosa, me lo quito. Asiento y entramos. Nos atiende una chica que tiene un dragón tatuado en el cuello como una bufanda. Siendo sincera, me da un poco de miedo. En cambio, Charli le hace miraditas que son bien respondidas.

Treinta minutos después salgo del local con un nuevo piercing y con mucha autoestima. Hannah, al ver un Zara, nos pide parar y entramos. Bella nunca quiere entrar a Zara, dice que es poca cosa. Que Bella se pudra en el infierno.

—Lor, toma esta remera básica blanca, te va a combinar con los jeans —me dice Hannah.

—Ven —me tira Charli hacia uno de los probadores—. Pruébate todo.

Me quito mi ropa aburrida de siempre y me pongo mis cosas nuevas. Me encantan.

—Te ves increíble —grita Hannah.

—Cambio ciento ochenta grados.

Las abrazo, me sale del corazón.

—Ahora debemos ir a algún lado para mostrar tu look.

Hannah y Charli se miran serias, están hablando sin decir una palabra. De pronto sus miradas se iluminan, sus ojos se agrandan, se ríen.

—De una —afirma Charli.

—Sí, mil veces sí —dice Hannah.

Ambas me toman de la manos y me llevan a la calle. Tomamos un taxi que nos lleva a ¿un partido de fútbol?

—Sé lo que estás pensando —se adelanta Charli.

—No vinimos por el partido, vinimos por la fiesta posterior —sigue Hannah.

—Esto es solo para entrar en el ambiente —termina la primera.

Nos sentamos en los únicos tres lugares disponibles. Está repleto de gente. Miro hacia todas partes y de pronto mis ojos chocan con los

de un chico de la cancha, rubio, alto, musculoso, atractivo hasta decir basta. Le sonrío y él a mí.

Empieza el partido, es un genio, esquiva a todos con una facilidad impresionante. Cuando termina, me quedo con ganas de más.

Las chicas me dicen que me apure, que un chico llamado Uriah nos va a llevar hasta la fiesta.

Paso todo el camino pensando en ese chico rubio de ojos almendra, tenía una cara muy seria que se relajó ante mi sonrisa.

Antes de entrar, Charli y Hannah me dan una última revisión. Charli me revuelve el pelo, dice que se me veía demasiado perfecto.

—Y toma —me dice Hannah mientras me da sus pulseras.

—No puedo aceptarlas.

—Sí puedes, y lo harás.

Charli abre la puerta y nos perdemos entre la multitud. Minutos después se escuchan ruidos y, al ver entrar al famoso chico rubio, todos lo aplauden. Iría a hablarle pero se lo ve muy ocupado.

Me acerco a la cocina para servirme algo para tomar y, al darme vuelta, bum, sin querer le tiro toda la bebida al chico lindo. Subo mi mirada, creo que esto es amor a primera vista. Me pongo roja al instante e intento arreglar el daño, pero él me toma de las manos.

—Nate —se presenta.

—Lorelai.

Vuelvo a servirme lo mismo que antes y le doy una cerveza. Lo tomo de la mano y lo llevo al patio de la casa.

—Cuéntame algo, cualquier cosa —le digo.

—¿Como qué?

—La carrera que seguirás, un muerto que hayas enterrado…

—Seguiré Enfermería.

Yo me río.

—¿Qué tiene de gracioso?

—Nada, es solo que mi madre quería ser enfermera antes de que yo llegara y le arruinara la vida.

—No creo que le hayas arruinado la vida a tu madre.

—Créeme que sí, pero ahora es tu turno de preguntarme.

—¿Tienes novio?

Tenía, pienso, hace solo unas horas. Pero me limito a negar con la cabeza, no hay nada peor que hablarle de tu ex a un nuevo chico. Lo miro y me muerdo el labio, ladeo la cabeza, estudiándolo.

Seguimos hablando por horas, le confieso que quiero ser actriz, al igual que mi abuela, y él me reprende por no haber visto Peaky Blinders, Nos divertimos.

—¿Te puedo hacer una última pregunta? —le digo.

—Dispara.

—¿Me darías un beso?

Él toma mi cara entre sus manos y mira mis labios. Me besa. Yo le muerdo el labio y él me acerca más a su cuerpo, sin querer soltarme.

Su celular comienza a sonar y Nate lo saca molesto del bolsillo, pero al ver quién es, responde. Me pide disculpas con la mirada.

—Nate… —escucho decir a una chica, del otro lado, hiperventilando.

—Emma, cálmate, dime qué pasa.

Me alejo un poco para darle su espacio, pero lo miro intentando saber qué es lo que pasa.

—Emma, ¿necesitas que vaya a tu casa? —le pregunta, preocupado.

Silencio.

—Entonces dime qué te está pasando porque me estoy volviendo loco aquí.

Al parecer, lo que ella le responde lo deja fuera de juego, ya que me mira asustado y yo le tomo la mano. Él corta y me mira con una expresión de completo susto.

—Mi mejor amiga está embarazada… de mí.

Abro los ojos, me cuesta despertarme del sueño tan extraño que tuve. Puedo ver todavía a Nate… todo se sentía tan real, o casi real. Pero era horrible, yo no era yo. Las imágenes poco a poco se van borrando, quizás debería anotar el sueño antes de olvidarlo.

Mi mente me está jugando una mala pasada, ya no puedo confiar en mí misma.

CAPÍTULO 41

¿Una cita?

LORELAI

Finalmente me levanto de la cama aunque sea temprano, desde mi sueño no pude volver a dormirme. Miro mi placard, es un desastre total. Tomo un saco negro, los jeans que a Nate tanto le gusta cómo me quedan, una camiseta gris manga larga, el suéter que me tejió mi abuela y botas de lluvia.

Al entrar en la cocina me extraño, no un poco sino muchísimo. Está mi mamá con una camisola, shorts y sandalias. Miro a mi abuela para saber qué le pasa y ella se ríe.

—A tú mamá la está cortejando un doctor y quiere ponerse linda para él.

—Pero hace demasiado frío para un short.

—No hace tanto frío —se excusa mi mamá.

—Es el calor interno que siente —la molesta la abuela.

—¡Mamá!

—Hija, ¿hace cuánto no haces lo que nosotras dos sabemos?

—No voy a hablar de esto frente a Lorelai.

Mi abuela me hace caras como si mi madre fuera una aburrida total. Le doy besos a cada una y emprendo mi camino.

Es verdad que no hace tanto frío, pero yo soy súper friolenta. Aunque también sufro el calor. Lo peor de los dos mundos.

Me quito el suéter y me lo coloco encima del saco. Mucho mejor.

Al llegar a la escuela, mis amigas se ríen al verme.

—¿Se puede saber por qué estás tan abrigada? Un día con calor y tú así —me recrimina Hannah. Ella ama el calor, sueña con vivir en un lugar como Colombia. Si la temperatura supera los veinte grados, Hannah ya está en bikini. Una vez en el verano cayó a la plaza con bikini, shorts, camisa larga estilo vestido amarilla y sandalias, con Charli estábamos pasando vergüenza a su lado, pero la queremos.

Ahora, por suerte, no está en bikini, solo está con una túnica bordó, pollera larga verde agua, brazaletes y cinturón, un estilo bastante indio, diría yo.

Hannah me quita el saco y el suéter y los guarda en su mochila.

—Mucho mejor.

Entramos y veo que Quinton se nos acerca, me tiemblan las manos.

—Hola, señoritas, les robo un momento a la colorada —me dice, mientras me aparta de mis amigas—. ¿Quieres ir hoy a Ruislip Lido conmigo?

Frunzo el ceño. ¿Me está invitando a una…?

—Sí, es una cita. Paso a buscarte a las cinco por tu casa.

Quinton me da un beso en la mejilla y mientras camina en reversa me grita que me abrigue porque en la playita hace frío.

Charli y Hannah me piden que les cuente todo apenas me acerco a ellas, y en verdad no sé qué decirles.

—¿Estás contenta? —me pregunta Hannah emocionada.

—¿Sinceramente? No lo sé.

En el café, Nate está precioso con sus jeans grandes, Converse y camiseta de rayas. No me presta mucha atención, así que lo evito. Pensar que casi le digo que no a Quinton, el chico que me gustó siempre, por alguien que ni me mira.

En mi descanso, Charli me llama. Quiere saber qué voy a usar esta noche. Ni lo había pensado… qué raro en mí.

—Lorelai, ¿estás bromeando? Es Quinton, por Dios santo, tu crush desde que tengo memoria.

—Sí, es verdad. Es que estoy muy cansada. Supongo que me pondré el suéter que tenía hoy.

—No, ese es demasiado ancho. Ponte el otro beige que tienes, que es más ajustado. Con esos jeans tan bonitos.

Los que le gustan a Nate, pienso.

—Pensaba usar los blancos.

—Los vas a manchar.

—Cierto.

Silencio.

—Lor, ¿estás bien?

—Muy. Sigamos hablando de la ropa.

Charli me quitó de mis pensamientos rechazando cada idea de ropa que tenía. Yo quería usar mi tapado de piel sintética con una campera de jean abajo, pero me dijo que solo usara mi tapado

negro, así, si tengo frío, Quinton me prestaría su campera. Algo que yo hubiese pensado si no estuviera en otra galaxia.

—¿Al menos puedo usar las botas abrigadas?

—Ni de onda. Usarás tus tennis blancos y rojos tan bonitos. Y que ni se te ocurra ponerte esa bufanda horrorosa roja a cuadros, la odio.

—¡Es mi bufanda favorita!

—Lo sé, si la usas hoy, te mataré cuando duermas.

—Okay, okay, calma. Es solo una cita.

—¿Quién eres y qué has hecho con mi mejor amiga Lorelai?

—No sé quién soy.

Al ver a Nate mirándome, le corto a mi amiga. Él me mira serio, se acerca a mí.

—¿De qué hablabas? —me pregunta.

—Esta noche tendré una cita, estaba viendo qué ponerme.

—¿Con quién? —me inquiere, extrañado.

—Con Quinton.

—Ni lo conoces, puede ser un asesino serial.

—Hace años que voy a la escuela con él.

Nate se da vuelta y vuelve a trabajar, enojado. ¿Y a este qué le pasa?

Claro que mi cabello tenía que estar demente el día de mi cita. Intento manejarlo con espuma para rulos hasta que empiezo a llorar. Mi abuela me escucha y corre a ayudarme.

Me peina en silencio mientras canta “La vie en rose”. Veo por el

espejo que me hizo dos trenzas cocidas sueltas que se convierten en mis rulos.

—Gracias, abuela.

—Todavía no me agradezcas, aún me falta maquillarte.

Me pone un poco de sombra de ojos rosa y me hace ver mucho más linda de lo que soy.

—Ahora sí, hermosa, mi nena.

La abrazo y salgo, aunque tengo que volver a entrar a tomar mi cartera que había olvidado.

En mi segunda salida me encuentro a Nate en la puerta. Me tiemblan las piernas al verlo.

—No puedes salir con nadie —me demanda.

—¿Y eso por qué?

Nate da dos pasos y me besa, con furia, con algo oscuro que hay dentro de él. Me cuesta apartarlo pero lo hago.

—Estás loco.

—Te amo, Peque.

—No puedes venir a decirme esto cuando se te da la gana, cuando sabes que otro me va a llevar a una cita. ¡Yo no soy un juguete con el que puedas divertirte cuando estás triste y volver a dejar cuando te aburras!

—Pensé que también me amabas.

—Y lo hago, Nate. Pero más me amo a mí misma.

Veo llegar el Honda de Quinton y me alejo de Nate. Me alejo del chico de mis sueños, de mis pesadillas. El chico que llegó para cambiar mi vida, para alegrarme, pero también para hacerme sufrir como nadie.

Pero así como me lastimó, también me hizo aprender a quererme, me ayudó a darme cuenta de que soy mucho más que una historia de amor con un chico tonto. Soy Lorelai O'Brien, y si eso no es suficiente, es su problema.

CAPÍTULO 42

Hora de pasar página

LORELAI

Quinton me abre la puerta y entramos a Jidori, un restaurante en Dalston. Una mujer nos pregunta si tenemos reserva y Quinton asiente y me ayuda con mi saco negro. Me gustaría dejármelo puesto, ya que el vestido amarillo que elegí no es muy abrigado, pero no digo nada.

—Gracias —le sonrío.

Nos sentamos y él me cuenta lo mucho que le está costando estudiar para los exámenes. Yo asiento y le miento que a mí también. En verdad, las tres materias que necesito para ingresar a la carrera de Literatura no me cuestan en lo más mínimo, pero es feo decirle eso a alguien.

Hubo un momento en el que me sentí mal por hacer esto con Quinton, como si traicionara a Nate. Pero una nunca debería sentirse mal por empezar de nuevo. O al menos intentarlo. Al fin y al cabo, yo a él no le importo. O no lo suficiente.

La puerta se abre y entran Theo y Emma. Mierda. Ambos se ven

increíbles, él vestido todo de negro y ella lleva un saco de terciopelo azul que le queda increíble.

Miro hacia otro lado, no quiero tener que saludarlos. Hoy es sábado, o sea que Nate está con Justin. En otra vida, con decisiones distintas. Yo, quizás, estaría con él, ayudándolo. Pero no. Estoy aquí, con Quinton, en un lugar precioso y lista para pasar página.

A mi pesar, ellos me ven y se acercan a saludarme. Ninguno de los dos es muy conversador, así que se van pronto a su mesa.

Me disculpo con Quinton y camino al baño. Necesito estar sola por un momento. Siento que Nate invade cada lugar de Londres, cada pensamiento, cada minuto de mi vida. ¿Cómo voy a lograr dejarlo atrás así? Me encierro en un cubículo y comienzo a eliminar mis fotos con Nate. No son muchas, la mayoría son de él en una pose boba en el café. Hay una que no puedo eliminar, estamos los dos en mi habitación, yo arriba de su espalda, sonriendo, la sacó él con el reflejo del espejo. Se nos ve felices, y eso me gusta. Suspiro. No quiero eliminar a Nate Davies por completo de mi vida, solo lo suficiente para poder continuar con el siguiente capítulo.

Borro nuestro chat, necesito una hoja limpia. No hay que tener miedo de hacer las cosas que necesitamos, aunque duela. Si algo te hace sentir que tu alma pesa, hay que dejarlo ir.

Vuelvo a mi mesa y como en paz. Disfruto de mi cena. Quinton es lindo, bueno y puede llegar a ser divertido. No sé si es el hombre de mi vida, pero tampoco necesita serlo. Tengo que entender que mi vida no es una novela romántica.

Terminamos de comer y nos levantamos. El aire frío me choca en el rostro y Quinton me rodea con su brazo.

—Eres preciosa —me dice.

Desde que salimos esa vez, él me escribe todas las mañanas y me pregunta si he dormido bien.

Antes de que podamos dar un paso, la puerta del restaurante se abre

y sale Emma.

—¿Nos das un segundo? —le pido a Quinton. Él asiente y se aleja unos pasos. Me acerco a ella, que me mira queriendo hablar conmigo.

—Solo quiero que sepas que me hubiese gustado mucho que fueras parte de la familia.

—A mí también me hubiese gustado, pero hay cosas que simplemente no pueden ser.

Ella asiente y sonríe a medias.

—Cuídate, Lorelai.

—Tú también. Y gracias.

Nos damos un abrazo un poco incómodo y cada una se aleja. Le doy la mano a Quinton, que me pregunta si está todo bien.

—Mejor, imposible.

Me da un beso corto en los labios. Me gusta, es tierno y dulce, pero… no es él.

Intento repetirme que Nate no es el amor de mi vida, que no es alguien irremplazable y que encontraré a otro que me haga sentir como él, o mejor aún, otro que haga me sentir que mi corazón está a salvo.

CAPÍTULO 43

¿Cómo puedo recuperarte?

NATE

Cada día la siento más lejos de mí. Veo que él la pasa a buscar en su estúpido Honda gris, y a ella arreglarse en el baño antes de verlo.

Lorelai corre con su piloto, el mismo que llevaba puesto ese día en que la vi desde mi ventana, y se sube al auto con una sonrisa en el rostro.

Cierro el local y llamo a mi amiga Bella por si quiere ir a tomar algo. Ella acepta enseguida.

Entro a mi pub favorito y la espero en la barra. Su perfume llega antes que ella: tiene un olor a jazmín indiscutible. Miro a Bella, con su blazer negro de siempre y, apenas me ve, sabe lo que me pasa. Niega con la cabeza y suspira.

—No puedo creer que después de tanto tiempo rodeado de mujeres no hayas entendido nada.

—¿De qué hablas?

—De Lorelai, ¿de quién más?

—Ella me pidió que la dejara en paz, no hay mucho más que entender.

—Es que eso no es lo que dijo. Ella quiere que luches por ella, que demuestres que la quieres y que no le dijiste esas cosas solo porque la viste con ese Quillian.

—Quinton.

—Es lo mismo.

—¿Qué haré ahora, Bella?

—Demostrarle que la amas, que la aprecias por quien es.

—No sé, amiga. Ya es tarde.

—Nunca es tarde, Nate.

Mi amiga me mira, seria. ¿Y si tiene razón? ¿Y si todavía hay alguna posibilidad? Decido no desperdiciar ni un momento más. Termino mi cerveza de un tirón y voy a casa. Debo recuperarla, no a mi manera sino a la suya.

Tomo un lápiz y un papel y comienzo a escribir todos mis sentimientos desde el día uno. Cada sentimiento que ella me hizo estrenar, cada mundo que ella me hizo descubrir, cada aventura que ella me hizo vivir.

Busco el último libro que ella me prestó y guardo adentro una foto de los dos: yo jugando a los videojuegos y ella tapándome los ojos. Tengo cara como si me molestara, pero es claro que no. Y detrás de ella escribo una frase: “La felicidad se puede hallar hasta en los más oscuros momentos, si somos capaces de usar bien la luz”.

Antes de subir al auto busco en el garaje la bicicleta de Lorelai. La arreglé mientras ella estaba en alguna cita con ese tarado. Subo al auto con el corazón latiéndome a mil por hora. Afuera llueve, como casi siempre, y el frío empaña mi retrovisor, pero no me importa, sé el camino de memoria.

Bajo del auto y deposito mi carta y su libro en su buzón, deposito

mi alma entera en su buzón. Y enfrente dejo su bicicleta rosa chicle con un canasto. Al escuchar un vehículo acercarse, me subo rápidamente al auto, temblando del frío. Me percato de que la carta quedó sobresaliendo y temo que la lluvia termine borrando mis palabras, pero no me acerco a guardarla bien ya que el auto en cuestión es el de Quinton.

Lorelai le da un corto beso en los labios y se baja, tiene unos tacos altos negros en los que debe estar muy incómoda, un tapado también negro, pantalones de terciopelo y una blusa blanca. No parece ella.

Encuentra mi carta, ve su bicicleta y acelero a toda velocidad, no quiero ser testigo de cómo toma mis sentimientos y los bota a la lluvia. Va a decirme que me olvide de ella, estoy seguro. Y aunque es algo que acepto con suma tristeza, no puedo verlo suceder delante de mis ojos.

CAPÍTULO 44

La carta

Querida Lorelai:

Recuerdo detalle por detalle el primer día que te vi. Tu pelo rojo estaba suelto y de inmediato me enamoré de esa melena que tapaba tus hermosos ojos (más adelante me dirías que son color moco, pero yo estaré siempre en completo desacuerdo, ya que al mirarte solo puedo pensar en un hermoso día de primavera, en el pasto, rodeado de amigos y felicidad).

Tenías puesta una camiseta negra, sucia de crema, y el enterito de tu madre que siempre dijiste odiar pero que amas usar, y tus zapatillas negras favoritas sin cordones, porque detestas usar cordones.

Apenas te vi algo me pasó, algo que no entendía, algo que no quería entender, pero ahora sí lo hago. Fue amor a primera vista, Lorelai.

Nunca merecí todo lo que hiciste por mí, desde sacarme de mi burbuja de estrés y soledad hasta ayudarme cuando más lo necesitaba.

Tu forma de reír me hace sentir en casa, tu aroma a mandarina llena cada lugar que habitas, tus rulos en los que quiero enterrar mis manos, tus caídas que me hacen asustar como al que más… nunca podré amar

a nadie como te amo a ti, Lorelai, eres todo para mí.

Verte sosteniendo a Justin me desarma.

Me propuse ignorarte, no lo conseguí.

Me propuse no volver a enamorarme, no lo conseguí.

Me propuse no volver a besarte, y lo conseguí. No porque no lo haya deseado, sino porque hallaste a alguien libre para hacer todo lo que yo no he podido.

Porque sí, Lorelai, verte con él me hizo dar cuenta de todo lo que me estaba perdiendo por ser un tonto. Todos me lo decían y yo no lo entendía, pero ahora sí lo hago y sé que tenían razón.

Soy el más tonto por no haber sido todo lo que tú te merecías que fuera. Por no haberte besado, por haberte dicho que no podíamos estar juntos cuando el único problema era yo, nada más.

Estoy tan orgulloso de ti, Lorelai, de todo lo que estás consiguiendo con tu esfuerzo. Eres la persona más fuerte y valiente que conozco.

En la fiesta de disfraces me sacaste todas las sonrisas que creía haber perdido. Gracias por eso, Peque.

"Son nuestras elecciones las que muestran lo que somos, mucho más que nuestras habilidades." Leer Harry Potter me ha sacado de mi mundo y me ha transportado al tuyo de la manera más pura y hermosa que puede existir.

Y no solo Harry, La abadía… me llevó directo a tu cabeza, ya que solo podía verte a ti en la novela. Eres Catherine al mil por mil.

Te quiero, Peque, hoy y siempre. Si la vida es eterna, la quiero pasar a tu lado, no tengo dudas.

Con todo mi corazón,

Nate

CAPÍTULO 45

Mi galán

LORELAI

Termino de leer la carta y me quedan temblando las piernas. Al abrir el libro, cae una foto mía con Nate. Cualquiera hubiese dicho que éramos novios en ese momento, pero estábamos lejos de eso. O eso creía.

La frase de atrás me rompe el corazón. Estoy completamente enamorada de Nate, es mi chico perfecto. Es mi galán de novela.

Subo a mi bicicleta, que arregló él, y vuelo hacia su casa. En el camino se me rompe uno de los tacos. Ni sé por qué los llevo puestos, odio estos zapatos. Me los quito y los arrojo a la calle, y sigo mi camino descalza.

Llego a la casa de Nate, estoy empapada, pero no me importa, solo quiero verlo, solo quiero besarlo.

Saco mi celular del bolsillo y lo llamo.

—Dímelo en persona —le pido.

—Está bien, espérame.

Nate, dos segundos después, abre la puerta de su casa. Se sorprende al verme, no me esperaba.

Nate con su remera negra de Nirvana, Nate con su chaqueta de jean, Nate con sus jeans negros ajustados, Nate con sus Converse azules. Nate, mi Nate.

Corre hacia mí y me besa, me dice que me ama, que soy su otra mitad, que nunca quiere volver a dejarme ir.

—Te amo, Peque, por favor, dame una segunda oportunidad.

—Yo también te amo, Nate.

Nate me besa y me invita a entrar a su casa. Dejamos nuestra huella mientras caminamos a su habitación. Me da ropa seca y me cambio en su baño. Me pongo su remera blanca y unos pantalones cortos que me quedan grandes.

Estoy empapada, y se transparenta mi corpiño de encaje negro debajo de su camiseta.

Salgo y Nate me mira como si fuera la mujer más hermosa del mundo, como si no hubiese nadie como yo.

Me hace lugar entre sus piernas y me apoyo en su pecho caliente. Nate me acaricia el cabello y yo me estremezco.

—Perdona por haber tardado tanto en confesarte todo lo que siento por ti.

—Tenías miedo.

—Definitivamente.

Me doy vuelta y lo miro. Él me acaricia la espalda, le quito su campera, me quita sus shorts y deja al descubierto mis braguitas negras. Le quito sus jeans, me quita la remera, y así hasta quedar completamente desnudos, el uno sobre el otro. Siempre pensé que me daría vergüenza estar así con alguien, pero nada más alejado de la realidad: Nate me hace sentir segura, me hace sentir la mismísima Afrodita.

Hacemos el amor en silencio, y tengo una primera vez de ensueño. Quinton quería que diéramos ese paso pero yo nunca quise, siempre deseé a Nate.

Quedamos entrelazados, sin poder despegarnos el uno del otro. Hablamos sin parar, le cuento las historias que se me ocurrieron. Me dice que seré la próxima Jane Austen.

Encontré mi amor, y quizás no es de película, pero es mi amor, y no lo cambiaría por nada.

CAPÍTULO 46

Algo más

NATE

Al abrir los ojos, veo a Lorelai durmiendo junto a mí y me siento en el puto paraíso. Le doy un beso en la mejilla y ella se acurruca a mi lado.

—Buenos días, novia —le susurro al oído.

Lorelai se da vuelta y me mira con los ojos achinados por el sueño.

—¿Quién te ha dicho que soy tu novia?

—¿No lo eres?

—No exactamente. Uno, porque no me lo has preguntado, y dos, porque una carta no será suficiente.

—¿No?

—No, señor.

Me lanzo sobre ella y la lleno de cosquillas mientras le muerdo inofensivamente la oreja. Ella se ríe y me llena el corazón por

completo.

—Quiero contarte algo —le digo separándome un poco de ella, pero sin soltarla.

—Qué misterioso… Dime.

—Voy a estudiar Enfermería, lo decidí. No voy a estudiar algo que no quiero solo porque es lo que todos esperan de mí.

—Yo solo espero que seas feliz —me dice, y me da un beso en la nariz.

A veces la felicidad llega de la manera más inesperada, disfrazada de otra cosa. La mía llegó de la mano de Lorelai. Mi verdadero amor.

Luego de una sesión de besos y un poco más, bajamos a desayunar. Lorelai tiene puesta ropa que le presté de mi madre: un suéter beige, una camperita bordó y unos pantalones negros.

—No me siento bien usando la ropa de tu madre —me dice culposa.

—No la usa nunca, ni se dará cuenta.

Encontramos a mi mamá en la cocina y Lorelai se pone roja como un tomate. Mi madre se ríe. Debe estar impresionada, ya que las chicas que solía traer a casa eran bastante diferentes.

—Buen día, ¿qué desayunan?

—Yo… —Lorelai intenta decir algo pero no le salen las palabras.

—Unos huevos benedictinos estarían diez puntos, ma.

Lorelai se da vuelta y yo me río. Es tan linda.

—Señora Davies, quería pedirle disculpas por estar usando su ropa.

—Ni me había dado cuenta de que era mía, y llámame Julie.

Mi mamá le pregunta por su carrera y ella poco a poco se va soltando. Me doy cuenta de que mi mamá cae rendida al ver que no es una tonta.

—Bueno, chicos, me voy a trabajar —anuncia mi madre.

—¿Cómo?

—Sí, conseguí un trabajo de secretaria y estoy muy emocionada.

—No me habías contado nada.

—Bueno, ahora te lo cuento.

Me da un beso en la mejilla, un abrazo a Lorelai y se va con el mejor humor que le he visto tener.

—¿Qué quieres hacer hoy? —le pregunto a Lorelai.

—No sé qué tienes planeado hacer tú.

—¿Sigues con que quieres algo más?

—Sigo con eso, y fíjate que sea bien romántico.

Lorelai esconde su sonrisa mientras se limpia con la servilleta. Esta chica me vuelve completamente loco.

—Bueno, te dejo idear un gran plan.

—¿Te vas?

—Sip.

Lorelai me da un beso, uno muy bueno, y se va guiñándome un ojo.

Me quedo confundido, no tengo ni idea de qué podría hacer que sea romántico. Escribo una lista de posibles ideas.

Una cartera. Mmm, no es romántico.

Llevarla a una linda librería. Ya las conoce todas.

Regalarle un perrito. No, simplemente no.

Pienso en llamar a Bella para que me ayude pero me decido por dejarla en paz.

Me tiro a mirar la tele. En Netflix elijo Revenge, Lorelai me dijo que le gustaba mucho esa serie, quizás me inspire. Pero apenas prendo la televisión me aparece Harry Potter y la Piedra Filosofal. Listo, lo tengo.

Lorelai me dijo que había ido a los estudios pero nunca a la locación del Castillo de Alnwick.

Me baño y me cambio rápidamente, me pongo una chomba roja con rayas negras y un pantalón azul Francia que Lorelai me dijo que le gustaba.

Esta mañana decidimos faltar a clases, un día de romper las reglas no le hará mal a nadie.

El viaje es de cinco horas, así que preparo unos refrigerios para el camino. Luego, tomo las llaves y me subo al auto para ir a buscar a mi chica.

Apenas llego, ella sale. Me estaba esperando.

Lorelai se acerca con una sonrisa radiante en la cara. Se cambió, tiene una polera negra, campera Uniqlo verde, campera de cuero, jeans y unas botas abrigadas altas.

Entra y deja en una bolsa la ropa de mi madre, le doy un tierno beso en los labios y emprendo nuestro viaje.

—¿Adónde iremos? —me pregunta.

—Sorpresa.

—Amo las sorpresas.

—Lo sé.

La miro de costado y solo puedo pensar en lo que pasó anoche, en

cómo nos apoderamos el uno del otro.

—¿Qué te dijo Quinton cuando le cortaste?

—No le corté.

De milagro no choqué.

—¿Por qué?

—Porque nosotros no somos novios aún, y temo que te arrepientas en cualquier momento. ¿Tú le has dicho a Emma?

—Yo no estaba besando a Emma ayer.

—Pero es la madre de tu hijo.

—Emma no es mi novia, no tiene por qué saber todo de mí.

—Pero en un momento querías que lo fuera.

—Sí, pero todo cambió.

Lorelai no responde, me desafía con su mirada.

—Cuando voy con Emma en el auto, no tengo ganas de estacionar para quitarle la ropa y hacerla mía, no quiero besarla, no quiero hacer todas las cosas que quiero hacer contigo en este mismo instante.

—Hazlas.

—¿Qué has dicho?

—Creo que me has escuchado bien.

Intento pararme en el lugar más apartado posible, Lorelai se muerde el labio.

—Solo porque tú me lo has pedido, Peque —le susurro al oído.

Después de nuestra “pausa”, retomamos nuestro camino. Al llegar, Lorelai abre los ojos como un pez y grita como loca.

—Aquí, aquí.

—Sí, Peque, aquí.

—No puedo creer que me hayas traído a una de las locaciones de Harry Potter.

—Y no solo eso, sino que aquí también se grabó el especial navideño de Downton Abbey.

Se me lanza encima para darme un beso torpe y luego se baja. Nos tomamos mil fotos, nos divertimos hasta llorar de la risa.

Se para frente al castillo y comienza una frase de Harry Potter.

—“No sientas pena de los muertos, sino de los vivos…”

—“… y sobre todo de aquellos que viven sin amor” —la termino.

En un momento, Lorelai se aleja para hablar por teléfono. Está seria y niega mucho. Finalmente la escucho decir:

—Cuídate.

Me preocupo, ¿habrá pasado algo? Me acerco y le pregunto si está todo bien.

—Está todo más que bien, Nate, que seas mi novio hace las cosas mucho mejores.

—¿Novio?

—Te quiero, Nate.

—Yo a ti, Peque.

Epílogo

LORELAI

Miro mi nuevo tablero lleno de imágenes: en una, estoy tomando un café helado con Charli; en otra, estoy en un recital, arriba de los hombros de Hannah; en una tercera, me encuentro abrazada a Bella en un viaje que hicimos todos a París para visitar a Félix en el Jeep de Alexander. En el centro está la carta de Nate, con nuestra famosa foto a la derecha y a la izquierda, una donde me apoyo en su hombro mientras escuchamos música.

Y por encima de todo, una de mis frases favoritas: “Hay muchos tipos de valentía. Hay que tener un gran coraje para oponerse a nuestros enemigos, pero hace falta el mismo valor para hacerlo con los amigos”.

Me empiezo a reír sola, pensando en lo feliz que soy en estos momentos. Nunca pensé que me podría sentir tan llena, tan satisfecha con mis decisiones. Y lo mejor de todo es que no es un sueño, es mi realidad.

Iré a estudiar Literatura a Cambridge. Me costó elegir, pero luego de unos días estresantes, tomé mi decisión.

No fui la única a la que le costó, Emma también estaba desesperada

por tomar la decisión correcta. Y creo que lo hizo, ya que va a ir al Queen Mary College: es una excelente universidad, sin ser tan exigente como Oxford, y está cerca de su casa. Eso le facilita las cosas con Justin.

En mi escritorio está el contrato para la primera publicación de mi libro. Todavía no me he animado a firmarlo.

—Lorelai, baja, si no, llegarás tarde a tu graduación —grita mi madre.

Antes de ir hacia allí, me miro en el espejo una última vez. Nate me regaló el vestido que llevo puesto, es un Armani de color negro, muy sensual pero elegante. Por encima, me viste la toga color azul Francia.

Al verme, mi abuela ahoga un grito, ella siempre tan exagerada. Está radiante con su vestido Valentino rojo. Al lado de ella está mi madre y me llevo una grata sorpresa al verla. Tiene un enterito negro precioso, un pañuelo negro en el cuello y un rodete increíble.

Y él, mirándome con amor y orgullo. Tiene una camisa azul con tirantes negros, como su pantalón.

Nate me da la mano y me acompaña a su auto. Desde que les confesó a sus padres que irá a Manchester a estudiar Enfermería, está mucho más relajado. Su madre lo apoyó y su padre entendió que la empresa era un peso para todos, así que decidió venderla. Ahora se dedicará a lo que siempre quiso, la hotelería.

Apenas estacionamos, puedo ver a mis amigas a lo lejos esperándome. Las dos llevan sus togas, pero las abren para que pueda ver lo que llevan debajo. Charli tiene un mono negro con una figura negra que sobresale, algo muy Charli. Y Hannah, a su lado, tiene un vestido dorado con una especie de capa y un turbante de la misma tela. El vestido se lo hizo Charli inspirado en el tan famoso ícono de Marc Jacobs de 2009. ¿Por qué sé esto? Solo porque ella no ha parado de recordármelo cada tres minutos. Cada una me toma de un brazo y nos encaminamos a nuestro lugar. Me choco con Quinton, que me mira mal pero no me importa. Cuando cortamos él decidió esparcir rumores horrorosos que ni me molesté

en negar.

Antes de subirme al escenario me fijo en mi papel, daré el discurso final y estoy temblando por ello. Decido hacerlo un bollo y arrojarlo al bote de la basura, no lo necesito.

Me subo a la tarima, puedo ver a mi abuela, mi mamá, mi papá, Bella, Emma abrazada a Theo y Nate sosteniendo a Justin. Los ojos se me llenan de lágrimas.

—Siempre creí que mi vida iba a comenzar una vez terminada la secundaria. Qué equivocada estaba. Mi vida comenzó el día en el que tomé las riendas de ella y decidí convertirme en la protagonista de mi historia. Porque nunca es tarde para ser un héroe, para vivir una historia de amor o para decidir ser "el cambio que queremos ser en nosotros mismos". Y hoy nos zambullimos en una nueva aventura, donde muchas veces la pasaremos mal, nos sentiremos perdidos, y está bien sentirse así. Nadie es feliz todo el tiempo, es imposible. Pero tampoco hay que tener miedo. Una vez J. K. Rowling dijo: "Para una mente bien preparada, la muerte es solo la siguiente gran aventura". Y de alguna manera hoy morimos, muere nuestro ser de secundaria y revivimos en un ser más adulto, por lo cual debemos empezar a tomar decisiones que creímos que nuestros padres tomarían por nosotros durante mucho tiempo más. Pero estamos preparados, nosotros somos los adultos ahora. Buena suerte, amigos, les deseo lo mejor.

Agradecimientos

Gracias, mamá, la Richard de mi Bailey, por enseñarme a volar con palabras.

Nanito, prefiero morir antes de vivir una vida sin tu compañía.

A mis amigas, que las amo y me ayudan cada día, incluso sin saberlo.

Al equipo de The Orlando Books, por dejarlo todo, siempre.

A ti, que estás leyendo esto y que leíste mi libro, gracias, de todo corazón. No hay libros sin lectores, no hay historias sin alguien que las descubra. Es tu mirada la que da vida a esta novela. Por eso, a pesar de la distancia, te siento cerca.

Y si entre el público lector hay alguien que, como Nate, duda de ser querido: el amor llega de la manera más inesperada y de mil modos diferentes. Solo es cuestión de estar atentos.

Chiara F. Citterio

Índice

Cubierta

Portada

Créditos

Dedicatoria

Epígrafe

Playlist

Capítulo 1. La llegada

Capítulo 2. Nueva normalidad

Capítulo 3. Café Serendipity

Capítulo 4. Segundo nombre: Desastre

Capítulo 5. No te encariñes con alguien que puedes perder

Capítulo 6. Nate Davies

Capítulo 7. Mi nueva realidad

Capítulo 8. Primer día

Capítulo 9. Sorpresa

Capítulo 10. La invitación

Capítulo 11. La fiesta

Capítulo 12. Harry Potter

Capítulo 13. No te rindas

Capítulo 14. Inesperado

Capítulo 15. Solo un almuerzo

Capítulo 16. Cortocircuito

Capítulo 17. Cumpleaños

Capítulo 18. Conociendo a Justin

Capítulo 19. Problemas

Capítulo 20. La cámara de los secretos ha sido abierta

Capítulo 21. Decepción

Capítulo 22. El beso

Capítulo 23. Un error

Capítulo 24. Aquí estás

Capítulo 25. Solo a mí

Capítulo 26. Un hombre sospechoso

Capítulo 27. De la nada

Capítulo 28. Prueba de vestuario

Capítulo 29. Solo quiero cuidarte

Capítulo 30. El civil

Capítulo 31. La boda

Capítulo 32. Estoy contigo

Capítulo 33. El regreso

Capítulo 34. El secreto

Capítulo 35. Mi papá

Capítulo 36. El encuentro

Capítulo 37. Perdón

Capítulo 38. Todo bien

Capítulo 39. Mi oportunidad

Capítulo 40. Qué habría pasado si…

Capítulo 41. ¿Una cita?

Capítulo 42. Hora de pasar página

Capítulo 43. ¿Cómo puedo recuperarte?

Capítulo 44. La carta

Capítulo 45. Mi galán

Capítulo 46. Algo más

Epílogo

Agradecimientos

Sobre la autora

Otros títulos de la serie

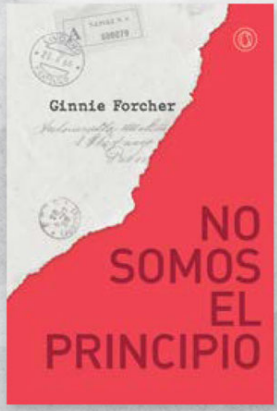
The Orlando Books en redes

CHIARA F. CITTERIO (2003), conocida internacionalmente como Chiara Francia, es actriz y estudiante de la Carrera de Artes.

A los dieciséis años publicó Casi Amor su primera novela, en una plataforma gratuita con la que alcanzó 75.000 lecturas en un mes. Desde entonces, ha decidido ponerle nombre y darle vida a los miles de personajes imaginarios que conviven con ella desde que tiene uso de razón. En sus historias, el amor, la amistad y el drama se entretejen en cada página.

Otros títulos de la serie

TAMBIÉN PUEDE INTERESARTE:



The Orlando Books surge como una articulación entre pasiones: identificar la semilla de una gran obra y acompañar su proceso creativo hasta llevarla al hogar de quien la disfruta, ya sea en formato libro, audiolibro, ebook, serie o película.

Sumate a nuestra comunidad, donde la lectura es una experiencia que nos une.

Detrás de todo lo que nos gusta,

siempre hay una buena historia.

THEORLANDOBOOKS

www.theorlandobooks.com

THE ORLANDO BOOKS